

EN TU NOMBRE MI INSPIRACIÓN

Andrés Ruiz



EN TU NOMBRE MI INSPIRACIÓN

Andrés Ruiz

Dedicado a mi padre.

Derechos de autor © Mayo 2018 Andrés Ruiz

Todos los derechos reservados.

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Registro Propiedad Intelectual: Expediente RTA5071

entunombreiinspiracion.com

Sígueme en mis redes sociales:

Twitter: [@AndreRuiz_](https://twitter.com/AndreRuiz_)

Instagram: [@andresruiz_](https://www.instagram.com/andresruiz_)

Diseño de la portada de: © kevron2001 - Fotolia.com

Contenido

[Página del título](#)

[Dedicatoria](#)

[Derechos de autor](#)

[NOTA DEL AUTOR:](#)

[Extractos de la obra El deseo inacabado1 \(Autor anónimo, año 2012\)](#)

[CAPÍTULO PRIMERO: LA APARICIÓN](#)

[CAPÍTULO SEGUNDO: VESANIA INESPERADA](#)

[CAPÍTULO TERCERO: RECUERDOS](#)

[CAPÍTULO CUARTO: LA PROPOSICIÓN](#)

[CAPÍTULO QUINTO: LA ESTAFA](#)

[CAPÍTULO SEXTO: EL BUSCADOR SOLIDARIO](#)

[CAPÍTULO SÉPTIMO: ENCUENTRO INSTITUCIONAL](#)

[CAPÍTULO NOVENO: BUSCANDO EL CAMINO](#)

[CAPÍTULO OCTAVO: POR LA CIUDAD](#)

[CAPÍTULO DÉCIMO: EN LA FORTALEZA](#)

[CAPÍTULO UNDÉCIMO: MIRANDO AL CIELO](#)

[CAPÍTULO DUODÉCIMO: LA HUÍDA](#)

[CAPÍTULO DECIMOTERCERO: EL RESCATE](#)

[CAPÍTULO DECIMOCUARTO: EL REENCUENTRO](#)

[CAPÍTULO FINAL: TAN LEJOS, TAN CERCA](#)

NOTA DEL AUTOR:

Cualquier parecido con la realidad, en los hechos de esta novela, son una mera casualidad. Nos encontramos ante una obra de ficción en la que el personaje principal, Pablo Leal, entremezcla vivencias en un mundo real, transformado por su mente. Desafortunadamente se encuentra inmerso en una terrible y absurda quimera. Lo más insólito radica en que cualquiera de nosotros podríamos haber sufrido una entelequia similar, dados los fatales augurios de la época en la que se desarrollan los hechos, finales de 2012. Si a eso le unimos esa gran angustia amorosa que sufre el personaje, la trama podría adquirir sustantividad propia en la vida de cualquier persona. Por suerte, la mayoría de las veces se impone la cordura.

Esta novela está dirigida a todas aquellas personas que alguna vez en su vida perdieron a su amor. El amor hacia una persona se puede perder por muchos motivos: por fallecimiento, por separación, por un desengaño, incluso porque este haya podido caer en un estado preocupante de locura o enfermedad que no permita un mínimo y deseable acercamiento hacia él. Para sentirnos identificados con el personaje principal de la novela no descartemos ninguno de ellos. Aunque pensemos que el amor es efímero, este puede volver en cualquier momento. Jamás debemos perder la esperanza de reencontrarnos con él.

Tal vez, nuestra historia, sea la alegoría de un desengaño. La pérdida sobrevenida de un cariño que se va por algo inesperado y doloroso, provocando una búsqueda incesante del amor hasta límites insospechados. El protagonista entra en un estado de locura que desencadena una inmensa apatía acentuada por el devenir de los acontecimientos de esa época. Fecha en la que las posibilidades de un inminente final de los tiempos podían influir fácilmente en la frágil psique de cualquier persona herida de muerte.

Pablo Leal ya tenía clavada una lanza. Vaga por el mundo en busca de su amor perdido, sin entender del todo el sentido de su existencia. Se refugia en la fe que le inculcaron hasta el punto de llegar a dudar de ella. Esta le reconforta, pero a la vez le asusta. Supuestamente le ha sido encomendada una labor que no se acaba de creer y prefiere escapar volviendo a lo terreno, siendo un final plausible, o cuanto menos entendible, el que acaba con su amarga locura. ¿Quizás este no sea el final...?

Prácticamente todos los enclaves de la obra, salvo los que se desarrollan en EE. UU., están inspirados en la ciudad que me vio nacer, Málaga.

Extractos de la obra El deseo inacabado¹ (Autor anónimo, año 2012)

«El verdadero amor nunca llega por sí solo, se ha de buscar». «Plantearnos demasiados paradigmas equivocados de por qué estamos aquí, luchando por subsistir en esta paranoia constante de acontecimientos, sin rumbo, nos convierte irremediabilmente en hombres. Lo ilógico sería lo contrario. En el amor todo es ilógico. Si hacemos un paralelismo con la incesante búsqueda de la fe, adquiriría sentido ese anhelado desencuentro con la razón de nuestra existencia».

«Somos escépticos por naturaleza. Nos rendimos fácilmente a lo mundano. No comprender el sentido de nuestras vidas nos altera injustamente, pasamos a ser personas triviales».

«El destino no está marcado. Lo cambiamos nosotros a nuestro parecer. A veces sin saberlo y en otros casos a consciencia, por miedo a sucumbir en algo desconocido que jamás comprenderíamos».

«No es pérfido todo lo extraño, ni misterioso todo lo incomprensible. De forma injusta lo convertimos, cruelmente, en perverso».

«Nuestra mente juega un papel importante en el acaecer diario. Si lo inesperado nos transforma en personas indefensas, piensa que no es nada irracional. Lucha por comprenderlo».

«La locura puede llegar en cualquier momento, es difícil advertir. Ten claro que solo los fuertes perviven».

«A pesar de que el hombre sacrifica grandes virtudes escondidas y agudiza su ego para utilizarlo, posteriormente, a su conveniencia, jamás conocerá el final de su aventura terrena. Con inmensa fe la intuiremos».

«Dogmatizarse uno mismo no es malo. La fe no es innata en las personas. Nos acercamos y alejamos de ella continuamente».

«Cree en lo ultraterreno y en lo mundano, solo así serás capaz de comprender el sentido de nuestra existencia».

«Llegado el día, cada uno tendremos nuestro momento. Estaremos ufanos de haber sabido trabajar nuestra moral e integridad personal en beneficio de lo que nos convierte en individuos; en seres racionales susceptibles de no caer en lo profano. Ten fe, amigo, solo así conferirá sentido tu vida...».

1. Se trata de algunas notas del libro encontrado en la biblioteca.

CAPÍTULO PRIMERO: LA APARICIÓN

Habían pasado varios meses desde el fallecimiento de mi esposa y aún sentía, notaba y respiraba el suave olor a perfume que desprendía su cuerpo. Era sábado. Estaba amaneciendo. El despertador sonó, como de costumbre, a las siete en punto. Lo único que lo diferenciaba del resto de los días era que esa mañana no tenía que levantarme de la cama para ir a trabajar. Por estúpido que parezca, todos los fines de semana, volvía a retumbar ese desesperante zumbido entre las paredes de mi cuarto.

Apagué el despertador al instante y me dispuse a echar otra cabezada hasta que diesen, como mínimo, las diez. Así fue como lo hice. Mientras el frío apenas se podía sobrellevar en el interior de la cama, la soledad me hizo ver que desde la muerte de Claud las noches eran pavorosamente más gélidas. Ella solía dormir con su cuerpo pegado al mío, abrazados, fundidos el uno con el otro, proporcionándonos calor. Siempre descarté la posibilidad de comprar un calefactor por temor a perder, con resignación, ese dulce y añorado recuerdo.

Así empezó mi historia. Misterioso encuentro el de esa mañana, bañado en tintes apasionados, que me hizo cambiar la vida.

Me encontraba tomando un café para desayunar. La taza, pegada a mis labios, me provocaba un pequeño temblor injustificado. Sentí a alguien observándome desde el fondo del salón. La cocina no era excesivamente grande. Desde ella se podía ver con claridad el resto del apartamento. El comedor era muy luminoso, por el sol que entraba temprano a través de la ventana. La orientación la escogió mi mujer. Ella decía que el este daba la alegría a una casa por la mañana y el sur la prolongaba hasta la tarde.

¡Oh, mi Claud! Siempre alegre. Tú supiste contrarrestar mi tristeza hasta el punto de diluirla en el océano. Eternamente te estaré agradecido por lograr encauzar mi vida por otro camino, por la senda de la hilaridad. Travesía que hendió con tu expiración. Maldito el trance en el que me encontraba inmerso. Anhelaba que se tratara de un execrable sueño.

No había nadie; sin embargo mi mente era lo que más deseaba en ese momento. Tal era el convencimiento que creí imaginarme el cuerpo de Claud vagando por el salón. Podía distinguir su pelo resplandeciente y hasta el garzo color de sus ojos. Su actitud emulaba la de alguien que me estaba llamando con gestos reiterados. Su mano izquierda se alzó y con un visaje lento, el dedo índice, en pausado movimiento, subía y bajaba. Parecía tan real que con la confusión, un tanto aturdido, intenté pronunciar alguna palabra. No obstante, el desasosiego no satisfizo mi ansia de hablar con ella. Quise levantarme de la silla, pero algo no me lo permitía. Un desproporcionado peso, no correspondido con el mío, hacía que me quedara pegado en ella. Luchaba por acercarme a la espectral silueta. La taza de café se me cayó de las manos a las piernas, provocando un acto reflejo simultáneo que originó el que saliera del estado de semiinconsciencia en el que me encontraba. La imagen había desaparecido. Dudaba sobre si lo que había visto era real o no. No descartaba la posibilidad de que lo fuera.

Al llegar al lugar donde creí ver a mi mujer, sorprendentemente, olía a su perfume. Deduje la imposibilidad de que su olor hubiera quedado impregnado en el sillón desde la última vez que estuvo allí sentada. Entre otras razones porque no era de piel.

Asustado, comencé a vestirme rápidamente. Después de asearme y afeitarme un poco me marché de casa, bajando por las escaleras apresuradamente. Necesitaba despejar mi mente. Ese

era mi único deseo.

La gente, como cualquier mañana de sábado, caminaba de forma sosegada, analizando todo aquello que se interpusiera en su trayecto. Señores comprando el periódico con bolsas de pan recién hecho en sus manos auguraban un feliz desayuno junto a la familia.

¡Qué recuerdos de cuando vivías, Claud! ¡Lo que daría por volver a tenerte junto a mí!

La mañana parecía haber cambiado. La frescura matutina había desaparecido por completo. Entre paso y paso me venían a la mente recuerdos. Quería soñar, volver a imaginarme que estaba a mi lado. La evocaba cogida a mi mano, con su fulgurante seguridad, tocando su tersa y suave piel que me embelesaba. Sus caricias se apoderaban de mi alma. Recorrían por medio de impulsos todas las venas de mi cuerpo, ensalzando la alegría y tranquilidad en mi semblante. Pero nada era real en esta dicha. Sin poder aguantarla entre mis manos se me escapó corriendo calle abajo, desvaneciéndose poco a poco su imagen por la puerta de la antigua biblioteca.

La biblioteca municipal. Hacía tiempo que no iba por allí. Probablemente la última vez que estuve fue cuando estudiaba en la universidad. Tras adentrarme en ella percibí que todo se encontraba igual que antaño. Fui un asiduo en mi época de estudiante. Incluso la señora Mar continuaba en su puesto de bibliotecaria. La edad, que no pasa en vano, había hecho de ella una agradable anciana. Sus ojos me miraron como si me conociera, pero sus lacónicas palabras no. Me notó un tanto asustado. La ocasión lo merecía. Mis ojos no paraban de observar, aunque fuera desde lejos, todos los rincones de la biblioteca.

Pretendí no incomodar a las personas que allí se encontraban, trabajando. De ahí que desistiera de mi intento de hallar a Claud. Un tanto más calmado le pregunté a la señora Mar por la sección de ciencias. No quería levantar sospechas sobre mi eventual locura; vesania inesperada. La señora Mar me señaló con un frugal gesto el fondo de la biblioteca y me susurró acercándose pausadamente a mi oído.

—Yo le conozco. No tengo muy claro si antes leía este tipo de libros. ¿Qué le ocurre? Parece más excéntrico que antes. ¿Las leyes le han perturbado?

Indudablemente, la señora Mar recordaba que lo mío era el derecho.

Al aproximarme a las baldas era sencillo perder la mirada ante tal cantidad de títulos ajenos a mi entendimiento. Un sinfín de libros que en la vida habría leído coronaban las estanterías. Objetivamente no sabía ni lo que estaba buscando. Escudriñé entre los anaqueles por si encontraba algo o incluso a ella. Pero no, ¡no pudo ser! Claud debía haberse mezclado y esfumado entre los libros.

Quizás esa fuera una manera de decirme que el futuro de mi vida se encontraba entre ellos. Una metáfora venida de otro mundo para ser analizada entre los mortales.

Al albur del momento, entiendo que por culpa del husmeo, una de las obras cayó repentinamente encima de mis pies, provocándome gran congoja. Rezaba *El deseo inacabado*. Por razones obvias debía pesar mucho. No solo por el dolor que me había causado, su aspecto y dimensiones la delataban. Tenía apariencia de ser una obra vetusta. Sus pastas estaban medio sueltas y eran de una especie de papel duro, bastante parecido al cartón. Evidenciaba un color rojizo y estriado. Una obra de autor anónimo.

Me dirigí al mostrador, donde la señora Mar me comunicó que los préstamos se hacían por tres días. Si sobrepasaba el tiempo establecido me sancionaría con la retirada del carnet.

Huí de aquel prodigioso lugar. Decidí sentarme durante un instante en algún café. El bar de Nolan. Allí tendría ocasión de echarle un primer vistazo al libro. De por sí auguraba una lectura interesante. Por lo menos era de un lenguaje asequible, fácil de entender. Una historia de amor y de desengaño. Pienso que a veces demasiado doctrinal, como si lo hubiera escrito alguien que

deseara impregnar sus conocimientos a una persona querida. Leí y releí ese deseo inacabado.

En la vida cada persona es inteligente a su manera, sabe desenvolverse en el día a día según sus preferencias e interacciones. El problema es que, aunque uno conozca la manera de afrontar determinadas situaciones, a veces nos falta la forma de poder ejercitar las ideas y conocimientos. Yo siempre lo comparo con el siguiente ejemplo: sería como tener en casa las recetas de la abuela y no disponer de cocina para elaborarlas, o peor aún, no ser la abuela. Claro que en nuestro caso la cocina es la cabeza de uno.

Hasta ahora nadie había conseguido llegar al grado de madurez cerebral absoluto para poder aplicar todos los conocimientos que alberga la mente. Es fácil leer, pero no disponer. Es sencillo querer conseguir algo, pero no es fácil poder hacerlo. Cada segundo perdido de mi vida sin ganar intelecto suponía, en este momento, un retraso en mi empeño. No sabía aún ni lo que pretendía. Tal vez poseer muchos conocimientos temporales en el cerebro solo nos sirva para ocupar espacio. Malgastar un lugar que podrían ocupar los fundamentos importantes de nuestra existencia. La sociedad siempre se ha movido por la necesidad de inculcarnos valores, ideas y teorías que en la práctica se desvanecen y no perduran en el tiempo. Pero para eso están los libros, pensé.

En un conocido y frecuentado café-bar del casco antiguo de la ciudad:

—Hola, Nolan. Hace tiempo que no le veo.

El señor Nolan, de aspecto extravagante y un tanto desgarrado, acercándose a mi espalda, contestó:

—Sí, es cierto, desde lo de su esposa no hemos vuelto a vernos. ¿Cómo está?

—Bien, —le contesté—, tal vez un poco perdido todavía.

—No te preocupes, en poco tiempo todo volverá a ser como antes, ya verás. Aunque hayas sufrido tanto, la vida suele dar un giro importante cuando uno menos se lo espera.

Esas palabras del señor Nolan enraizaron dentro de mi cabeza. De forma insólita sirvieron para hacer que me sintiera mejor.

La lectura del libro me ayudaba a tranquilizarme. Claras y directas afirmaciones diluidas en un extenso relato. Haría acopio de ellas. Las utilizaría a mi conveniencia. Debía adquirir la facultad de seleccionar todo aquello que quisiera retener. Uno de los planteamientos del libro. Generaría una especie de alzhéimer provocado que me ayudaría a crear pequeños archivos de ideas necesarias y borrar todo aquello que fuera prescindible.

Engullí un pequeño bocado en el bar de Nolan, originando que a medida que avanzara la mañana me entrase excesivo sueño, por lo que decidí volver a casa para descansar.

En el camino a casa fui contemplativo, asaz. Advertí una larga hilera de pequeñas viviendas mal cuidadas que siempre habían estado ahí. Jamás las había observado con detenimiento. En estas la gente destacaba por su humildad, siendo un factor más que suficiente para considerar la modestia de sus moradores. La falta de apoyo institucional, por la necesidad de recursos económicos, se evidenciaba por el vergonzoso descuido del aspecto exterior de las mismas.

Por suerte, el destino me hizo encontrarme con Raúl Bertel, amigo de la infancia. Había perdido su pista hacía bastante tiempo. Raúl debía ser de mi edad, unos treinta y cinco años aproximadamente. De compleción fuerte, tenía unos rasgos intensamente marcados. Era oriundo de Granada. Vino a vivir aquí años atrás, porque su padre fue trasladado por motivos laborales. Por desgracia, cuando llegó a nuestra localidad, según tengo entendido, su empresa quebró. Tuvieron que trasladarse a este barrio, uno de los más modestos de la ciudad.

Siempre admiré a esta persona, por su sencillez y humildad. Estaba impaciente por saber qué había sido de él. Me revelé ansioso por preguntarle cosas, necesitaba que me contara algo bueno;

el éxito que hubiera podido tener en la vida o los hijos que Dios le hubiera dado.

—¿Cuánto tiempo? ¿Cómo estás?

—¡Qué alegría encontrarte, si no lo veo no lo creo! ¿Eres tú de verdad? —dijo Bertel, mirándome varias veces y tocándome el rostro a la vez que me hablaba.

—Sí, claro —respondí—. ¿Quién iba a ser si no? No he cambiado tanto, ¿verdad?

—No, no se trata del cambio que hayas podido experimentar. ¡Te creía muerto!

—¡Muerto! —dije sobresaltado.

—Hace unos meses me llegaron noticias de un colega de profesión. Afirmaba que una persona del mismo nombre que tú y que claramente se ajustaba a tu perfil, desgraciadamente, había fallecido en su quirófano unos minutos después de iniciar una intervención quirúrgica por un hematoma subdural.

—¿Por un qué? —respondí sorprendido.

—Se trataba del cerebro. Debió ser algo traumático. No se supo su origen. Pues me alegro enormemente de que no se tratara de ti. Ahora no sabría si estoy hablando con un fantasma o una persona de carne y hueso.

—Es curioso que menciones esto —le contesté— porque a veces creo que... Bueno, da igual, dejémoslo. Mi mujer sí falleció hace unos meses.

—Lo siento mucho —exclamó.

—¿Entonces eres médico?

—Sí, por supuesto, lo deseé desde siempre. El poder salvar vidas era mi mayor afán. Lo que más me satisface en esta vida es trabajar con personas desamparadas que no tienen recursos. Por eso, tres tardes a la semana, después de ir a la Mutua Fraternidad-Muprespa asisto a pacientes de este barrio, mi antiguo hogar. De ahí que me encuentres aquí en este momento. Me dirigía hacia aquel hospital —añadió señalando a un edificio cercano—. Tengo pacientes muy singulares, se puede aprender mucho de ellos. ¿Sabes? Dan todo por ti, solo por cuidarlos y tratarlos educadamente, en definitiva por ayudarlos. Es fácil, ¿a que sí?

Los pacientes necesitan amor, con eso se conforman, y más en momentos críticos. Les da igual estar moribundos a consecuencia de su enfermedad terminal. Para ellos lo más importante es sentirse arropados por los que se encuentran cerca.

No sé si te pongo en un compromiso ¿Por qué no me acompañas y te enseño todo aquello? No fui capaz de negarme. Por el camino me encontraba totalmente absorto con las palabras que me había manifestado Raúl.

Bajo su aspecto, fuerte e iracundo, se escondía una espléndida y enigmática persona, con grandes valores y marcada personalidad. Egoístamente sabía que rodearme de alguien como él aumentaría toda mi esperanza por conseguir lo que en realidad necesitaba.

Mi mujer no se me olvidaba. Yo sabía con certeza que esa mañana había estado en nuestra casa, que se había dejado sentir y que aspiraba que hiciera algo. Desconocía lo preciso para llegar a ella. Era una imperiosa necesidad el conocerlo, sobre todo para alejar de mi mente el hecho de que pudiera estar volviéndome un perturbado.

—Raúl, ¿qué tipo de enfermos tratas en tu consulta?

—En la mutua ya lo sabes, trabajadores activos. Pero en el centro ahora lo verás. No serviría de nada que te lo contara, hay que verlo. No te preocupes, no hay enfermedades contagiosas. Tú muéstrate como si fuesen personas sanas; lo contrario les dolería. Especialmente debes ser más sensible con los padres. Ellos al fin y al cabo son las personas que peor se sienten al tener que dejar a sus hijos por un tiempo indeterminado, e incluso algunos de ellos para siempre. Perdona, no pretendía avivar tus recuerdos...

—No, no te preocupes.

Para mí resultó ser la experiencia más desoladora y a la vez enriquecedora que jamás había vivido. Por desgracia, todo el ambiente estaba rodeado de muerte. Por lo menos así lo sentía yo. Era como si no les ocurriese nada a los pacientes. En el fondo, la mayoría de ellos habían perdido la esperanza y conocían de sobra cuál era su fatal destino. Se encontraban felices, aparentaban normalidad.

Raúl tenía especial predilección por una niña de cinco años llamada Olga. Olguita, como él la llamaba, tenía la dulce mirada que poseía mi esposa. Con ojos grandes y azules, la imaginaba con un precioso pelo rubio semiondulado. Por desgracia tenía un cáncer linfático, leucemia. Un pañuelo rosa fucsia cubría su cabeza. De ella destacaba su gran ternura. Ahora sí, ajena a su enfermedad, era la alegría personificada.

—Olguita, toma este regalo que te he traído.

La chiquilla no fue capaz de esperar a que Raúl se lo diera. Se lanzó a su cuello y le propinó un fuerte abrazo, arrebatándoselo casi de las manos.

—¿Qué es, qué es? —decía con un bonito y correcto acento andaluz.

—No te lo puedo decir. Dejaría de ser una sorpresa.

Raúl le había regalado una especie de bola en la que al moverse salían muchos copos de nieve que caían encima de los tejados de una pequeña ciudad en miniatura. Era preciosa, la niña, por supuesto. La pena era que, por desgracia, la veía a las puertas de la eternidad. Su enfermedad, lejos de perder la esperanza de otros casos similares, no tenía solución en el estado que se encontraba. La esperanza es lo último que uno debía perder. ¿Por qué inventarían la detestable ley de Murphy? En la mayoría de las ocasiones, si esperas que algo te salga bien, automáticamente se aplica la repulsiva ley y se estropea.

En la vida existen realidades que jamás intuiremos con una simple mirada, aunque las tengamos enfrente de nuestros ojos. Desgraciadamente, solo con un pequeño movimiento, aunque sea provocado de forma instintiva, hacemos que todo cambie. Ese fue el caso, por analogía, de la enfermedad de Olguita.

La niña movió su bola de la ciudad de forma enérgica y reiterada, hasta que se cansó. Yo desde el fondo de la habitación observaba cómo caían los copos de nieve. Pensé en la importancia de un solo movimiento, capaz de cambiar el aspecto exterior de algo. Era la capacidad, a veces no entendida, del que tiene el poder sobre las cosas.

Esta experiencia me ayudó personal y espiritualmente. El encontrarme rodeado de esta gente desconocida para mí, con situaciones totalmente heterogéneas, fue mentalmente gratificante. Siempre pienso que hasta que no te ocurre una desgracia similar no se llega a saber con profundidad lo dura que es la vida y hacia dónde nos lleva. En realidad, no se nos prepara bien para la muerte. Quizás sí en otras culturas.

Me encontraba absorto, embelesado, divagando, vanamente sumido en mis pensamientos. Esa paz interior se rompió al entrar una enfermera gritando bruscamente;

—¡Raúl, Dr. Bertel! ¿Dónde se encuentra usted?

—Incorporándose rápidamente —le contestó—, aquí.

—Se trata de Gabriel. Tiene convulsiones y sus constantes vitales se encuentran bajo mínimos.

—Vamos, rápido, prepara una dosis de epinefrina y coja el desfibrilador por si fuese necesario.

El Dr. Bertel me explicó posteriormente que Rosa era una enfermera que llevaba trabajando toda su vida con personas desahuciadas, sobre todo de medios económicos limitados. Por lo visto

se encontraba muy implicada con esta causa. El tiempo se lo permitía, ya que no tenía familia directa, excepto un tío segundo, por parte de madre, que se encontraba en EE. UU. Era un prestigioso directivo de una empresa con mucho renombre y poder. Cuando pensaba lo que podía tener y no poseía, por no haber amasado la misma fortuna que su familiar, se curaba de humildad ayudando a los que eran como ella. Según decían, algún día, heredaría su patrimonio. «De ser cierto —me preguntaba—, ¿qué pasará cuando sea rica? ¿Seguirá viniendo aquí? Seguramente».

—Aquí tiene, doctor —dijo la enfermera.

Raúl actuaba como cualquier profesional de la medicina, trabajaba de forma apacible, sin nervios de ningún tipo. La tranquilidad se transformaba en una acuciante desesperación para el que se encontraba a su lado. Aunque yo no era sanitario para poder opinar, por supuesto.

—No se estabiliza —dijeron resignados.

El sonido del electroencefalograma pitaba despacio, marcando la lenta actividad cerebral. Los latidos de su corazón eran muy débiles. Daba la impresión de que se estaba yendo. Intentaban recuperarlo y devolverlo a su estado normal. Cuestión esta ilusoria. Su cara parecía la de un ángel que acababa de entrar en el cielo.

—Señor Gabriel. ¿Cómo se encuentra usted?

No respondía.

Mientras se debatía entre la vida y la muerte ocurrió uno de los acontecimientos más usuales y extraños que se suelen dar en estas situaciones. Gabriel que se encontraba totalmente inconsciente, reflejaba una cara de felicidad que llegaba a lo más profundo del alma. Reverberaba dulzura y calidez a la vez. Como si estuviera siendo rodeado y recibido por muchas personas queridas. Era evidente, su fallecimiento estaba cerca. Ya no había nada que hacer. La enfermera y Raúl salieron desolados, con la cabeza agachada, quitándose los guantes de látex de las manos. Entiendo que para certificar la defunción del paciente y realizar los últimos preparativos. Me di cuenta de que me encontraba solo junto al cuerpo yacente de este desconocido. No sé por qué razón me sentía como si fuera imprescindible en aquella habitación. Pensé que se trataba del destino y así lo acepté. Me acerqué al moribundo y susurrándole al oído le dije refiriéndome a mi Claud:

—Demuéstrame la forma de llegar a ella.

No sabía si realmente me había escuchado, pero un pequeño gesto cambió la expresión del Sr. Gabriel. Noté cómo sus pupilas se dilataban. Estaba alejando la mirada hacia un punto concreto de la habitación. Miré atrás, más bien por miedo a lo que pudiera encontrarme alrededor. Se me puso la piel de gallina. Se trataba de la figura de una anciana que llamaba a Gabriel con la cabeza. Él hizo ademán de levantarse; sin embargo, sus pocas fuerzas no se lo permitieron. De forma repentina se le oyó un suspiro, diciendo:

—Gracias por esperarme, amor.

Cayó en la cama y no volvió a respirar más.

—¡Raúl! ¡Raúl! ¡Es Gabriel! Parece que definitivamente ha fallecido. Todo esto es desconcertante, antes de su frívolo y esperado final en la tierra fue capaz de articular varias palabras.

—Ya había fallecido cuando nos fuimos de la habitación —afirmó Bertel—. Se trata del último suspiro. Seguro que, como siempre, escucharías palabras de asombro por ver a alguien querido o conocido, ¿verdad? —expreso Raúl.

—Así es. Parecía como si hubiera visto algo. Lo increíble del caso es que aprecié una anciana que le llamaba.

—Que no te resulte extraño. No es la primera vez que ocurre esto. Hace unos meses tuvimos aquí a una mujer que cuando la hospitalizamos ya estaba moribunda, agonizó durante una semana

completa. Afirmaba estar viendo a su marido que falleció años atrás, incluso charlaba con él. Al principio me asombré bastante, pero empezó a ser algo familiar para mí.

Después de esta mística experiencia ya era hora de continuar mi camino. ¿Qué podía esperar más de este largo día?

Al llegar a casa me vino a la mente lo que le susurré al pobre señor Gabriel durante ese trance. Recordé las palabras que levemente pronunció, palabras que de forma complaciente daban las gracias a alguien. Todo ello hacía sentirme feliz, con una gran esperanza por volver a ver a Claud algún día. En la vida terrenal o en cualquier otro lugar existente.

Dormí sin mayor preocupación que la soledad. Esta se me hace difícil de sobrellevar.

En ocasiones deseaba volver atrás el tiempo para poder hacerle sentir a Claud todo lo que la amaba. No obstante hay deseos que uno advierte cuando ya no los puede realizar, por lo que es mejor no pensarlos. La desesperación se alía con aquel que frustra sus empeños y yo soy de esos, de los que sueñan con poder hacer cosas imposibles.

A la mañana siguiente me desperté temprano, era domingo. No tenía mayor aspiración que permanecer en casa. Sólo saldría para ir a misa. No sé por qué razón me apetecía reconciliarme con Dios. Deseaba volver a mi época de juventud en la que asistir los domingos a la iglesia era lo habitual.

Previamente estuve observando unos retratos de entre todos los recuerdos que guardaba de mi mujer. Cada día la veía más guapa. No se me olvidará jamás el momento en que le hice aquella foto. Pensé que si la llevaba siempre junto a mí la sentiría más cerca.

La guardé en la cartera, junto a las que ya tenía. Dejé a un lado el resto después de verlas. Recuerdo perfectamente que en esta estábamos los dos en el Castillo de Gibralfaro. Nos encontrábamos divisando la hermosura del paisaje de la ciudad. La vista se perdía en la penumbra hasta toparse casi con el continente africano.

Era un lugar muy querido por mí. A veces Claud no entendía el porqué. En ocasiones me recriminaba que era muy pesado por querer ir de nuevo a ver el monumento nazarí. Ella nunca supo que en ocasiones subía a pensar en este enclave, sin ella.

Uno de los días más bonitos de mi relación, de los que guardo recuerdos entrañables, fue ahí, en ese sitio con tanto encanto, lugar en el que supuestas batallas se habían librado por conquistar los dominios de semejantes parajes. Cuánto amor y odio juntos se entremezclaron para luchar por algo tan preciado y valioso. Solo podía afirmar palabras de halago. Mi queridísima ciudad rezumaba alegría desprendida por el brillo del sol reflejado en el mar. Ese día subiría a ver nuevamente su encanto. Así podría cantar en la cima del monte *Esperando a que caiga la noche*, aunque solo fuera en silencio:

«Por el día el paisaje no resalta belleza,

falta la elegancia de la urbe que merece esta tierra.

Cuando la tarde se acerca, un efluvio se aleja,

el que borró con la noche, al coronar su belleza.

Por la noche es distinta, desde arriba, ¿verdad?

Y si la miras tranquila, a la hermosura unirás.

Si acompañado te encuentras, de tu amada bondad

ataréis vuestras fuerzas, sobre todo al soñar.

Soñaréis con el pasado de las tierras, quizás,

que en su día estuvieron anudadas al mar».

Después de haber escuchado la misa fui al querido monumento que coronaba mi ciudad, aquella que me vio nacer, aquella que me retenía por amor. Mantenía el encanto de siempre. Tal vez se observaba algún arreglo en la fachada. La totalidad de las torretas parecían rehabilitadas, habiéndole dado incluso acceso interior.

Paradójicamente, lo que más me atraía eran las vistas de la ciudad. Algo por lo que siempre había sentido admiración. Me senté en el lugar en el que hice esa foto y permanecí allí más de dos horas soñando con mi pasado.

¿Qué se puede esperar de una vida que te arrebatara todo, aquello que más quieres y, por otro lado, te confiere lo que menos deseas cuando menos te lo esperas? Lo comparo con un espléndido paisaje al que se le cruza una nube y lo echa a perder. Cuando esa nube desaparece, este vuelve a ser como antes. Qué diferente a lo que ocurre con las personas. Cualquier hecho que pase por delante nuestro, que no nos guste o que nos perjudique, nos marca de por vida. La nube siempre queda.

—Hola, señor —escuché a mi espalda.

—Buenas tardes.

—¿Sabía usted que el horario de visitas terminó hace unos quince minutos?

—Lo siento —le contesté—. El tiempo se me ha pasado sin darme cuenta. Continuaba ensimismado en mis recuerdos.

—Ya no queda nadie aquí. ¿Es que no ha escuchado al guarda dar el toque?

—¡No! ¿Es que no es usted el guarda? —respondí aturdido.

—Por supuesto que no. Yo vivo en este maravilloso lugar.

—¿Es que me quiere tomar el pelo? ¿No le resulta lo suficientemente estúpida la broma para hacérmela creer?

—¡Es cierto! Hace años vine a parar aquí sin saber cómo. Así fue. Se apoderó de mí una amnesia que afectó a mi cerebro y a mi mente, haciéndome olvidar todo mi pasado.

Aparecí aquí y desde entonces vago de una forma cuasi fantasmal por este palacio árabe. No conozco a nadie, no recuerdo nada de mi pasado y lo peor de todo, no hablo con casi ninguna persona desde esa fecha.

—¿Y por qué conmigo sí?

—Es extraño —me dijo—. Siento algo dentro de mí que me permite superar ese silencio que

me invade. Es como si una fuerza extraña arrastrara las palabras que le digo. De todos modos al verle me inspira una admirable confianza que no he tenido con ninguna de las personas que pasan por este lugar. Probablemente por esa desconfianza no les hablo nunca.

Por otro lado, también me daba miedo que me descubrieran y me obligaran a abandonar el castillo.

Recuerdo un día que una bella señorita pareció verme. Yo trataba de esconderme en el lugar que habitualmente lo hago. Esto ocurrió un poco antes de acabar el horario de visitas. Siempre aguardo cauteloso en uno de los pasadizos cerrados al público, de esos por los que nunca pasa ni el guarda, ni los turistas, siempre confinado. ¡Ni a propósito podrían acceder! Debido a la poca claridad se acobardan y desisten en el intento.

Bueno, a lo que le iba contando —continuó efusivamente—. En una ocasión una mujer joven, más o menos de su edad, de gran belleza por cierto, desde una de las almenas se quedó mirándome fijamente. Yo estaba justo ahí, escondido, donde la sombra no permitía alcanzar la mirada de nadie. Esta señora o señorita puso cara de haber visto a alguien, de haberme visto. Se trataba de un lugar en el que estaba prohibido pasar. Debió entrarle inquietud por saber quién era y dejó a un lado a los acompañantes con los que se encontraba para bajar rápidamente a buscarme.

—¿Y qué hizo? ¿Le descubrió? —pregunté.

—Por supuesto que no, ese día no. Yo entré y me perdí en lo más profundo del castillo, allá donde ningún mortal puede entrar.

—¿Cómo es el lugar? ¿Lo puedo ver? Ahora ya no hay nadie que le pueda descubrir. No pasaría nada. ¿Es usted un ocupa? —le pregunté seguidamente.

—Muchas preguntas. Depende como lo quiera llamar. Si por ocupa entiende que es aquel que se introduce en un mundo del que no puede salir aun queriendo y que navega sin rumbo por la vida, al no tener deseos y esperanzas por encontrar lo suyo, lo que le pertenece, ¡sí, lo soy! Si no se refiere a eso solo soy alguien perdido en la vida y en el tiempo que aspira a encontrar la llave para salir del lugar donde aparecí.

En cierto modo me sentí identificado, y le dije:

—Su vida corre cierto paralelismo con la mía. No sé hacia dónde me dirijo. Lo único que tengo claro es que mi felicidad la perdí con la muerte de mi esposa y ya no la encontraré jamás, a no ser que vuelva a tenerla junto a mí.

Por eso vine al castillo. Nosotros antes de casarnos solíamos acercarnos muy a menudo a este bello lugar. Ahora me irradia nostalgia y un enorme deseo de volver a querer. ¿Cómo se llama usted? —le pregunté de forma espontánea.

—No puedo decírselo, pero no porque no quiera. No lo recuerdo.

—¿Dónde va?

Repentinamente comenzó a correr hasta que su figura desapareció de mi vista. Su cuerpo se fue desvaneciendo, encontrando el emplazamiento la total oscuridad.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Vuelva!

Era inútil, la noche había caído hacía rato. La conversación se cortó de forma inesperada, sin conocer con quién había estado hablando realmente.

Me desplomé al suelo, quedando tendido durante un tiempo incierto. Al despertar, desconcertado, salté la valla y llegué hasta el lugar donde había dejado mi coche.

En casa dormí y soñé con mi mujer.

CAPÍTULO SEGUNDO: VESANIA INESPERADA

Al día siguiente el dichoso despertador volvió a sonar. Esta vez debía ir a trabajar.

Al salir de casa arranqué el coche y emprendí la marcha. Me di cuenta de que desconocía mi destino. No tenía rumbo. Intuí que el señor del castillo me había contagiado su amnesia. Di vueltas y más vueltas para intentar obtener un mínimo recuerdo. No fue así. Me encontraba perdido, absolutamente extraviado. Únicamente conocía el camino de mi casa, porque era de donde había partido. Apenas tenía recuerdos de lo acaecido en los últimos años; sin embargo, lo ocurrido el día anterior no lo olvidaba.

Volví a casa. Pensé que si llamaba al último número de teléfono que había marcado me ayudaría. Tan fácil como darle al botón de rellamada. Aclararía algunos aspectos de mi existencia.

Al otro lado del teléfono se escuchó:

—¿Dígame?

—Hola, ¿con quién hablo?

—Soy Ana. ¿Tú quién eres?

—¿Quién? ¿Ana? Da igual, creo que me he confundido.

—Hijo, ¿eres tú? Hijo mío, ¿qué te pasa?

Colgué el teléfono bastante asustado. Mi madre había fallecido hacía ocho años. Un cáncer de mama se la llevó de nuestro lado mucho antes de casarme con Claud. Me habría confundido con otra persona.

No le di mayor importancia a este singular episodio. Aparté el teléfono por el momento.

Esa repentina laguna que se había generado en mi vida provocó que desconociera cuál era mi trabajo. Ignoraba el camino que debía seguir. Debía resolverlo de algún modo. Comencé a indagar un poco entre mis papeles. Encontré una multitud de planos y materiales desconocidos. Presagiaban que me dedicaba a alguna ocupación relacionada con la construcción. Sin embargo, no lo tenía nada claro. Todo lo veía confuso. En ese momento de desconcierto, provocado por no saber el rumbo que debía tomar mi vida, sonó el teléfono.

—Buenos días.

—Sí, dígame.

Se trataba de una señorita que me hacía saber que eran las diez de la mañana, advirtiéndome que de seguir así llegaría tarde a la cita que tenía concertada. Intuí que debía ser mi secretaria.

—Perdona, es que estaba un poco desanimado esta mañana. Aclárame, por favor, la agenda del día. ¿Con quién estaba citado? ¿Y en qué lugar?

—Claro que sí, no se preocupe, le entiendo perfectamente. Con el Sr. Morrow, jefe de proyectos de la empresa Selene Travel. En el Parque Tecnológico de Andalucía.

—Vale, gracias, pero tengo un problema: se me acabaron las tarjetas de visita y me encantaría poder darle una al Sr. Morrow. ¿Por qué no me escaneas una y me la envías por correo electrónico para que pueda dársela electrónicamente?

—Muy bien, lo haré, pero recuerde, me insistió usted que esta cita era crucial para su trabajo de los últimos años. Se lo digo para que no llegue tarde, gracias.

—Muchas gracias.

Desconocía a qué se dedicaba esa empresa y mucho menos cuál era el objetivo que perseguía al haber concertado esa reunión.

Miré en las Páginas Amarillas con mi Smartphone. Selene Travel aparecía con un anuncio de grandes dimensiones en el que decía: «Selene, la primera agencia de viajes interestelares». La dirección que reflejaba: el Parque Tecnológico de Andalucía. Era sencillo llegar, tenía muy buena comunicación. Solo debía ir a la hora convenida y demandar la presencia del Sr. Morrow.

Al recibir la tarjeta de visita mi profesión no me extrañó en absoluto. Desveló que mi trabajo era el de abogado, algo que siempre había querido mi padre desde que yo era pequeño. En el membrete de la tarjeta se podía observar una insignia que ponía Torreblanca Abogados. Debía pertenecer a una firma importante, por lo menos eso intuí al hablar con la que resultó ser mi secretaria.

La reunión que me esperaba suponía una auténtica sorpresa. Desconocía si le había citado yo, o al contrario. Me encontraba perdido. Me dejaría llevar.

—Buenos días, señorita.

—Hola, ¿buscaba a alguien? —contestó amablemente.

—Eh... sí, sí. Tenía una reunión con el Sr Morrow.

Se trataba de un lugar muy extraño. Me recordaba un poco a las películas de ciencia ficción, pasillos largos desangelados, todo muy minimalista. Con un toque de modernidad, acercándose más a la realidad actual. Algo así como la película *Gattaca* pero sin actores conocidos. Yo podía ser perfectamente Ethan Hawke.

—Suba al piso veintisiete y la tercera puerta a la derecha. Tiene una placa en la puerta con su nombre.

—Gracias.

Caminé por esos largos pasillos hacia el elevador. Su forma redondeada lo hacía distinto a cualquier otro que hubiera visto con anterioridad.

Me extrañó no haberme cruzado con nadie, salvo con la señorita de la recepción. No debía tener mucho éxito esta empresa. Por el anuncio de las Páginas Amarillas, vagamente, uno se podía hacer a la idea.

—Toc toc —golpeé tímidamente en la puerta.

—Espere un segundo —se escuchó detrás—. Antes de entrar diga la clave que le facilitamos.

Pensé que todo se había caído por la borda. Mi reunión, dado lo acontecido, no se celebraría. Seguramente no perdería mucho.

—Era una broma, adelante. ¿Y su señora?

—¿Mi señora?

El corazón me dio un vuelco.

—Sí, sí, era su mujer, ¿verdad? Una chica rubia, preciosa con los ojos azules y el pelo ondulado. ¿Claud?

—Por supuesto —Debía seguirle la corriente.

—Le acompañaba cuando contrataron el viaje al espacio.

Perplejo, esa era la palabra, me quedé perplejo.

—¿El viaje al espacio? —dije asombrado.

—¡Sí! ¿Es que se han arrepentido?

—¡No! Se trata de Claud, me dejó hace unos meses. Falleció de forma repentina.

—Lo siento, señor, mi más sentido pésame. Entonces desea cancelar su viaje. Ciertamente, ¿no?

—No, por favor, no. Deseo seguir adelante.

—Entiendo. ¿Si no a qué habría venido hoy aquí? Supongo que para conocer los últimos preparativos. Pues bien, comencemos.

—Dos cuestiones. Después de todo lo que me ha ocurrido hay dos cosas que no tengo muy

claras del todo —le hice saber—.

—Diga cuáles.

—¿Viajaré yo solo? ¿Y cuánto me costará esto?

—Con respecto a la segunda pregunta, no se preocupe, su señora, que en paz descansa, ya se encargó de hacer efectiva la factura al reservarlo. Todo por adelantado. Quería asegurarse la travesía.

En cuanto a lo de viajar solo, sería bastante difícil que en tan poco tiempo el Gobierno Militar le facilitara un pasaporte interestelar para otra persona. Por cierto, aquí tiene el suyo. El de su señora lo destruiremos.

—Señor Morrow, permítame otra pregunta.

—Sí, dígame.

—¿Normalmente cuál es el motivo por el que la gente viaja al espacio?

—Por placer, no vamos a engañarnos. Pero desde el incidente del pasado mes, la gente le ha cogido pavor a viajar al espacio y prefiere quedarse en casa. Antes de este episodio, el motivo era ese. Algunos por presuntuosos. No sabe lo que se puede fanfarronear por haber estado en el espacio. Esta es una razón muy común en las personas ricas. Lo hacen como un destino más al que viajar. Sin embargo, en cuanto a ustedes estoy un poco confuso. ¿Por qué se decidieron a hacerlo?

Preferí quedarme callado. Entre otras cosas porque la razón solo debía conocerla Claud. Yo desconocía el motivo de mi partida. No sabía ni en qué momento lo habíamos contratado.

—Sr. Morrow, acláreme, ha dicho usted que desde el incidente del pasado mes...

—¿Es que no lo ha visto en la prensa?

—¡No! de qué se trata.

—Hace cuatro semanas en EE. UU. uno de los cohetes de una empresa filial nuestra se desintegró completamente, bajo la atenta mirada de medio mundo. En representación de España se encontraba el Sr. Lomas, jefe del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Se produjo a los treinta segundos del despegue y aparentemente todo estaba correcto, a la vista de las profundas revisiones que se habían realizado.

No se encontró ni un solo resto del aparato, ni de la tripulación, ni del pasaje. Algo fuera de lo normal. Teniendo en cuenta que la mayoría de los accidentes de estas características, cuando ocurren en aeronaves, dejan algún rastro con el que poder realizar una investigación. Nunca se podrá averiguar las causas del accidente.

—¿Cuánta gente viajaba en el cohete? En realidad, la pregunta que le hago es ¿cuánta gente falleció?

—Veintisiete, contando a la tripulación.

—¡No cambiaré mi decisión por muchos incidentes que ocurran! ¿Cuándo partimos?

—El próximo martes, día 15.

—Bien, me queda una semana en la que aún pueden ocurrirme muchas cosas.

—Le quiero advertir que, dada la gran inversión realizada para poner en marcha este proyecto, gran cantidad de lo aportado ya está invertido en los gastos de puesta en marcha del viaje, por lo que el dinero del pasaje de su esposa no se le podrá devolver.

—No se preocupe usted —le contesté—. «Al fin y al cabo no sé ni de dónde salió el dinero», pensé para mis adentros.

—Gracias, Sr Morrow. Ha sido un placer volver a verle.

—Hasta pronto.

Se trataba de algo increíble. Todo esto me cogía completamente de improviso. No recordaba en absoluto a este hombre. ¿Para qué habríamos querido viajar al espacio Claud y yo?

Era el momento de ir al trabajo. Volví a llamar por teléfono al número que aparecía en mi tarjeta de visita y me cogió la misma señorita con la que había hablado anteriormente.

—Buenos días, Torreblanca Abogados, dígame, le atiende Roxana.

Por lo menos pude advertir su nombre. De esta forma no parecería enajenado.

—Roxana, soy yo nuevamente. ¿Le puedo preguntar una cosa? ¿Cuántos años llevo trabajando con usted?

—¿Por qué me lo pregunta señor? No me asuste... —me dijo con voz temblorosa—. Catorce años, usted lo sabe. Desde que se colegió.

—Por eso conoce de sobra cómo tengo la cabeza de olvidadiza.

Fue una forma sutil de averiguar algo sobre mi vida profesional.

—¿Por qué no me tutea como siempre?

—Lo siento. Es que como tú no lo hacías.

—También es verdad —profirió.

—¿Me puedes decir si tengo algo más en mi agenda del día?

—Sí, claro, para eso estoy, señor.

—¿Siempre me llamas señor? ¿Es que no tengo nombre?

—Bueno, a las 13 horas tiene un juicio en el Palacio de Justicia. Y no puede faltar porque es el caso Tylor vs. Universidad de Málaga. Recuerde que lo ha preparando concienzudamente durante largas veladas de trabajo y ahora no puede perderlo.

—Sí, me acuerdo, gracias Roxana. ¿Qué haría sin ti?

Y así fue. Como si de un archivo informático recién abierto se tratara comencé a acordarme de los hechos que motivaron la demanda que interpusé en representación de mi mandante frente a la magna institución universitaria.

No creo que supusiera ningún problema el asistir a juicio en mis circunstancias. Pienso que será fácilmente defendible. Analizándolo fríamente, sería un descalabro ir a pecho descubierto. Como mínimo necesitaría el expediente que se encontraba en el despacho. Con un taxi pude acercarme fácilmente a mi rutina diaria.

Nunca me pude imaginar que tuviera un despacho tan espléndido, seguramente lo decoró mi mujer. Había plantas por todos los rincones. En su ausencia hubiera parecido una estancia desangelada. Empezaba a recordar. Cuadros de Rothko bien situados por las paredes, casi milimétricos. Rothko, sin ningún género de dudas, debió ser el artista contemporáneo que más espacios decoró en el mundo. Trazos geométricos y abundante color caracterizaba su obra. Todo muy bien estructurado, por suerte distinto a la obra de Kandinsky con su mescolanza implícita. Aun así, este último artista supuso en los años noventa un gran descubrimiento y alivio para las empresas de decoración. El gran genio, Vincent Van Gogh, quedó bastante obsoleto. Había sido injustamente relegado de su puesto, a pesar de la historia, biografía y reconocimiento que le avalaban.

No me dio tiempo a observar más detalles, ni debía, por extraño que esto le pudiera resultar a mi secretaria. Inmediatamente le reclamé el expediente contra la universidad y a continuación salí corriendo.

Recordé que el Palacio de Justicia lo habían trasladado a las afueras de la ciudad, concentrando en un solo enclave todos los Juzgados. Por lo visto, según decían, era el edificio administrativo más grande de Andalucía. Allí debí encontrarme a parte importante de mis compañeros de facultad. La gente me saludaba. Desgraciadamente no los recordaba. Por educación les contestaba a su saludo, siempre en consonancia con la amabilidad que lo proferían.

Todo se desarrolló de forma satisfactoria para los intereses de mi mandante. Las conclusiones

quedaron bien encaminadas para la resolución del pleito. Esperaba una buena sentencia, cerrando de esta forma página a una mañana más de mi aciaga vida.

Aquella tarde fue triste y desoladora. El mundo parecía haberse vuelto en contra de la esperanza de vivir. Toda aquella ilusión que embargaba mi vida cuando Claud vivía se desvanecía a medida que pasaba el tiempo, hasta convertirse en una tenue realidad. Al pensar en estas contrariedades mi mente dio un revés y comencé a imaginar los momentos que disfrutaba junto a ella. Para mí todo esto no había ocurrido o por lo menos no quería creérmelo. Me acordé del primer día que cogimos un ordenador para chatear. Pensamos, para la ocasión, en alguien que se encontrara muy lejos. Internet era arcaico y por aquella época no existía ADSL. La conexión era lenta. Contactamos con un chico de Nueva York. Tenía ascendencia española. Escribía el castellano perfectamente. Esta primera experiencia virtual nos causó una agradable sensación. Nos contó multitud de anécdotas relativas a su tierra. Para él, nosotros, los españoles, éramos gente especial. Hizo muchas referencias a nuestro país, denominándolo «la madre patria». Así determiné su origen hispano. De su tierra habló excentricidades e increíblemente nos gustaron. De la nuestra todo lo contrario, hermosas frases adornadas de dulces y añorados sentimientos.

En definitiva, chateamos con un desconocido. Chatear, palabra que de por sí asustaba, sin lugar a dudas enriqueció un momento sin parangón como el que cuento.

¿Por qué no recordar viejos momentos? Podría servirme de terapia para mi problema. Podría ser desalentador para Claud allá donde estuviera. A ella nunca le hubiera gustado que lo hiciera solo. Claud tenía un pequeño o gran defecto, según como se mire. Por su amor desafortunado, todo debía girar en torno a ella y si existía un mínimo acercamiento hacia alguien del sexo femenino, aunque solo fuera de amistad, enseñaba las garras y demostraba sus celos. Nunca se dio pie a ello. Ahí estoy yo para certificarlo ante la autoridad divina si hiciera falta. Quizás si pusiese a prueba sus incontrolables celos se manifestara de alguna forma. Me apetecía experimentarlo.

Conecté el ordenador portátil y entré en el portal Terra. Sin duda, fue el que usamos en aquella ocasión. El chat daba multitud de opciones. Una era entrar por edades, otra por localidad, para tener relaciones, amistad, sexo, ¿quién sabe?... Me sorprendió encontrar charlas culturales, en otro momento, políticas, etc. Entré en las de amistad. Me costó poder compartir un rato agradable con alguien. Estaba a un paso de cerrar y desconectar el portátil cuando de forma discreta y espontánea me entró una conversación privada que se disponía a entablar conmigo un rato de charla sin complicaciones de ningún tipo.

Afortunadamente para mí se trataba de una mujer. Esto no quería significar que me molestara charlar con hombres. Sí me asustaba un poco. En internet todos buscaban lo mismo si hablaban con alguien de su mismo sexo y, claramente, esa no era mi intención.

—Hola —introdujo.

—Hola.

Era el momento de las presentaciones, cortesía necesaria si no querías aparentar ser alguien vulgar.

—¿Cómo te llamas?

—¿Y tú?

—¿De dónde eres?

—Yo, español, del sur. ¿Y tú?

—De los Palacios —me dijo.

—Bonito pueblo. ¿Cómo dices que te llamas? —le reiteré.

—¿Qué? Me llamo Soraya.

—¿Y qué buscas aquí en este chat? ¿Amistad? —le pregunté.

—Sí, por supuesto. Espera un segundo, es que mi padre me está llamando, me trae loca, solo hace pegarme gritos.

—¿Y eso?

—En todo momento quiere saber lo que estoy haciendo.

—¿Que desesperación ¿no?

Tal vez se trató de un comentario fuera de lugar, teniendo en cuenta que no la conocía de nada.

—Un segundo, por favor.

—Vale, tranquila.

El hecho de relacionarme con mujeres después de la muerte de mi amada era algo atípico. Esta conversación me estaba causando sentimientos placenteros. Me daba la opción de escuchar y ser escuchado, no era poco. Para mí significaba un alivio, ya solo por el hecho de que alguien se preocupara un mínimo por mis sentimientos, por mis inquietudes e incluso por mi forma de ser o de pensar.

—Hola.

—¿Ya estás ahí?

—Sí, sí, perdona. Solo quería una tontería, cada vez desvaría más.

—¿Qué edad tiene tu padre?

—Tiene cuarenta años, aún es muy joven.

—Bastante. Por cierto, no me has dicho tu edad. O tal vez no te la he preguntado.

—Así es. Yo tengo treinta y cinco años —le dije sin pensármelo.

—Yo veintiuno. Soy una pequeña cortesana.

—¿Y tu madre cuántos tiene?

—Pues menos aún que mi padre. Treinta y siete añitos.

—Increíble —exclamé—. Con esos padres tan jóvenes saldrás de fiesta con ellos, ¿no?

—No precisamente, no suelo salir. Además, lo poco que lo hacía desistí porque —se hizo un silencio—... No sé si contarte.

—Dime.

—Mi padre me vigila a todas horas. No puedo salir con nadie prácticamente, ni con mis amigas. Si algún hombre se acercara a mí su vida correría peligro.

—O sea, que soy hombre muerto, ¿no? —le solté sin más ánimo que el de reírme.

—No te creas, si supiera algo, si se enterara que nosotros dos estamos hablando en este momento no le gustaría en absoluto.

—Por cierto, no salen las cuentas. ¿Con qué edad te tuvo tu madre? Espera, treinta y siete menos veintiuno igual a dieciséis. ¡Dieciséis años! ¡Qué lanzados!

—Tú lo has dicho. Obviamente se casaron obligados por la familia, fue un arreglo entre linajes.

—Qué pena. Entonces no se casaron por amor.

—Así es.

—Aunque sea un atrevimiento preguntártelo, ¿no se casarían porque tu madre se quedó embarazada de ti?

—¡No! en absoluto. Si hacemos las cuentas verás cómo no fue así. Ellos se casaron dos años antes. Mi madre, según me dijeron, tenía catorce. Ya te digo, fue un matrimonio acordado entre familias.

—Cómo los gitanos, ¿no?

—Supongo que sí, aunque no los conozco —me dijo muy en serio—. ¡Otra vez! Qué pesado... Cómo grita, me tiene asustada. Mi padre nuevamente. Te he de dejar. Ya hablamos otro día.

—Bueno —dije resignado. Y a continuación apareció como desconectada.

Sin duda alguna, parecía una historia tremenda, de película. Lo que debía estar sufriendo esta chica. Su historia no era para hacerla pública. ¿Por qué se habría sincerado de esta forma? Estaría desahogándose. ¿Este tipo de hechos podían ocurrir en el siglo XXI? Matrimonios apañados y padres que no daban libertad a sus hijos para poder moverse. Una sinrazón que no todo el mundo estaba dispuesto a aguantar.

—¿Estás ahí todavía? —Pude observar escrito en la pantalla.

—Sí, me alegra volver a verte, bueno, oírte, o lo que sea —titubeé medio descolocado por falta de uso de este medio.

—No sabe qué inventarse.

—¿Qué le ocurría?

—Tonterías. Quería saber dónde había dejado una cosa. En realidad lo que necesitaba era controlar mis pasos, mis movimientos, saber lo que hacía en ese momento. Cada día se parece más a mi abuelo. Ese sí que era despreciable, bueno, es despreciable. Aunque ya no resida con nosotros, todavía está dentro de nuestras vidas.

—¿Cómo dices eso de tu abuelo?

—No me apetece hablar de él —afirmó queriendo cortar radicalmente el tema de conversación.

—Vale, no te preocupes.

—Solo puedo decir, así lo pienso y lo pensaré siempre, que es un tirano.

—¿Cómo? Un dictador te refieres o un déspota, ¿no?

—No puedo contártelo, me podrían escuchar, estoy continuamente vigilada.

—Creo que exageras. ¿Qué piensas? ¿Que leen todo lo que escribes y hablas?

—Pues sí, puede ser.

—Allá tú con tus contubernios. No creo que todo gire alrededor tuyo, como si fuese una conspiración, ¿no?

—Si yo te contara...

—No me dejes así, de esa forma. Cuéntame. Además, ¿qué problema podría haber si yo no conozco a nadie de los Palacios?

Antes de que pudiera darme cuenta la enigmática chica estaba desahogando sus penas frente a mi pantalla, sincerándose de manera inverosímil con la historia que me comenzaba a contar.

—Cuando era una niña mi abuelo abusaba de mí.

—¿Cómo? —me dejó totalmente abrumado, sobrecogido.

—No creo que deba entrar en detalle, pero cuando se me acercaba me temblaban las piernas. Su fragancia era para mí puro hedor. La gente siempre solía decir que olía como un soberano. Por suerte para él, su estirpe y linaje le hacían ser elegante y bien parecido. Paradójicamente sus formas, de puertas para adentro, le perdían. Lo odiaba.

—¿Y tus padres lo sabían? ¿Qué opinan de esta afrenta?

—Sí, lo saben. Por desgracia siempre lo intentaron ocultar. Sobre todo por la envergadura del asunto y la relevancia que hubiera tenido para el resto de familia y la gente de palacio. Soy una persona conocida.

—¿Ah, sí? Cuenta... ¿Quién eres? —Obviamente pensaba que me estaba engañando, de ahí que no le diera mayor importancia.

—No te puedo contar. Mis padres prefirieron olvidar el asunto.

—¿Por eso te protege ahora tanto tu padre?

—Puede ser. Su instinto protector se ha acentuado con el tiempo. Todo el que no tuvo en su

momento lo ha magnificado ahora. En el fondo se preocupa de mí, pero no es justo, yo también tengo derecho a vivir mi vida, es una necesidad vital. Soy bastante joven y por muy mal que me haya sonreído la vida tengo derecho a rehacerla, ¿no?

—Pues sí —afirmé.

—Me gusta la música, la literatura, quiero disfrutar de la gente, del campo, ayudar y escuchar al necesitado, darle de comer al hambriento, cuidar al enfermo, en definitiva, me gustaría ser útil. Y no puedo, estoy confinada.

Empecé a curiosear en su vida, adentrándome en lo más recóndito de su existencia. Pero fue en vano el intento. No quiso que me inmiscuyera más, por lo que preferí entrar en banalidades.

—¿Estudias? —le pregunté.

—Sí, Humanidades —contestó.

—¿Has dicho que te gustaba la música? A mí también me gusta. Me fascina escucharla y cantar, aunque mi mujer decía que lo hacía fatal. Estaba en lo cierto. Solo tengo oído, mi voz es esperpéntica. Es una pena porque la música la siento en el alma, en mi corazón y me ayuda mucho a olvidar.

—Hablas de tu mujer en pasado, ¿te dejó?

—Sí, falleció hace meses.

—Lo siento mucho. ¿Qué le ocurrió? Todas las pérdidas duelen, pero la de una esposa debe ser muy luctuosa.

—Pues sí. Teniendo en cuenta que teníamos una relación admirable, así es. Éramos uña y carne. Todavía me cuesta levantarme por las mañanas sin ella a mi lado.

—Pobrecillo, cada uno tenemos nuestra historia. Me gustaría, querido amigo, que la vida te sonriera, que tuvieras una buena voz para cantarle de nuevo al oído y que además ella te pudiera decir lo bien que lo haces. Sabes, te puedo asegurar que más bien pronto que tarde podrás hacerlo.

—Eso espero —le dije—. ¿Eres creyente?

—Sí mucho, creo en la vida, en la muerte. Creo que la muerte también nos libera de la, a veces, infausta existencia.

—¿Y en Dios crees? Me aventuré a preguntarle.

—Por supuesto —contestó con rotundidad—. Dios es una verdad irrefutable. ¡Existe! Te lo aseguro. Vela por nosotros en cada momento para que todo vaya conforme a un orden preestablecido. Somos nosotros los que lo estropeamos. Le damos un sentido a la vida distinto del que tiene, equivocado. Lo que Dios espera que hagamos es buscar el bien, difundirlo allá donde tengamos influjo, a todo aquello que amemos. El amor es infinito, pero solo si nosotros sabemos darlo gratuitamente.

Como la conversación se estaba tornando demasiado mística, a riesgo de que se desvirtuara, cambié de tema nuevamente y le volví a preguntar:

—Bueno, ¿me vas a decir de una vez por todas con quién tengo el gusto de estar hablando?

—No, no puedo, de verdad. Seguramente me conoces y la historia que te he contado no se puede hacer pública bajo ningún concepto. Para mi familia significaría una auténtica deshonra que jamás podríamos superar. Si algo me estimas te diré que yo sería la principal perjudicada de todo esto.

—Si es así prefiero que no me digas tu identidad.

—Gracias —me contestó—. Debes ser una buena persona, ¿verdad? Eso se ve nada más hablar contigo. Me encantaría poder verte.

—Se hace lo que se puede, me educaron para serlo. Estoy orgulloso y agradecido a mis padres de que así fuera.

—Creo que me has dado suficiente confianza para decirte quién soy. Te lo diré ¿vale? Pero por supuesto debes ser una tumba. Pertenezco a una familia noble de.... Un momento, mi padre me está llamando nuevamente.

—Vale, pero no tardes. Me has dejado en vilo.

—Ahora vuelvo.

Fueron las últimas palabras que pude leer escritas por ella. De esta experiencia pude extraer multitud de conclusiones. Su identidad, con la poca información que me había dado, nunca la averiguaría. Se trataba de una historia increíblemente triste. Me hizo reflexionar aún más si cabe sobre el sentido de la espiritualidad. Incluso llegué a pensar que hablaba con alguien que había salido de otra época. Una persona con anacrónica existencia capaz de entablar conversación con un individuo desorientado como yo. Tal vez con el objeto de auxiliarme y guiarme por el camino correcto que debía seguir. Quizás el que Claud me había marcado. Todo pensamiento al fin y al cabo me arrastraba a lo mismo: a ensalzar mi amor por Claud.

A la mañana siguiente no me costó en absoluto levantarme de la cama. Di un salto imponente. La vida me estaba esperando ahí fuera, entre otras cosas para comérmela. Presentía que algo bueno me iba a ocurrir. Y así fue. Me pegué una ducha de aquellas de las que tiempo atrás no me daba. Mi mujer siempre se quejaba de lo largas que eran. A pesar de ello las disfrutaba, me relajaba asiduamente en ellas. Como si de un ritual se tratara duraban casi quince minutos. Exclusivamente me dolía, que no era poco, la escasez de agua. De forma insolidaria contribuía enormemente a acentuar la terrible sequía. Por fortuna, ahora estábamos viviendo un fastuoso ciclo de agua que se agradecía para calmar mi intranquilidad ante esta mala costumbre.

En esta ocasión, aún dentro de la ducha, incluso me atreví a cantar. Realmente nadie podía escucharme. No haría ridículo alguno. A pesar de mi abominable voz, las palabras comenzaron a deslizarse entre las gotas de agua cual canto angelical se tratara. Sorprendido por la perfección de las notas, me imaginé a un público que escuchaba atentamente mi canto. Creí ver a Claud entre el mismo. Todo era una ilusión. Aunque yo la admitiera como tal, quería entender el trance, sin llegar a dogmatizarlo en ningún momento.

Estaba cantando como un auténtico artista y no entendía el porqué del cambio de dicción. Me imaginaba a Claud disfrutando de mi oda, acercándome a su oído y cantándole suavemente, susurrándole sus canciones preferidas. Llegó un momento en que el sonido del agua de la ducha se perdió y exclusivamente se oía, por una vez, mi admirable recital. Hacía un eco perfecto entre las dos paredes y la mampara de cristales. Era como un micrófono artificial que realmente no tenía ni que sujetar. Supuse que lo que estaba ocurriendo no era real. Jamás encontraría palabras para describir lo azarosa que había sido mi anterior elegía. Esto estaba cambiando. Por unos segundos pasé a tener buena voz:

«Soñé con cantarte al oído y que tú no te rieras; soñé con amarte, vida mía, y que me respondieras. Soñé, sentí, lo hice, ¡sí!, ¡sí!, en tu vida, para que frívolamente me correspondieras. Pero ahora que no te tengo te canto y no sé si verdaderamente lo oyes; porque no estás a mi lado, aunque yo sueñe cada día.

Y soñando te canté al oído, vida mía, como me dijo Soraya que acontecería. Para mí fue suficiente el poder tenerte cerca, aun sabiendo que la voz era su aderezo. Quiero soplarte los versos, animar tu oído y darte cariño sincero, pues sé que esto es efímero.

Un sueño de regalo y un tenor que está a tu lado que no existe, porque es profano. Encantamiento o casualidad, todo lo acaecido, si se terciara, me gustaría volverlo a soñar. Me alegra haberlo sentido, aunque desgraciadamente no fuese realidad».

Al salir de casa, como en multitud de ocasiones, me di cuenta de que el teléfono móvil se me

había olvidado. Tuve que volver a por él. No lo encontraba, por lo que decidí marcar el número para localizarlo. Eso me permitiría saber en qué lugar de la casa se había quedado. Por inercia marqué el teléfono de Claud. Saltó el contestador con su dulce voz que volvía a escuchar por primera vez desde su fallecimiento. Mi corazón dio un sobresalto al escucharla. Inevitablemente se me saltaron las lágrimas. Al reparar en él, y solo por matar la curiosidad, fui a buscarlo. Conocería su situación. Se trataba de una línea de teléfono adscrita a mi factura, por eso nunca pensé en darla de baja. Allí se encontraba, en el interior de su bolso, donde solía tenerlo. Surgió en mí un inconcebible miedo de encenderlo. Probé varios números de pin y al tercer intento di con el. Logré activarlo. Era bastante fácil, algo que jamás olvidaría, su mes y año de nacimiento. Al instante comenzaron a saltar mensajes. Me produjo cierta inquietud. El primero de ellos era mi llamada perdida. Había treinta y cuatro más. Por supuesto, no me atreví a leer y escucharlos todos. Muchos de ellos eran de publicidad, significando una terrible pérdida de tiempo el leerlos. Me quedé en el decimoquinto:

—Buenas tardes cariño, soy Pedro. Llámeme cuando puedas.

No le dí mayor importancia. Podía ser alguien que le dijera cariño de forma afectuosa.

Seguí buscando mi teléfono. Ahora sí lo marqué correctamente, pues estaba sonando encima del aparador.

Ya en la calle me encontraba perdido. Previsiblemente no sabía qué camino seguir. Me acordé del primer poema que mi profesor de Literatura nos encargó que escribiéramos. Yo había estudiado en un colegio religioso, de estricta educación y exquisita enseñanza. Mi profesor de esta materia, D. Juan de Dios, trató de introducirnos en los autores más prolíficos de la literatura contemporánea. Faulkner, magnífico en sus narraciones; John Steinbeck, muy acorde con mi agonía y, por supuesto, aunque también recordara al inolvidable Jean Paul Sartre, el que más me conmovió, por su aciaga vida, fue sin lugar a dudas Frank Kafka. No digo que me encantara, simplemente me conmovió.

El profesor nos encomendó la temible tarea de realizar un poema. Qué osadía por su parte, sobre todo por tener que oír, uno a uno, los designios de cuarenta cabezas alocadas que formábamos el alumnado de su clase. Aún recuerdo las sandeces que pudimos escuchar ese día. Todos leímos, de viva voz, las disonantes odas. Cada uno levantados en nuestros pupitres, cual oradores en su temible facistol de madera, en posición semiagachada, al objeto de no advertir las maliciosas risas de los compañeros.

No levanté la cabeza, para no quedar en ridículo en ningún momento, por lo menos hasta que no finalizó la exposición. Jamás nos libraríamos del psicoanálisis que el profesor hizo de nuestras mentes. Por afinidad, yo me decanté por el existencialismo. En un escueto verso, por contra de lo que hicieron el resto de compañeros, plasmé una reflexión sobre la vida, las decepciones, los baches en los que caemos, las superaciones de nuestros problemas, la amistad y, cómo no, el subterfugio del hundimiento personal. Solo recuerdo una estrofa que siempre ha ido conmigo en mi cabeza. Tenía quince años:

«Me caí y no supe qué hacer,
además no pude volver,
cuando alguien me ayudaba
ya no servía para nada.
Al final me levanté,
en el ocaso me encontré».

Era más extenso. Ese espécimen literario debió perderse en el olvido. En mi cabeza perduraba. Anduve y anduve. Sin darme cuenta me noté totalmente empapado. La lluvia había hecho

presencia y no había reparado en ella. Tuve que cobijarme bajo techo. Decidí entrar en un bar cercano al lugar en el que me encontraba.

—Buenos días, señor, ¿qué desea?

—Póngame una tónica, por favor.

—Ahora mismo, caballero.

—Gracias.

El bar se encontraba abarrotado. Todo aquello que se asemejara al silencio estaba lejos de este lugar. Aun así, no sé por qué razón, tenía su encanto. Me recordó a esos bares en los que todos los jóvenes comenzamos a salir y en el que aguantábamos empujones por doquier, humo, ruido, borrachos, incluso en alguna ocasión peleas entre energúmenos recién salidos de sus corrales. En definitiva, deprimente, esa era la palabra. Sentimientos encontrados hacia un lugar así eran entendibles.

En uno similar a este fue donde la conocí. Fue una calurosa noche de verano en la que mi amigo León, que por aquel entonces salía con la mejor amiga de Claud, me había preparado una inesperada cita a ciegas. León, de origen belga, era una de las personas más sinceras que jamás habían pasado por mi vida, de ahí mi admiración por él. Era capaz de soltar por su boca todo aquello que sentía sin pestañear ni un solo segundo. Estudió conmigo en el colegio y posteriormente incluso nos preparamos juntos en la universidad. Por eso prolongamos nuestra amistad durante esa época. Más tarde, y al haber dejado sus estudios de Derecho, llegó a mis oídos que se decantó por otra carrera profesional de la que, según tengo entendido, vive suntuosamente.

Claud, su amiga, una noche de finales de junio me cautivó entre música, ruido, humo y empujones, siendo todos estos factores suficientes para sugerirle que saliéramos a contemplar la noche, a oler a jazmín. Disfrutar del momento más decisivo de mi vida, la unión formal y consentida de nuestras almas. Amor puro y eterno, dulce, limpio y escasamente impío. Nuestros labios se besaron juntándose suavemente. Sus pupilas grandes se hacían cada vez más pequeñas, emulando un recuerdo que se alejaba. A medida que me acercaba a ella, los pajarillos cantaban y las flores caían al suelo, sirviéndonos de perfume embriagador. Parecía como si Claud nunca hubiera besado a un chico con anterioridad. Estaba nerviosa, desconocía lo que esto le iba a cambiar la vida. El amor, el cariño, la pasión fluyeron y nuestros caminos se unieron. ¿Para siempre? Mejor no recordar.

Debía continuar mi vida. Todavía en el bar mi teléfono sonó. No conocía el número.

—¿Es usted el señor Leal?

—Sí, dígame.

—Le llamo de la agencia interestelar. Soy la secretaria del señor Morrow. El viaje después del accidente ocurrido ha sido suspendido temporalmente, así es que hasta nueva comunicación no se llevará a cabo.

Lo cierto es que no era mi ilusión viajar al espacio en este momento. Este comunicado me había sentado hasta bien.

CAPÍTULO TERCERO: RECUERDOS

Continué pensando en mis antiguas amistades. Recuerdo a mi gran amigo Jimmy, del que también perdí la pista. Él solía utilizar mucho la frase: «Carpe diem», sin lugar a dudas, acuñada en ese momento de la película *El club de los poetas muertos*. Siempre la usaba adecuándola a las circunstancias. Aprovechar el momento no era lo mío. Me encantaría disfrutarlo pero casi siempre, por desgracia, se anteponía algo que no me lo permitía.

Recuerdo mi amistad con Nick, al que conocía desde la infancia. De nacionalidad francesa, amante de los coches y de las mujeres, fue el claro ejemplo de no saber porqué se pierde un gran amigo sin una razón importante. Esa es una de las pocas cuestiones que pude achacar a Claud. Cuando la conocí, en los inicios de nuestra relación, al principio por consentimiento propio y posteriormente por imposición, mi vida debía centrarse en ella, lo cual no era bueno del todo para nuestra relación. No es que yo quisiera tener una desmesurada vida social, aunque unas cuantas escapaditas con mis amigos no me hubieran sentado mal. Más bien por mantener el contacto y por no encontrarme ahora totalmente solo. Debía retomar mi vida, el trabajo, las ilusiones, la amistad y, por qué no, el amor.

Dolorido y desolado, me encontré aguardando el amor que antaño tuve, recordando la sinrazón de su malograda vida. Mi anhelo por abrazarla y el deseo de reencontrarme junto a ella me causaban pavor.

Manifestaba desidia por existir sin tenerla en mis brazos y rabia por quererla, por seguir queriéndola con locura, a pesar de no tenerla pegada a mis labios.

Aunque mi vida no tuviera sentido, debía seguir luchando por mi Claud, por esos hijos que jamás tuve, pero que siempre deseamos para el futuro. ¿Futuro? Mejor no hablar de futuro. ¿Cuál sería el que me esperaba? Lejos de pensar en idilios amorosos que jamás existirían me centraría en vivir. Vivir lo mejor posible con el recuerdo. Disfrutar de lo poco que me quedaba, ¡mi vida! El recuerdo nunca se olvidaría.

—Oye, Claud, por casualidad no habrás visto dónde están mis gafas de sol, ¿verdad?

—No, no tengo ni idea, hace un rato las llevabas puestas.

—Sí, lo sé. Ahora no las encuentro. Las he debido perder.

A veces las cosas más mundanas desaparecen sin más, cosas materiales que en realidad no tienen ninguna importancia.

Lo recuerdo como si fuera ayer. Ese día Claud estaba deslumbrante. Había ido por la mañana a la peluquería y su cabello semiondulado brillaba de una forma especial. Teníamos una comida con varios amigos en un restaurante cerca de la localidad de Colmenar.

—¿Está muy lejos? No tengo muchas ganas de coche —dijo Claud.

—¡No! No te preocupes. A pesar de estar a unos treinta minutos de aquí por carretera de montaña creo conocer un camino mucho menos pesado. Iremos por allí. El noventa por ciento es por autovía.

Hacía un día espléndido. Ya no sabía vivir sin gafas de sol y menos para conducir. Notaba cierta fofobia al no tenerlas puestas.

—Te dejo mis gafas —me las ofreció Claud amablemente.

—Pues guapo iba a estar... ¡No gracias! Si son grandísimas.

Era la moda llevar gafas de sol con cristales inmensos. Esa atroz manía de esconder la dulzura de sus ojos no era entendible. Un atentado contra la propia esencia de su encanto. Como tapar el azul del cielo con una capa de nubes negras dispuestas a descargar en una tormenta.

—Aguantaré sin ellas —dije resignándome—. Vaya mala suerte. Si en unos días no las encuentro tendré que plantearme comprar otras.

La velada junto a los amigos fue inmejorable. Se desarrolló en un lugar como no quedan muchos. Comimos en una mesa en la que debajo se emplazaba un brasero de picón, con badila incluida.

Claud, en una de sus muchas incursiones en la escena, se situaba inclinada en el brasero, removiéndolo en una posición digna del óleo del cordobés Julio Romero de Torres. Recuerdo cómo en medio de ese deleite culinario, a base de buen chivo y regado con vino dulce del terreno, apareció delante de nuestros ojos un personaje totalmente anacrónico. Su vestimenta le delataba. Con un gesto de complacencia nos invitó a disfrutar del festín amenizándolo con un canto similar al de los verdiales. La música no se sabía a ciencia cierta de dónde provenía. La voz sin lugar a dudas era suya. Físicamente no había ningún radiocasete, ni instrumento musical alguno que le acompañara. Sorprendentemente sonaba un violín y un pandero. Era un acompañamiento cuasi fantasmal. El señor, a pesar de nuestro azoramiento, continuaba como si nada fuera con él. Nos mirábamos los unos a los otros intentando buscar una explicación a su canto, embrujándonos a todos y hermanándonos de por vida.

¡Sí! ¡Sí! Mi mente se abre, tenía amigos. Ahora debía buscarlos. Esa trova extraña mezclaba frases haciéndonos apremiantes advertencias. Salmodiaba que de nuestra mano comería la zorra. Que por naturaleza el más brillante encontraría al testigo de la noche bajo la cueva del delirio. Locuras. Locuras muy cuerdas dignas de un día en la venta Lanada.

Desde ese mismo día todo comenzó a cambiar en nuestras vidas. Al poco tiempo fue cuando mi Claud murió.

<<Cerca de aquí hay una venta, un deseo y un recuerdo. Pero no muy lejos, ya sin ti, un anhelo que yo tengo>>.

Mis gafas de sol son reemplazables. Sin embargo tú, Claud, serás insustituible.

Recordar me ayudaba bastante para continuar con mi sombría vida. ¿El recitarnos aquella canción tendría algún extraño sentido? ¿La cueva del delirio? ¿A qué se referiría? ¿Qué embrujo nos caería ese día? Ahora probablemente tendría sentido todo esto. Debía regresar una vez más a la venta Lanada. Buscar esa cueva donde encontramos al quiróptero enano. A pesar de trasladarme allí ese mismo día, no hubo ni un solo signo que me hiciera entender el estado actual en el que me encontraba. Fue todo en vano.

CAPÍTULO CUARTO: LA PROPOSICIÓN

Al día siguiente decidí llamar a Raúl Bertel, el doctor. Necesitaba charlar con alguien que me pudiera comprender o por lo menos escuchar. En definitiva, hablar un rato. Le invité a tomar una cerveza cuando salía de la Mutua donde trabajaba por las mañanas.

—Hola Raúl, ¿Cómo estás? —le pregunté por teléfono.

—Bien, aquí trabajando. Me alegra oírte. ¿Cómo va todo?

—Bueno, sobreviviendo. Aprovechando que me dejaste tu teléfono te llamaba por si te apetecía tomar una cerveza conmigo.

—Por supuesto, yo te invito —dijo adelantándose—. ¿Dónde nos vemos?

—Para que sea más fácil para ti me acerco donde tú te encuentres.

—Yo estoy en Fraternidad.

—¡Ah! Sí.

—Nos vemos en calle Pacífico a las tres en punto, cuando yo termine.

—Perfecto —concluí.

A Raúl se le veía bastante animado, se le notaba un apasionado de su trabajo. Siempre ayudando a las personas. En este caso concreto a los que se accidentaban en el trabajo.

—Raúl, necesito mucha fuerza para continuar, los días se me hacen muy largos, la soledad, los recuerdos, todo se junta y yo cada día me encuentro más débil anímicamente. Te agradezco que hayas accedido a tomarte algo conmigo. Tú me das ánimo, se te ve una persona muy activa y todavía puedo aprender mucho de ti.

—No sigas, que me voy a ruborizar. No creo que sea así como lo cuentas. Yo soy una persona normal. Tú estás pasando un mal trago, pero para eso estamos los amigos.

—No te puedes imaginar —le dije dándole un abrazo.

— cómo me alegra escuchar esa palabra referida a mí. Para mí la palabra amigo es un gran término y adquiere, si cabe, mayor significado si la dice alguien tan sincero como tú. Te lo agradezco. Solo quiero que me aclares un par de cuestiones. ¿Recuerdas el otro día cuando estuve contigo en el centro médico social?

—Sí, perfectamente —respondió.

—Qué mal trago pasé. Fue una experiencia que jamás olvidaré. Me ayudó a sacar muchas conclusiones determinantes para mi vida. Recalé en lo que puede significar la vida después de la muerte. Toda esa experiencia me ayudó a comprender parte de lo que me está ocurriendo a mí ahora.

—Olvídalo todo —me espetó sin dudar—, que todavía vivimos en este plano. Y por mucho que uno quiera es imposible dar el salto. Así es que ni se te ocurra. Si se te está pasando por la cabeza hacer algo extraño, olvídalo. ¿Qué estás pensando?

—Te voy a hacer una pregunta y me contestas, solo si quieres.

—Dime, Pablo, te ayudaré si está dentro de mis posibilidades.

—Necesito que me induzcas un coma.

—¿Perdón?

—Sí, que me dejes en coma durante un día como mínimo. Necesito hablar con Claud, estar con ella, abrazarla, sentir su calor, decirle que la quiero.

—No entiendo. ¿Tú no eras creyente? ¿Por qué quieres jugar con la providencia divina?

—Es mi última salida, necesito un aliciente para continuar. Quiero saber cuál es mi cometido en esta vida.

—Eso puede ser un suicidio —me hizo saber—. Incluso yo podría ir a la cárcel.

—No, nunca si lo organizamos bien. Yo podría entrar por urgencias y simular que el coma es el último recurso para mantener mis constantes vitales. Podría estar justificado legalmente y no parecería acordado.

—Pero no deja de ser una temeridad. Además, si eres creyente sabrás que si esto sale mal al final no serás partícipe de la gloria divina.

—Confío en tus manos, por eso recorro a ti. La técnica ha avanzado tanto que podrás recuperarme en segundos. Y si fueras incapaz, a los ojos divinos mi suicidio sería considerado como el final de una enfermedad mental. La benevolencia divina tal vez no lo tenga en cuenta.

—Bueno, dejémoslo, nos estamos volviendo locos con tanto misticismo, pero esa es la pura realidad.

¿Para cuándo tienes pensado que hagamos semejante locura?—Me preguntó Raúl.

—Cuanto antes. Si puede ser hoy, mejor.

—Hoy no puede ser. ¿Nos tomamos otra cerveza? Pronto me tengo que ir, estoy muy cansado y me gustaría tumbarme unos minutos en casa. Esta tarde tengo unas conferencias que organiza mi empresa en el Colegio de Médicos. Precisamente son sobre patologías mentales y su influencia en el ámbito laboral. Se tratarán los aspectos claves para su detección, los tratamientos a seguir y las soluciones al conflicto laboral suscitado.

—Me parece interesantísima —le dije.

—Y a mí, por eso voy. Además, es primordial para mi trabajo en Frater. Si quieres apuntarte me harías compañía.

—Te lo agradezco, pero esta tarde no puedo. Piénsate la propuesta que te he hecho y con toda la confianza del mundo dame una respuesta rápida sobre la viabilidad de poder hacerlo. Podríamos prepararlo para la semana que viene.

—Bueno, lo pensaré, pero me pones en un serio compromiso.

—No es mi intención. Estoy desesperado. Necesito tu ayuda Raúl. Hablamos pronto.

Por contra de lo que le pasaba a Raúl, en el plano profesional, mi trabajo no era del todo de mi agrado. Estar peleando continuamente con los clientes para poder cobrar una mísera minuta, previa disputa, poco agradecida con el contrario para ganar el pleito, cada vez me gustaba menos. Notaba que era una cuestión que me había afectado psicológica y laboralmente.

Recuerdo que en alguna ocasión estuve a punto de dejarlo todo. Por suerte, Claud me animaba para que no lo hiciera. Siempre dando buenos consejos, amiga de sus ideales y partícipe de tus problemas hasta borrarlos de tu mente. Los mismos clientes me buscaban para que los representara sin necesidad de hacer nada especial por encontrarlos. Lo que es la vida, en los inicios de mi profesión a los clientes los buscaba hasta debajo de las piedras. Tengo claro que un día lo dejaré todo. Tal vez ahora, después de lo ocurrido, sea el momento. Podría hacerme taxista. Tenía entendido que las licencias costaban muchísimo dinero. Mercadeo, puro mercadeo. Siempre fui un buen conductor, hablando en términos automovilísticos. ¿También lo era para manejar mi vida? Solo hay que ver dónde he llegado, a lo más profundo del precipicio. Esa es la pena. No todo sale como uno espera. Cuando conocí a Claud, de estudiante, mi coche dejaba mucho que desear. Era un utilitario al efecto, aunque muy digno, por cierto. Mi padre, desde que era niño, se encargó de iniciarme en la conducción. Me llevaba a un campo —qué imprudencia, lo que ha cambiado la vida— para conducir sin riesgo alguno. Él nos protegía, para que nos soltáramos con el volante. Tal fue el grado de acierto de su decisión que en la autoescuela San Carlos el profesor

me decía: «No deberías hacer el examen habiendo realizado tan pocas clases prácticas».

Le debí haber hecho caso. Pero no fue así, cubrí mi historial automovilístico con cuatro clases prácticas por las calles de la ciudad. Mera analogía con la vida.

Tal vez no estaba del todo preparado para dirigir el trayecto que me esperaba. Es como si estuviera viéndolo, todavía está clavado en mi mente. Dos personas preparadas para afrontar el camino juntas, Claud y yo, yo y Claud. Así fue como mi mujer supo aprovechar mi avidez por independizarla al volante y apartarle de su moto de forma definitiva. Ese era mi principal anhelo. Claud, desde que cumplió dieciséis años, disponía de una pequeña Scooter. Con ella iba a todos los sitios, con ese carácter independiente que en ella afluía. Tal era el grado de confianza que tenía que las veces que me pude montar con ella me dejaba arrastrar por su idílico mundo desconocido del motor. Aun así, ese asfalto al descubierto me infundía un terrible miedo. El día que aprobó el carnet de conducir supuso para mí una gran tranquilidad, solo de pensar que apartaría la moto de su lado. Tal vez instinto conservador o puro egoísmo por mi parte. Lo que son las cosas, al final su destino no estaba en el asfalto.

CAPÍTULO QUINTO: LA ESTAFA

Poco a poco mi memoria volvía. Lo hacía de forma escalonada. La mitad de mis recuerdos ya formaban parte de mi mente. Aunque en mi coche todavía había una multitud de planos de construcción y no sabía de qué eran. Se encontraban en la parte trasera del mismo. Dispuse echarles un vistazo. Sorprendentemente, no entendía nada de lo que veía mi retina. Parecía un bunker. Jamás se me habría pasado por la cabeza dedicarme a hacer semejante construcción, entre otras cosas porque no era técnico.

Decidí llamar al arquitecto que aparecía en los planos como director y firmante del proyecto, al objeto de que me aclarara un tanto el tema.

—¿Con Pedro, por favor?

—Sí, un momento —dijo una amable señorita con voz dulce y apagada.

—¿Sí, dígame? ¿Con quién hablo?

Debía hacerme el ignorante y aprovechar el devenir de la conversación.

—Soy yo —le dije esperando alguna respuesta.

—¡Hombre, Pablo! Me alegra mucho oírte.

Realmente lo parecía. Daba la impresión de ser alguien muy cercano a mí.

—¡Cuánto tiempo! —me aventuré a contestar.

—Lo siento mucho por lo de Claud, no tuve ocasión de decírtelo antes, cuando ocurrió estaba de viaje y me enteré mucho más tarde. Era una persona querida por todos.

—Lo sé, es una pena.

Me la volví a jugar, a riesgo de parecer desequilibrado.

—¿Cómo está tu mujer? —le pregunté.

—Bien, bien, ya sabes. La niña, el trabajo, todo es muy duro.

—¿Por qué no nos vemos? —le pregunté—. Necesito hablar contigo.

—Vuelves a estar activo, ¿no? —inquirió.

—Sí, supongo —le respondí.

—Pues me alegro porque el trabajo hace falta y el dinero más aún si cabe. ¿De dónde es el cliente que has engañado ahora?

—¿Cómo?

—Bueno, ¿quedamos dentro de una hora en mi estudio?

—No, mejor en el bar de Nolan. ¿Recuerdas dónde está?

—Eres muy gracioso... —Me dijo sarcásticamente como si fuese lugar habitual de nuestros encuentros.

—Sí, sí, es mi envidia —contesté de forma natural.

¿A quién habría engañado yo anteriormente? Supongo que debía ser una forma de hablar. No obstante saldría pronto de la duda.

—Pedro, me alegro verte.

Realmente me acordaba de él. Su apariencia y vestimenta eran muy acordes con su trato personal, haciendo de su compostura que se asemejara a la de un galán de los que ya quedan pocos.

—¡Cuánto tiempo! Ya veo que has cambiado descomunalmente. Estás menos recio y tu cara demuestra tristeza, una tristeza desconocida para mí. Aunque es normal, cualquiera hubiera caído

en estado apático. ¿Cómo lo has sobrellevado?

—Pues muy sencillo, durmiendo y soñando mucho con ella, hasta el punto de pensar haberme vuelto loco. Creo haberla visto alguna vez, una mañana en mi salón. La siento continuamente junto a mí.

—No te preocupes. Lo mejor que te podría pasar es que te declararan enajenado. ¡Es broma!

—De todos modos te entiendo. Yo también veo al fantasma del director de mi banco todos los días por la mañana. Sobre todo a final de mes.

—Ya veo que no has perdido ese humor que traía locas a todas las mujeres de Málaga.

—¿Pero qué dices? Si mi vida es como la de un abstemio.

—Sí, ya. ¿Que ya no te gustan los *gin-tonic*?

—Me refiero en términos amorosos.

—Eres muy elocuente —me achacó—. Eso no se me dice ahora, si lo llego a saber antes de casarme otro gallo hubiera cantado. Claro para ti es muy fácil decirlo ahora que estás... Perdona, no quería decir nada.

—No, no te preocupes, desde entonces no he pensado en el sexo. Aunque quién sabe si esto cambiará pronto. Tal vez. El sexo es algo mental que los hombres por desgracia no sabemos controlar del todo, a no ser que tengamos en mente otra cosa.

—O sea, que me estás diciendo que es de gente aburrida —aclaró.

—Pues, puede. Bueno, dejemos de ser frívolos, que no es nuestro estilo. —le dije.

—Sin problema.

Me hizo una pregunta crucial para entender la situación.

—¿Cómo va lo nuestro?

—El caso es que, aunque te parezca increíble, no recuerdo nada en absoluto de lo que estás hablando. Sufrí un gran problema neuronal hace días. Soy incapaz de recordar ciertos aspectos de mi vida.

—Por tanto no te acuerdas de que me debes diez mil euros, ¿verdad?

—¡Pues no!

La cara se me debió cambiar totalmente y Pedro comenzó a reír de forma desahogada. Recordé que él, por lo general, mostraba un importante grado de simpatía y eso le hacía ser una gran persona. A veces no sabía si hablaba en serio o de broma.

—Es una burla —dijo sonriendo.

—Ponme en antecedentes, una vez que conoces mi amnesia sobrevenida. ¿Por qué tengo tantos planos de construcción, de algo que parecen bunkers, en mi poder?

—Bien, creo que es momento de refrescarte un poco todo. Nosotros éramos socios en un negocio de construcción de bunkers que emprendimos hace unos años. Se querellaron contra nosotros por estafa. Los hechos venían de una familia que nos encomendó la dirección facultativa y construcción de uno de estos bunkers. Tú actuabas como promotor y yo era el arquitecto. Por lo menos recordarás que me convenciste para montar una empresa dedicada a la construcción de este tipo de edificaciones bajo rasante.

—Empiezo a recordar.

—Visitamos a varias familias, por lo general de pueblos muy pequeños. Gente muy protectora de sus pertenencias que había luchado toda su vida por sacar adelante sus casas con su trabajo. En definitiva, gente sensible y fácil de convencer. Le planteábamos nuestro proyecto ante la inminente llegada del año 2012. ¿Recuerdas? La profecía maya, el fin del mundo y toda esa sarta de falsedades que supuestamente están por llegar. Luego les suavizábamos un poco el terreno, haciéndoles ver que realmente no sería el fin del mundo, sino que se trataba del fin de una era. Les

manifestábamos que se produciría un cambio motivado por la acción del sol sobre la tierra, a causa de las eyecciones solares que atravesarían la mesosfera. Desgraciadamente, durante un largo periodo de tiempo que estimábamos, podía ser de un año, tocaría vivir en la penumbra absoluta. Sin tecnología alguna, ni luz, ni agua potable, ni comunicaciones de ningún tipo. La falta de alimentos provocaría una lucha impía por la supervivencia humana de forma individual o en colectivos organizados bastante despiadados.

Todo esto, una vez explicado, provocaba un efecto perverso que nos ayudaba a vender nuestro producto de una manera sencilla. Les planteábamos que por ciento cincuenta mil euros le solucionaríamos el problema construyéndoles un bunker que les salvaría la vida. Les apartaría del mundo durante ese periodo de tiempo. De ahí esos planos que tienes en tu poder.

—¿Y qué ocurrió? ¿Por qué nos denunciaron?

—Una tarde recibí una llamada del director del banco donde solíamos financiar los proyectos, diciéndome que esa mañana había estado allí una familia, un cliente nuestro. De forma irresponsable se negaba, en la fecha que habíamos fijado, a firmar en notaria la constitución de la hipoteca de su casa, garantía utilizada para realizar el proyecto. Además, me advertía de que nuestro cliente estaba muy envenenado por su mujer e hijos, habiendo decidido denunciarnos.

Al principio yo no le di importancia. Al hacerte la consulta jurídica acordamos devolverle el dinero de la señal que si mal no recuerdo fueron cincuenta mil euros. Todo quedaría arreglado de esa forma. Quitaron la querrela, pero la fiscalía continuó con ella al ser un delito público, según me explicaste. Una vez terminadas las diligencias previas nos imputaron por un delito de estafa. Poco a poco se fueron uniendo una serie de clientes que, ante la situación, la alarma y la espera, pensaron que no les haríamos el trabajo, provocando que lo calificaran como un delito continuado de estafa, uniéndose todos a la demanda.

El caso es que aquí estamos, en libertad bajo fianza, con un abogado que ha de defenderme y que, por desgracia, en la actualidad tiene la memoria de un niño de cinco años. Nos queda un futuro esperanzador.

—No te preocupes, voy recordando el asunto. Además, en el despacho debe estar el expediente al completo.

—Ahora que lo pienso, el otro día —manifestó Pedro— me llamó un señor que intentaba hablar con nosotros sobre esta cuestión.

—¿Quién era? ¿Cuál fue tu respuesta? —le inquirí.

—Rechacé rotundamente hacerlo. Nunca hablaría si no es en presencia de mi abogado. Sin embargo me dejó su teléfono porque parecía muy interesado. Fue tan persuasivo que al final de tantas explicaciones casi me creí lo que me contaba. Según parecía pertenecía al Servicio de Inteligencia.

—Pues quién sabe, tal vez nos pueda ayudar. ¿Guardaste su teléfono?

—Lo apunté en un papel y lo metí en mi cartera. Por aquí debe estar.

En un papel de color anaranjado, arrancado de un bloc de notas, Pedro tenía apuntado el nombre de aquel señor que, sin saberlo, nos haría cambiar el rumbo de nuestras vidas. El señor Lomas.

Nolan, que tenía un gran afecto por sus clientes, mostró, como siempre, su estudiado lado comercial. Dirigiéndose a Pedro por su nombre lo saludó como si lo conociera de toda la vida, con ese marcado acento de caballero inglés que le caracterizaba.

Pedro era también un asiduo de su bar. Recordaba que en alguna ocasión habíamos tomado algún *gin-tonic* juntos.

—¿Lo de siempre, Pedro?

Este era un detalle en el que, por desgracia, Nolan fallaba. Siempre odié esa fórmula de trabajo de los profesionales de la hostelería. ¿Por qué tu acompañante debía conocer qué o dónde iba a tomar uno algo habitualmente? Estúpido comentario de camarero. La discreción era primordial para este tipo de negocios. Parecía no existir. ¿Qué impresión se podía llevar tu acompañante si te traía un *gin-tonic* prácticamente sin pedirlo?

—¿Llamamos al señor...?

—¿Cómo dices que se llama, Lomas? —le pregunté.

—Te advierto que noté mucho interés por su parte, hasta el punto de asustarme.

—Lomas al aparato. ¿Quién habla?

—Buenos días, soy el señor Alves, hablamos el otro día en referencia a la construcción de los bunkers.

—¡Ah sí, por supuesto! Pedro Alves, ¿no? Le agradezco su llamada. Le aseguro que no se arrepentirá de haberlo hecho.

—Eso espero. Estoy aquí con mi abogado.

—Ah, el señor Leal, un magnífico letrado.

—Nos gustaría poder tratar personalmente el tema que me trasladó el pasado día.

—Bien, ¿pues en qué lugar podemos vernos?

—¿Conoce usted el bar de Nolan? —le preguntamos a riesgo de que se hiciera una idea equivocada sobre nosotros.

—Sí, cómo no.

Era increíble cómo un lugar tan deplorable podía ser tan frecuentado por tanta gente. Pero así era. Algún día me debería sentar junto a Nolan. Aprovecharía para sacarle el secreto de la gestión de su negocio. Con experiencias empresariales de este tipo podría ayudar a multitud de emprendedores y profesionales a desarrollar sus proyectos para que fueran fructíferos.

—Nos vemos allí en quince minutos.

La espera se hizo interminable, a pesar de lo ameno que era mi acompañante. Algo parecía inundar mi corazón. Se trataba de un pequeño halo de esperanza en tan inmensa labor. Esa búsqueda de la fe, trasladada a la connatural fuerza por converger en el amor, me daba cierto aliento para continuar. Pronto descubriría que todo estaba entrelazado.

—Sr. Alves, aquí tiene mi tarjeta.

—Gracias.

—Sr. Leal, gracias por estar aquí y nuevamente enhorabuena por su carrera. Le admiro.

Francamente, parecía conocerme. Aun así no podía dar sensación de vacío mental. El asunto que nos ocupaba podría desvanecerse.

La tarjeta advertía que el Sr. Lomas era el jefe del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Resultó ser, a mi entender, una eminencia. No sería motivo para sobrecogerse. Con personalidades más insignes habíamos tratado anteriormente como para tener que sentirnos ahora acobardados.

—Sabían ustedes que hace poco tiempo hubo un lamentable accidente del transbordador espacial Zenik. El viaje estaba organizado conjuntamente por la agencia interestelar Selene y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. He de decirles que todo era una farsa. No se trataba de un viaje para turistas al espacio. Ese embeleco se hizo para camuflar una misión crucial. El objetivo: estudiar cómo salvar a la humanidad y mantener a la especie que habita el

planeta tierra.

—Sorprendido —le pregunté—. Dice usted que Selene no era una agencia de viajes al uso.

—Sí lo era, aunque se le encomendó esta magna misión en aras de salvar nuestro planeta. Tras estudiar los motivos del accidente, se detectó que las eyecciones que desprendía el sol eran mortíferas y no habría ningún aparato construido actualmente ni material existente que pudiera soportar el impacto de las mismas. Con lo cual nos queda claro; nadie podrá ser trasladado al espacio para iniciar una nueva vida allí.

—Iba a ser un conejillo de Indias —exclamé fríamente.

Empecé a comprender el sentido de mi viaje. Tal vez Claud, en vida, intuyera la situación que se nos podía presentar. Solo pensarlo me estremecía. Claud sabía que debíamos abandonar el planeta. Por eso las dos preguntas que le hice al Sr. Lomas fueron categóricas:

—¿Usted conocía a mi mujer? ¿Sabía que tenía un pasaje para el próximo vuelo?

—No, en absoluto. Aunque la lista de pasajeros pasa por mis manos, en este caso todavía no lo había hecho. Efectivamente, eráis conejillos de Indias. Pero con una excelente labor: la de contribuir a salvar a la humanidad.

—Gracias por cancelarlo —le dije estrechándole la mano.

—No entiendo nada —exclamó Pedro sorprendido. Ignorando de lo que hablábamos, puso cara de incrédulo. Todo lo que había oído le sonaba a chino. Por lo que, sin mediar palabra, decidí levantarse y salir por la puerta del bar.

—Señor Alves, ¿dónde va usted? —le recriminó Lomas.

—No veo necesario acompañaros. Yo pertenezco a este mundo y ustedes a otro.

—No es así —le manifesté.

Le hice comprender la necesidad de que hubiera dos personas enteradas de todo este embrollo. Simple egoísmo por mi parte, teniendo en cuenta las posibles limitaciones psíquicas que de forma repentina me pudieran aparecer. Conseguí persuadirlo.

—Se lo agradezco, caballero —exclamó Lomas—. Bien, les explico, pero primero, siéntense y relájense. Les aconsejo que se pidan algo de beber. Verán, les pongo en antecedentes. He de advertirles que esto puede afectarles a su vida personal y familiar. Nuestra intención, dado que van a colaborar con nosotros, es que sus allegados también salgan beneficiados del proyecto.

Hoy es primero de mayo de 2012. Como ya sabrán, existen diversas teorías sobre cuál será nuestro futuro inmediato. Algunas vienen de la cultura maya. Auguran que a finales de este año se producirá el fin del mundo.

El pasado verano todos los mandatarios de los países del G20, donde España no estaba incluida pero que por deferencia fue invitada, se reunieron con un único tema encima de la mesa: las emisiones solares y sus efectos sobre la tierra. De cara a los medios de comunicación, el orden del día no iba referido a ese asunto. Se convocó a los quince científicos más importantes y con más prestigio del panorama actual. Y conforme a una serie de parámetros que se le presentaron, realizaron sus cálculos apoyándose en estudios bastante fiables, llegando a la siguiente conclusión: la vida, tal y como ahora se entiende, estaba llegando a su inminente fin. Diciembre de 2012 era la fecha clave.

—No puede ser —aseveró Pedro—. Y nosotros imputados por estafa por esta misma razón.

—Ahí entran ustedes en escena. Esa será su labor. Conocemos el trabajo que realizaron y somos conscientes de la preparación intelectual que poseen. Fueron capaces de poner a disposición de mucha gente este planteamiento sin mayor reparo que el que les encargaran unas horribles fortalezas.

—¿Por qué usa usted ese término? —le reproché.

—¿Por qué lo dice? ¿No le gusta ese nombre?

—Nosotros hacíamos bunkers, no fortalezas. —Se adelantó Pedro.

—Les explico por qué lo digo. Esto que les voy a contar lo sabe muy poca gente. Les va a resultar extraño oírlo. Conocen la Alhambra, ¿verdad?

En mi cabeza asomó el recuerdo de la primera vez que visité con Claud ese insigne monumento. Era una mañana de primavera con un resplandeciente y cautivante cielo azul. Los contrastes de sus misteriosos rincones ensalzaban el colorido de sus plantas. Palacios con suntuosos artesonados y glaucos jardines, dejaban totalmente absortos a los visitantes, aprisionándolos en todas sus estancias. Durante el itinerario nuestro guía remarcó historias que con complaciente grandeza allí se habían vivido, dignas de sus antiguos moradores, sultanes nazaríes a los que pronto se les arrebató sus ansiadas posesiones. No obstante, la fortaleza por excelencia, aquella que me marco toda la vida, fue la de mi Málaga, el renombrado Castillo de Gibralfaro.

—Sí, la conocemos —dijimos al unísono.

—O, para no alejarse mucho de nuestro entorno, ¿habéis estado en alguna ocasión en el Castillo de Gibralfaro?

—Sí, ¿quién no ha estado? —contestó Pedro.

—Pues bien. En él, así como en todos aquellos castillos existentes en nuestro país, se encuentran ubicados los mayores, si quieren llamarlos así, «bunkers» construidos a lo largo de la historia. Se preguntarán por qué si han estado allí nunca los han visto. Se encuentran en las zonas que siempre veis cerradas al público. Los árabes, cuando conquistaron nuestras tierras, Al-Andalus, sabían que esto suponría la mayor injerencia a un Estado. Y por eso, con el fin de poder defenderse por medio de una buena retirada, llegado el caso, construyeron bajo sus fortalezas los mayores corredores y bunkers que jamás hubiera nadie imaginado. Poco tiempo antes de la Reconquista, alentados por los agoreros, esas dependencias sirvieron a los visires como cobijo para sus familias ante posibles amenazas de catástrofes naturales o por la inminente llegada del enemigo: los cristianos.

—¿Y por qué nunca se ha dicho nada al respecto? —inquirió Pedro.

—En la vida hay verdades que es mejor ocultarlas. De no ser así producirían un efecto perverso para las creencias e ideales personales. Generarían inestabilidad política y económica, sin entrar en el miedo incontrolado innecesario. Ahora ha llegado el momento de esforzarse para que el mundo conozca la verdad. Necesitamos que los Estados trabajen en una misma línea, para así poder crear el mayor número de construcciones bajo tierra, semejantes a las de las fortalezas y, en menor medida, a las que vosotros construisteis.

El día señalado para dar a conocer este acontecimiento es el veintiuno de septiembre de este año. Tres meses antes de la fecha fijada por los mayas para el fin del mundo. Para ese día todo ha de estar preparado. Con anterioridad se ha de dar muestras de normalidad. Trabajaremos duro, como si no ocurriera nada, día y noche para conseguir nuestro fin, perpetuar nuestra especie.

Lo primero que debéis hacer es trazar unas líneas de actuación a partir de nuestras instrucciones. Determinar el total de fortalezas ya existentes en el país. Salvo las pocas que de forma privada hayan construido algunos particulares para uso propio. Las demás, es decir, las vuestras y las de los castillos ya las conocemos. Tendremos que hacer un mapa de ubicaciones determinando las dimensiones y capacidad de cada emplazamiento.

—Por mucho que corramos será imposible construir bunkers para todo el mundo —advirtió Pedro.

—Esa es la contrariedad, no podrán entrar todos.

El silencio se hizo en la reunión. Inmediatamente cogió Pedro su *gin-tonic* y se lo tragó de un sorbo. Creí ver lágrimas en sus ojos. Su actitud mostraba estar impasible. Una frialdad digna de alguien que tiene a las puertas la sentencia de muerte.

—¿Morirá mucha gente? —exclamó.

—Desafortunadamente sí. Por supuesto, los elegidos serán los menos. En nuestro país somos alrededor de cuarenta y siete millones de personas. En el mundo siete mil millones. Posiblemente solo sobrevivirá un diez por ciento de la población. En España estimamos que unos cuatro millones y medio de personas. Lo que en términos abstractos significaría un exterminio no provocado.

—No puedo más —grité levantándome—. ¡Eso es imposible asumirlo! No quiero tener esa responsabilidad. ¿Es que no hay personas más preparadas que nosotros para formar parte de este proyecto?

—Mírenlo por el lado positivo —apuntó el Sr. Lomas—. Vuestras familias estarán dentro de los elegidos. Formaréis parte de la historia de la humanidad. Pasaréis a ser de las personas que contribuyeron a salvar la especie humana.

—¿Qué hora es? —pregunté instintivamente.

—Las cinco de la tarde.

—Tengo que irme. Este es mi teléfono, señor Lomas. Déjeme el suyo y nos mantendremos en contacto. Adiós, Pedro.

—Mañana a primera hora les llamaré para iniciar el proyecto.

Salí del bar de Nolan sin rumbo fijo. Mi cabeza me hacía pensar que algo no encajaba correctamente. El jefe del Consejo Superior de Investigaciones Científicas quería que le ayudáramos a salvar a la humanidad, lo que presuponía el poseer cierto grado de conocimientos que muy probablemente yo no tenía. Tal vez había recurrido a las personas equivocadas.

Paseando, sin ni siquiera darme cuenta, mi propia fuerza motriz me hizo caminar hasta la Alcazaba, la que fue residencia de Muhammad II Ben Al-Ahmar. Esta se encontraba unida por su parte norte con el Castillo de Gibralfaro, con la fortaleza, aquella que tantas tardes nos vio enamorados a Claud y a mí.

Era extraño. Sentía la necesidad de hablar con aquel señor que decía vivir en los pasadizos del castillo. Aquel que vagaba escondido por lugares donde nadie era capaz de afianzar la mirada. Perdido en la oscuridad, decía haber llegado allí en el año noventa y seis. No podía ser cierto. Soñaba con una increíble casualidad: que esa mujer que le encontró fuera Claud. La descripción que me dio desde luego se asemejaba a la suya. Afirmó no haber hablado con ella ese día. ¿Y posteriormente? Debía averiguarlo. Subí desde la Alcazaba. El castillo seguía abierto al público. Si mal no recuerdo ese ente apareció justo antes de cerrar. Me dio tiempo a caminar algo y poder disfrutar del atardecer, ansiado paisaje para artistas e intelectuales que buscaban su necesaria inspiración. Así me sentí por un momento, como un pintor deseoso de encontrar su perspectiva o como un poeta con anhelo de regalarle hermosos versos a sus estrofas.

A medida que me acercaba a la puerta del pasadizo me adentraba más en un mundo lleno de oscuridad. Al escuchar su voz, con gran recelo, el temor me echó para atrás. Repelí cualquier intento de ir más allá.

—Usted otra vez —la voz salía de detrás de la puerta Poco a poco una imagen oscura, algo siniestra, se fue tornando a grisácea a medida que atravesaba el portón, adquiriendo la forma de una persona de mediana edad. Sus ojos parecían haber sufrido mucho últimamente, aunque su voz, más temblorosa que la mía, volvía a infundirme cierta tranquilidad y serenidad. Mostraba buenas intenciones.

—¿Cómo va su vida? —preguntó interesadamente.

—No muy bien, ya sabe. El hecho de estar aquí nuevamente tiene su explicación. He venido buscándole expresamente. Soy una persona con abundantes problemas.

—¿Y por qué cree que yo le puedo ayudar?

—Voy casando todos estos momentos que me están sucediendo. Pienso que usted es el eslabón perdido que yo necesito para encontrar nuevamente a mi amor.

—¿Su amor? ¿Y por qué he de encontrarlo yo?

—¿Se acuerda de lo que me dijo el otro día cuando nos vimos? Afirmó que tiempo atrás creyó haber sido descubierto por una mujer de mediana edad, me dijo que era rubia, con los ojos azules y de una belleza increíble. Le encontró mientras paseaba con un grupo de personas por el castillo. ¿Si le enseño una foto sabría decirme si se trata de la misma persona?

—Por supuesto que sí. Ya le adelanté que ese día no hablé con ella, conseguí escabullirme. Pero no fue la primera ni la última vez que la vi.

—¿Cómo dice?

—Lo que le cuento. Ha pasado mucho tiempo desde que la conocí y todavía viene a verme, tal y como está haciendo usted ahora.

Saqué mi cartera. Cogí una foto de Claud de las que siempre solía llevar conmigo, y le enseñé la más actual para que pudiera identificarla.

En ese mismo momento comenzó a correr, dando varias veces su cuerpo contra la pared. Corrió sin rumbo por los jardines cantando una canción en un dialecto irreconocible. Se paró repentinamente delante de mí y, mirándome firmemente a los ojos, me dijo,

—Usted es uno de los elegidos. Ella es su mujer.

Me quedé absorto, sin palabras. No podía dejar de pensarlo. Cada vez me encontraba más cerca de Claud. Sentía su presencia.

—Señor, ¿cuándo suele venir a verle mi mujer?

—La semana pasada estuvo aquí conmigo toda la tarde, concretamente el domingo.

—No puede ser. Mi señora, por desgracia, falleció hace meses. ¡No puede ser!

—Estuvo aquí la semana pasada. ¿Falleció? ¿Es cierto? Ahora que hace mención a este hecho, hace unos meses comencé a notar un rasgo que la diferenciaba de las primeras veces que hablamos. Sus ojos azules cambiaban de color en función de la luz, la oscuridad o del lugar donde se encontrara. Sí, parecía no estar viva.

Un escalofrío se sumió por todo mi cuerpo y, sin ninguna intención de molestar, le hice una pregunta que provocó que se pusiera a llorar como un auténtico niño.

—¿Está usted muerto?

—¿Por qué me pregunta eso? —dijo con la voz quebradiza. ¿No me ve? ¿O cree que está hablando con un fantasma? Ya le dije que me trasladé aquí hace años. Esta es mi residencia desde entonces.

—¿Recuerda usted algo sobre su pasado?

—Atesoro leves recuerdos. Veo a una mujer, niños, quizás mi mujer y mis hijos, una casa con un frondoso jardín, un precioso perro con pelo aleonado, un cocker. No termino de recordarlo completamente. No sé cómo llegué aquí. Desconozco si entré por la puerta de visitantes o si aparecí por arte de magia. Este castillo me embelesó hasta el punto de quedarme sin cuestionármelo ni un solo segundo. Lo que sí tengo claro es que esta no era mi anterior vida. ¿Algún sentido tendrá el encontrarme aquí?

—¿Qué hay ahí dentro? ¿Ha entrado alguien alguna vez? ¿Hay más gente con usted? — Me respondió con hechos.

—Son tantas preguntas que solo se pueden averiguar de una forma. Deme su mano.

Sentí una incommensurable fuerza que arrastró todo mi cuerpo hacia el interior de la puerta del pasadizo. Noté como si la madera atravesara impetuosamente mi cuerpo. Me encontré al otro lado sin necesidad de abrir la puerta con el tirador. Una paz interior invadió mi mente. Se escuchaba un dulce y leve sonido de agua de una cascada. A lo lejos un agradable canto angelical. Seguramente soñaba. Todo parecía muy real. La estancia, a medida que nos adentrábamos en ella, se hacía más cálida. Tal vez parecía de un estilo más contemporáneo que el de la fortaleza.

—Ahora es cuando realmente entramos en mi casa. —Me hizo saber de forma complaciente al llegar al final del pasillo que atravesamos.

Tocó la parte baja del dintel de una puerta de metal de un color verde oscuro, provocando que una especie de antiguo elevador ascendiera a la superficie. Sus dimensiones eran tan exageradas que podrían servir para transportar cientos de personas juntas. Tanta grandeza, ¿para qué podía ser necesaria? Empezaba a entender ciertas cosas. Al llegar al punto más bajo el ascensor se detuvo y sus puertas se abrieron, descubriendo allí, en lo más profundo, un mundo jamás esperado por ningún mortal.

Me encontré con algo desconocido. Una ciudad deshabitada. Caminamos por los jardines. Se observaban cómodas casas y abundante luz artificial que emulaba la claridad del sol. No había ninguna persona. Aquel lugar carecía de vida, aun pudiendo albergar gran población.

Estaba paralizado, no sabía qué preguntarle. Me dejaba llevar para ver qué me deparaba la visita. Supuestamente nos encontrábamos en una ciudad subterránea construida por nuestros antepasados, con un estilo moderno y actual. Mi mayor anhelo era indagar el porqué de todo esto.

—No le he preguntado cómo se llama —le dije de forma instintiva.

—Sí, sí lo ha hecho, pero no le respondí. Me lo preguntó la primera vez que nos vimos. Sin embargo, consideré que no era oportuno decírselo. Me llamo Frank, Frank Connors, ¿y usted?

—¿Connors? Me suena mucho su nombre. Yo soy Pablo, Pablo Leal.

—Sí, es verdad, usted es uno de los elegidos. Podemos hablar tranquilamente sobre los acontecimientos que estamos viviendo.

—¿Creé que yo le puedo ayudar? —exclamé.

—Por supuesto —respondió—. En esta vida nada ocurre por casualidad. Que nos conociéramos ha de entenderse como algo que estaba previamente programado. Desconozco el motivo. Aunque lo intuyo.

—¿Recuerda cuál era su trabajo antes de entrar aquí? —le pregunté cual letrado en pleno interrogatorio de preguntas.

—No lo tengo muy claro. Lo que sí puedo afirmar es que todo lo relacionado con la historia y el arte, increíblemente, es de mi agrado. Mi corazón da un vuelco al sentirlo y palparlo. Lo disfruto. Quizás por esta razón acabé en este maravilloso lugar.

—Se refiere a la fortaleza, ¿verdad?

—Sí. Es un castillo. No creo que yo esté aquí para recrearme la mirada. Algún sentido debe tener.

—¿Tiene usted algún instrumento, aparato o utensilio que nos sirva para indagar un poco en su vida?

—Solo lo puesto. Aunque no sé si algo tendrá que ver, pero en la puerta de mi casa hay una caja de un tamaño extraordinario. Podría contener algo importante, aunque no tengo ni la más remota idea de cómo abrirla. Lleva allí desde el primer día.

—¿Cree usted, señor Connors, que se puede hacer algo para destaparla? En ella se podría encontrar el futuro de la humanidad.

—No se ría de mí. Ya tengo bastante con vagar por este mundo sin saber hacia dónde voy. ¿No cree usted que ya es suficiente para encima tener que aguantar tonterías?

Habían pasado las horas muy rápido. Mi reloj marcaba las once cuarenta y cinco de la noche. Debía tener el datario cambiado, estaba adelantado dos días.

La luz de aquel lugar, aun siendo artificial, emulaba de forma perfecta a la del sol. Incluso pasando bastante tiempo al descubierto sentía la impresión de que calentaba y quemaba la piel, penetrando los rayos ultravioletas. Algo improbable, ya que nos encontrábamos a unos cincuenta metros bajo tierra.

No se me escapaba de la cabeza el hecho de que este señor hubiera hablado con mi mujer en varias ocasiones. La última vez hacía una semana. Este hecho evocaba que mi alma despierta quisiera disfrutar, en breve, de un momento como ese.

—¿Cuándo ve a Claud dónde lo hace? ¿Aquí abajo o arriba en la superficie?

—Solemos vernos en la superficie siempre. En el mismo lugar que la vi el primer día.

—¿Y nunca ha bajado aquí?

—¡Señor! ¿Qué insinúa? Yo soy un auténtico caballero. A mi casa no llevo a mujeres casadas.

—¡Ah! Tiene usted razón —rectifiqué— ¿En qué estaría pensando...? ¿Creé que volverá pronto?

—Por supuesto, no suele fallar. Normalmente aparece los domingos por la tarde. Lo sé porque en multitud de ocasiones me comenta algo sobre el Evangelio, después de haber asistido a misa.

—¿Es usted católico? —le pregunté.

—Sí. ¿Cómo no lo iba a ser? Es imposible no creer en Dios. Con todo lo que nos rodea sería de gente poco crédula el no creer. Aunque, que conste, respeto y tolero al que no lo hace. ¿Podría usted entender una vida sin creencias? ¡Qué vacía sería! La inmensidad del mundo, la belleza de las cosas que nos rodean, la bondad de la gente. Todo eso lo ha debido crear alguien.

—Así es.

Pensé que el sentido de este insólito periplo no era otro que la búsqueda, menos lejana que nunca, de lo divino. Cada segundo que pasaba de mi vida significaba un mayor acercamiento a lo irreal, algo ímprobo que se cernía en mi existencia. Jamás estuve más cerca de ella.

Me vino a la cabeza de forma repentina Soraya, la chica de internet. Una historia en la que no llegué a profundizar. Tal vez necesitara ayuda. Ella me habló de lo mismo, de la existencia de Dios. Ese Dios que todos alabamos y ninguno conocemos. Aquel que casi todos queremos, pero que pocos comprendemos. Me hablaba de sus creencias y de las virtudes que poseía todo aquel al que no le invadía la duda. Sus palabras enmascaraban lo mismo que trataron de inculcarnos los primeros cristianos que profesaban la fe. Esa búsqueda quedaba truncada por el influjo de lo terreno, por todo aquello que en ocasiones la apartaba de nuestras mentes.

—Hoy es martes, ¿verdad?

—No lo sé —me contestó Connors—. En mi mundo hoy es jueves, en el suyo lo desconozco.

—Por lo tanto lo admite. ¿Vive usted en otro mundo? —le pregunté.

—Distinto al suyo, eso es todo.

—El domingo volveré. Intentaré traer alguna herramienta para abrir esa caja.

—Gracias. Le acompaño. ¡Ah! Y, por favor —me advirtió—, esto que usted ha vivido no lo debe saber nadie. No existe mortal que esté preparado para entenderlo.

—Comprendo —le dije tranquilizándolo.

En la puerta del pasadizo Connors se esfumó y con él mi tranquilidad. Debía atravesar, con la única luz que irradiaba la luna, el camino que llevaba a la entrada de la fortaleza, resultándome cuanto menos una tarea estremecedora.

En lo alto del quicio de la puerta de uno de los palacetes se observaba una tenue luz. Tal vez ahora sí, sería la de la habitación del conservador del castillo. Por mi seguridad, debía pasar inadvertido.

El sonido de la noche se rompió inesperadamente con un grito de mujer. Al instante se escuchó cómo se cerraba una puerta fuertemente, precedida de un llanto pavoroso que infundía bastante dolor. El ventanal de la torre se abrió. Una chica se reclinó sobre uno de los postigos, defenestrándose catastróficamente sobre el suelo. Escuché a un hombre gritando su nombre.

—¡Soraya! ¿Por qué? ¿Por qué? Mi niña, mi niña...

Me quedé paralizado. Mi pulso se aceleró vertiginosamente, provocándome una taquicardia repentina. Quise acercarme. Su cuerpo yacía sobre el suelo. Sus ropas blanquecinas se encontraban manchadas por un charco de sangre que todavía fluía. Para mi sorpresa, increíblemente se fue evaporando poco a poco en forma de humo grisáceo, quedando el suelo sin ningún alma allí tendida.

Mirando a la torre, la luz volvió a encenderse y el mismo grito se repitió acompañado por el repentino golpe que antes había escuchado de la puerta. Estaba siendo testigo de un suicidio reiteradamente. Algo que de forma misteriosa podía haber formado parte de la historia catastrófica de aquel castillo. Quizás una historia de amor. Desconocía lo que el destino me había preparado.

Tras la tercera secuencia traté de subir por las escaleras que conducían a esa estancia y, con objeto de evitar el desastre, me interpuse ante ese señor y la chica, que por las voces parecía llamarse Soraya. Por no sé qué razón evité iniciar esa pugna acalorada. Tal vez con mi sola presencia. Me quedé mirando fijamente al fondo de la habitación en la que un ordenador encendido iluminaba la estancia. Para sorpresa mía, la chica me abrazó, dándome las gracias.

Con mi receloso escepticismo exacerbado comprendí que debía escapar de allí corriendo. La sinrazón y el miedo hicieron que ya no escuchara nada de lo que ocurría a mis espaldas. El temor se apoderó de mí. Las piernas me temblaban. Jamás entendí por qué motivo me había interpuesto en la vida de esta chica que anacrónicamente conocí por internet. Le salvé la vida.

CAPÍTULO SEXTO: EL BUSCADOR SOLIDARIO

En casa ya amanecía. No conseguía conciliar el sueño. Necesitaba descansar. Hastiado de mi vida, abrazado a mi almohada, soñé con Claud. La sentía como si la tuviera junto a mí. Tan real como extraño, tan cierto como irreal. Estaba ahí. Notaba su perfume, el calor de su cuerpo y las ganas de abrazarme, como si estuviera presente. Los pelos de mi cuerpo se erguían incomprensiblemente. Mi corazón palpitaba con una mezcla entre rabia, miedo y alegría, a riesgo de que sufriera un parón inusitado, perdiendo las constantes vitales.

Sin conocer la hora que era, me despertó nuevamente un sonido. En esta ocasión lo que parecía el teléfono lo confundí con el despertador. Instintivamente le di un golpe para que se apagara. Como no fue así comprendí que se trataba del teléfono. Advertí un número desconocido, anónimo. Dejó de sonar justo en el mismo momento que iba a descolgarlo. No pude devolver la llamada.

A los cinco minutos, una vez espabilado y con el agua del grifo del lavabo en mi cara, volvió a sonar nuevamente.

—Soy el señor Lomas. ¿Dónde ha estado? Llevo dos días intentando localizarle. Su amigo Pedro también estaba preocupado. Por un momento pensábamos que le había ocurrido algo.

—No, no es así, sigo en la tierra. ¿Está Pedro con usted? —le pregunté.

—No, ayer me comentó que no le encontraba. Pasaría por su domicilio para ver qué le podía ocurrir.

En ese instante el portero automático sonó.

—Debe ser él —Le hice saber a Lomas.

—Pues si es así, reúnanse conmigo en un par de horas en el bar de Nolan.

—Perfecto, así lo haremos.

No acertamos. Un caballero con aspecto de ejecutivo, acompañado de dos señores con cara de tener pocos amigos, escudriñaban en la puerta de mi casa.

—Buenos días. ¿El señor Leal?

A esta altura de la película ya no había nada que me pudiera asustar. Ante la expresa petición de hacerlo no puse inconveniente para que entraran a mi hogar.

En el salón, tras intercambiar un par de cumplidos referidos a la decoración de la casa, claramente propiciados por el buen gusto de Claud, el más cordial de ellos comenzó a explicarme la trayectoria de la que supuestamente era su empresa. Lo hizo con un recorrido por los inicios de lo que venía a llamarse la sociedad de la información.

—¿Conoce usted Gabell? —me preguntó.

—Sí, por supuesto, ¿quién no lo conoce?

Antes de continuar sacó una tarjeta de visita de su cartera y, pasándomela muy cerca de mis ojos, me la situó delante. No me cupo más remedio que cogerla. Se trataba de John Levio, el fundador de Gabell, el buscador más utilizado en la red de redes. Continuó con su merecido y egocéntrico alardeo.

—En el año 1999 Gabell se fundó con un capital social de cinco mil quinientos dólares. Hoy en día, en el año 2012, Gabell tiene una cifra de negocio que ronda los trescientos millones de dólares anuales. Con lo cual nos hace ser una de las empresas más fructífera de la tierra.

—¿Y en todo esto que tengo que ver yo? En realidad yo soy un humilde aficionado a la informática. ¿Por qué habría de hablar con —dije mirando la tarjeta— el director general y

fundador de la empresa Gabell? Le advierto que para mí es un honor, aunque no deje de sorprenderme.

—Le explico, no se preocupe. En el año 2011 usted fue capaz, con su genial idea de crear un «buscador solidario» en internet, de hacer tambalear mi empresa. Con una sola propuesta a los Estados desarrollados para promocionar su buscador, conseguiría mover la conciencia humana y nosotros caeríamos empicados. Las pérdidas serían incalculables.

—Mi intención no era otra que ayudar al tercer mundo y a los países subdesarrollados con potencial, pero sin riqueza.

—Sí, pero insisto, todo eso está muy bien, en cambio nuestra empresa se vería enormemente afectada. Gabell es mucho más que eso, por lo menos eso entendemos nosotros. Ya sé que usted no llegó a desarrollar el proyecto completamente. Comprenda la situación. Nosotros somos capaces de averiguar las tendencias, preferencias e ideas de cualquier ciudadano que utilice la red de redes. Sabemos que está a punto de lanzarla al mercado y estimamos que su idea vale millones, por lo que le ofrezco que acepte esta recompensa con el fin de dejar a un lado el proyecto firmándonos la cesión del mismo.

Me froté los ojos un par de veces y no pude leer la cifra correctamente por la cantidad de ceros que tenía.

—Usted no entiende nuestro trabajo —expresé refiriéndome también a Claud—. No percibe el valor de nuestro proyecto. Lo ideamos para ayudar mínimamente a los necesitados de la manera más fácil. Nuestro buscador no es solo un buscador, lo es todo, es una ilusión. La ilusión de ver a todos aquellos que por falta de comida sufren, con una sonrisa en sus caras. Es de todos y para todos.

—No lo entiendo, creo no haber sido del todo franco. Le explico la situación. Cualquier persona suele tener sus preferencias en internet bien definidas. Si usted entra en una página de ofertas de viaje es porque usted o alguien cercano tiene pensado irse de viaje. Si usted entra en una página del diario local en la que se pueden contratar esquelas es porque ha fallecido un familiar u amigo al que le quiere recordar en el periódico. Por cierto, siento mucho lo de su mujer.

Por el soez comentario comencé a darme cuenta de la entidad de lo que estábamos hablando.

—Continúo —aseveró—. En el mismo instante en que usted se encuentra buscando su viaje se abre un inmenso abanico de posibilidades para eventuales ofertantes; las empresas que nos pagan a nosotros. Son nuestros verdaderos clientes. Ellos se dirigen a usted por medio de esta maraña tan desconocida que es Gabell. ¿Lo entiende? Si termina de organizar e implantar su buscador solidario, como entendemos que estaba dispuesto a hacer, todo nuestro negocio se hundiría y con él todos nosotros. Comprenda que son doce años para que un letrado de provincia consiga echarlos por la borda.

—Desconocen cómo lo iba a organizar. No saben si realmente lo iba a desarrollar. Era un proyecto inacabado.

—Aquí tiene todo el historial por meses de trabajo y de las búsquedas realizadas. La última es de hace unos días. Alguien entró en la Oficina de Patentes y Marcas Europea y registró el buscador solidario, por lo que no da pie a confusión alguna. Registró hasta el dominio de internet en todas sus extensiones posibles. Seamos consecuentes. Dígame usted si ese no es el último paso que se suele dar cuando queremos poner en marcha una empresa.

—Está usted muy confundido, no puede ser. ¿Qué se hizo hace unos días? Imposible, yo no fui. Empezaba a sonarme extraña toda esta historia, más bien comenzaba a incomodarme.

—Por favor, para mí ha sido un placer recibirles y poder conocerle personalmente. Sin embargo no puedo decirles otra cosa. Si una empresa como la mía le puede hacer sombra a un

gigante como Gabell, créanme que defenderé mis intereses. Lucharé para que la privacidad de las personas prime sobre sus intereses personales y empresariales. Toda actividad que menoscabe el derecho constitucional a la intimidad de las personas no es de mi complacencia. Su empresa parece ser una gran cercenadora del mismo. Por lo que lamento decirle que agradezco su visita, pero no podré vendérsela.

—Si cambia de opinión, por favor, póngase en contacto conmigo rápidamente. Le aseguro que este cheque podría duplicarse.

¿Para qué querría semejante cantidad de dinero conociendo el futuro que se avecinaba?

En la calle el señor Levio desvió la atención de sus matones, saliendo nuevamente del coche. Volvió a tocar el portero electrónico, haciéndome saber que si cambiaba de opinión podría trabajar para ellos como director general de la división de ventas de Gabell en España.

Desafortunadamente, él no conocía el alcance de los acontecimientos venideros. Sin dudarlo, dije que no.

—¡Testarudo! —contestó soliviantado volviendo a entrar en su vehículo negro de lunas tintadas.

A lo lejos, mientras seguía mirando por la ventana, observaba cómo la silueta de mi amigo Pedro se iba acercando hacia la puerta de mi edificio. Sin necesidad de que llamara al telefonillo le abrí la puerta.

—Parece como si me hubieras estado esperando.

—No es así del todo —le comenté—, aunque casi. El señor Lomas me advirtió que vendrías a buscarme.

—Sí, estaba preocupado, te habías perdido. ¿Quiénes eran esos señores que salían de tu casa?

—No te lo vas a creer. Mira la tarjeta, se trataba de John Levio, el fundador y director general de Gabell.

—¡Increíble! Todo lo que te ocurra ahora me lo creo. Después de lo que nos está pasando.

—Eso mismo pensé yo.

—¿Dónde has estado estos dos días? Estábamos bastante preocupados. Llegué a pensar que te habías evaporado.

—¿Dos días? —pregunté asombrado.

—Así es. ¿Qué quería este señor?

—Comprarme una idea que teníamos entre manos. Un proyecto de navegador en la red. Tal vez en otras circunstancias se lo hubiera vendido. No era el momento. Además, comenzó a introducirme en un mundo en el que internet era un virtual espía de la vida de las personas. Por un momento me sentí estafado, totalmente privado de libertad. Fíjate hasta qué punto tienen el control de nuestras vidas que sabían que había publicado la esuela de Claud por internet. Es asombroso, una ignominia que no se debe permitir.

—¿Cuánto te ofrecieron?

—No lo sé realmente. Por lo menos vi una cifra de diez ceros.

El silencio se hizo por un momento y los dos nos miramos como si hubiéramos dejado escapar la oportunidad de llorar de emoción. Sin embargo, la mente no nos lo permitía.

No era la única locura. Nuestro cometido actual, organizar la manera de salvar al mundo, le superaba.

Insistiéndome, me preguntó Pedro:

—Y ¿en qué consistía la idea?

—Se trata de un buscador solidario de internet. Funcionaría prácticamente como Gabell, pero con el añadido de que entrando en él, en vez de en el otro navegador, el cincuenta por ciento de la

recaudación obtenida, vía publicidad, patrocinadores, noticias, etc. iría destinada a ayuda de los países subdesarrollados.

—Buenísima idea, tú como siempre, brillante. ¿Y qué? Quiere comprarla, ¿no?

—Sí, bueno, ¡no! En realidad quiere deshacerse de ella. Por tanto nunca se la venderé. Si total nos quedan cuatro días. No vamos a necesitarlo.

—Algún sentido tendrá lo que nos está ocurriendo —opinó Pedro.

—Me informo de que hace unos días alguien había registrado la idea por mí en la Oficina de Patentes y Marcas Europea. Es extraño porque yo no lo hice. Es más, la única persona que conocía el proyecto era Claud, con lo cual se me hace mucho más raro creerlo.

—Puede estar confundido —dijo Pedro intentando aliviarme.

—Recuerdo que antes de fallecer Claud tuvo intención de pasarle la documentación a su prima Julianne. Ella trabaja en esa prestigiosa oficina europea de patentes. Pensó que le agilizaría el trabajo. Tal vez se encontrara pendiente de registrarla y lo hiciera ahora. Todo podía ser. No lo descartaba. Sería cuestión de preguntarle. Había una forma fácil de hacerlo, cogiendo el teléfono y llamándola. Su número debía estar en el móvil de Claud. Tenía que salir de la duda.

Me daba pavor pensar que debía encenderlo nuevamente, pero era necesario. Apareció un nuevo mensaje de llamada perdida. Número desconocido. Había dejado un mensaje en el buzón de voz. Decía textualmente: «Soy Connors, va por buen camino, anoche estuvo aquí. Le espero el domingo».

La piel de mi cuerpo pareció desgarrarse y mi vello comenzó a levantarse como si se hubiera rozado con algo que produjera energía electrostática.

Era el señor Connors, pienso que me ocultaba algo. Todo formaba parte de este inverosímil entramado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pedro.

Él desconocía lo que me había pasado en el castillo. No creí conveniente contárselo. Aunque toda esta historia pareciera estar entrelazada, la fortaleza, nuestros bunkers, el señor Lomas, yo continuaba pensando en Claud. Solo quería poder reencontrarme con ella.

—Debemos irnos —dije bastante sereno—. El señor Lomas estará esperando en el bar de Nolan.

«¿Y Julianne?», pensé en alto.

Cogí el número de teléfono para llamar más tarde.

CAPÍTULO SÉPTIMO: ENCUENTRO INSTITUCIONAL

Aquel día de primavera, el cielo se encontraba cubierto por una gran bruma. En muy pocas ocasiones se producía este fenómeno en nuestra ciudad. Desde el último eclipse lunar habían comenzado a proliferar multitud de noticias relativas a las perniciosas emisiones de iones del sol a la estratosfera, hasta el punto de trascender noticias que afirmaban la posibilidad de que la dramática situación podía ser óbice para que se cortaran todas las comunicaciones, el suministro de electricidad, internet etc.

La teoría del caos reinaba entre los más escépticos. El resto de personas permanecían impasibles con sus vidas. La pasividad de la gente volvió a rechinar en las fauces de este mundo tan mediatizado, poco propenso a creer en malos augurios, más si eran científicos. Sospeché que debía haber alguien con intención de ir acostumbrando a la gente a la posibilidad, poco remota, de que la vida peligrara en la tierra. Si uno lo piensa tarde o temprano llegaría el momento.

Nos adentramos en el bar de Nolan, aceptando que la espera del señor Lomas podía pasarnos factura.

—Buenos días, Pablo, Pedro. —Nolan, como siempre, con esa positividad y educación que hacían que su clientela le quisiera tanto.

—Señor Lomas, sentimos la espera. Quiero que comprenda que no ha sido un día agradable para nosotros.

Cambiando radicalmente de tema, sin parecer que el retraso le importara demasiado, espetó;

—¿Han visto ustedes las noticias de hoy?

—¿A cuáles se refiere? —respondimos conjuntamente.

—Existen muchos medios que están tratando el tema del fin del mundo, aprovechando el problema que existe con las emisiones solares. Nuestra intención siempre ha sido no asustar a la población. Sobre todo para no crear una alarma excesiva e innecesaria.

—¿Usted cree que es una alarma excesiva? ¿Corremos peligro? —le pregunté.

—Es como si hubiera alguien interesado en asustar a la gente. Hay una gran preocupación. Esperándoles me ha llamado vuestro alcalde, el señor de la Torre. Su intención era concertar una cita inmediata en el Consistorio. A lo cual, dada la entidad de su ilustrísima, no me he negado. Por esta razón he de dejarles. Entiéndanme, por favor, no tengo ni idea de qué querrá. Seguramente tenga mucho que ver con todo esto. Volveré en unas horas. ¿Me esperan?

—Por supuesto, nos tomaremos algo.

—Nolan, por favor —exclamo Pedro—, tráenos dos gin-tonic, cuando buenamente puedas. Nos quedaremos toda la tarde en el bar a la espera de nuevas instrucciones.

En el Edificio Consistorial, y según nos contó posteriormente de manera explícita el señor Lomas, la conversación se desarrolló en los siguientes términos:

—Buenas tardes, señor Lomas. Muy agradecido por su pronta respuesta a mi llamada.

—Ilustrísimo, es un honor.

—No hace falta tanto protocolo, señor Lomas. Nunca he sido una persona presuntuosa.

—Lo sé. Tengo un amigo que perteneció al Gemac de esta ciudad, incluso en alguna ocasión trabajó junto a usted como escolta y siempre tiene grandes elogios sobre su sencillez como persona, su educación y saber estar.

—Se lo agradezco y lo acataré como un cumplido.

—¡No! Deje eso para otros. En Málaga todos saben que usted es una persona que se preocupa por los suyos y que siempre está dispuesto a ayudar a los demás.

—Eso no se lo discuto, es lo que ha motivado nuestra reunión. Es primordial que esté enterado de todos los acontecimientos. Por eso he creído conveniente hablar con usted cuanto antes.

No se le escapará que en nuestra ciudad, desde hace casi diez años, tenemos planeada, proyectada y prácticamente ejecutada una red de suburbanos. Lo que se ha venido a llamar el metro de Málaga.

—Sí, ya lo he podido observar. Está prácticamente toda la ciudad en obras.

—A finales del año 2012, si no hay retrasos, nuestra ciudad podrá disfrutar de la línea 1 y 2 del proyecto. Unirá el centro de la ciudad con Teatinos y el Palacio de Deportes. Las obras están tan avanzadas en el resto de las líneas que creemos que para noviembre estarán terminados todos los túneles. Nuestra idea es contribuir a que, de ser necesario, se pueda establecer un plan de emergencia, dando preferencia a un protocolo de actuación zonal para proteger al setenta por cien de la población ante una posible catástrofe. El hecho de poder resguardar bajo tierra a un gran número de personas podría salvar a gran parte de la población. Auxiliaremos en momentos críticos a gente indefensa.

—Es usted una persona comprometida, señor de la Torre. Sin lugar a dudas.

—No solo es necesario, sino que también exigible para la seguridad de los ciudadanos que tengamos que estudiar con nuestros técnicos el grado de estanqueidad que le podemos dar al suburbano. Piense por un solo momento en la posibilidad de tsunamis; estamos en la costa. O en otras catástrofes como las emisiones radioactivas. Debemos estudiarlo. Esa es la labor que le encomiendo. Bien, espero su llamada y le doy las gracias por su inestimable colaboración. Espero discreción. Le acompaño a la puerta.

Ya en el bar de Nolan, Pedro, gracias a su formación, supo darle rápida respuesta teórica al problema de la estanqueidad en el proyecto del metro. Pero quizás no habría mucho tiempo para ejecutarlo.

—No entiendo nada —exclamó Pedro—. El final de los tiempos está a un paso y nosotros aquí perdiendo el tiempo. Vaya paradoja. ¿Y nuestras familias? Me gustaría poder estar en un futuro próximo con ellos, poder caminar por el paseo del parque, por el puerto y su nuevo palmeral. Disfrutar de la tan poco afamada adolescencia de mi hija. Por un infortunio no lo vamos a poder hacer. Por desgracia se va a ver truncada. La única posibilidad que tenemos es resignarnos a usar nuestros bunkers y los que construyeron nuestros antepasados.

—No lo vea así. Contémplo por el lado positivo. En unos años, gracias a vuestra labor, la especie humana habrá sobrevivido —reconoció el señor Lomas.

—No hay otra solución —refunfuñó Pedro—. ¿No existe posibilidad de que a pesar de la incidencia solar, los satélites, las comunicaciones y las redes de transportes se mantengan intactas?

—No es tan sencillo. La probabilidad es remota. La vida y su ritmo acelerado nos han llevado a creer que lo que interpela no es factible. Imaginaos un mercado sin productos porque no puedan circular los camiones o un aeropuerto sin satélites que marquen las pautas a seguir a sus aviones. Sería impensable un banco sin ordenadores o una empresa sin internet. Pues esto no es nada remoto. ¿Creéis que en una ciudad como Málaga podrían vivir más de quinientas sesenta mil personas sin comida, sin transporte, sin suministro de luz, gas, sin higiene? Es algo posible en el campo, donde se crían gallinas, se bebe agua del río, donde hay animales para poder transportar, árboles que dan sus frutos. ¿Entienden la situación? No podemos alentar el miedo entre la

ciudadanía. Tenemos que organizar con desmesurada tibieza el plan de emergencia. Hemos de tener claro que desde el momento que se comunique a la población no han de pasar más de setenta y dos horas hasta su total finalización. No se nos ocurre otra cosa que activarlo conjuntamente en todo el planeta. ¡A ver, no se queden ahí pasmados, se admiten opiniones!

—¿Opiniones? Pretende descargar en nosotros toda la responsabilidad. Pienso que es injusto. —Le hice saber.

—Solo os pido opiniones, sugerencias, alternativas, con franqueza, por favor.

—En principio, según lo que nos ha referido, queda muy poco espacio de tiempo para actuar. Desconozco si las ideas que yo pueda aportar pueden ser del agrado de su gobierno.

—Del suyo —me recriminó.

—Bien, sí, entiendo. Estamos tratando de ponerle el parche antes a la herida, una herida que se va a producir irremediadamente, según parece. Pero ¿y si no ocurre?

—Debemos asumir ese riesgo. Tenemos el noventa y cinco por ciento de posibilidades de que suceda. Ya está todo previsto y contrastado científicamente.

—Yo quiero preguntar algo —exclamó Pedro—. ¿Por qué no se hace un análisis e inventario de todos los satélites que se verán afectados por las partículas solares y se fabrican unos cuantos para lanzarlos, sustituyendo a los que se dañen?

—Bien, buena idea. Esto se trató en el G20, bueno, 21. Como les dije, nuestro país fue invitado a asistir por la canciller alemana, dándonos un papel importante. El presidente americano puso a su disposición toda la tecnología de su país para contribuir a este fin. Enumeró todos los recursos que esta empresa requiere y el equipo humano necesario para poder realizarlo. Todos los países unidos decidieron poner al servicio de la humanidad un total de mil científicos y técnicos que trabajarían día y noche para restablecer el orden tecnológico en la tierra. Eran conscientes de que, una vez producido el cataclismo, se pondrían en marcha para lanzar al espacio, toda vez que las circunstancias climáticas lo permitieran y no pusieran en peligro la operación, una serie de satélites que restablecerían íntegramente todas nuestras comunicaciones. Imaginaos por un momento que se activase el estado de emergencia y no se hubieran puesto en marcha medidas para solucionar el problema. A la gente no le cabría otra opción que volverse salvajes, robar en comercios para subsistir. Acabarían con las existencias el primer día. La vida de las personas estaría en peligro. Los estudios dicen que en menos de cinco meses el setenta por ciento de la población habría desaparecido entre hambre, luchas, enfermedades y catástrofes.

—¿No existen más posibilidades? Se me ocurre una de primero de primaria —reverberó Pedro en voz baja—. Convertir las ciudades en grandes campos donde poder cultivar, cosechar y subsistir sin necesidad de tecnología alguna.

—Descartado por dos sencillas razones: primera, sería técnicamente imposible. Cuanto menos, si se pusiera en marcha, daría que sospechar. ¿Cómo justificaríamos el que toda la Avenida de Andalucía, desde El Corte Inglés, volviera a ser una plantación? La magnitud del proyecto, y esa es la segunda razón, haría inviable el desarrollo del mismo. No hay ni tiempo, ni recursos suficientes para ello.

—Totalmente conforme —asintió Pedro con cierta preocupación.

—Esa organización y estructura social basada en la agricultura no se puede preparar previamente. Solo es factible en entornos rurales. Insisto, produciría una gran alarma. Tendríamos que expropiar a los particulares sus parcelas para uso público. El nuevo uso atribuido al suelo generaría sospechas. Además ni los jueces ni los tribunales lo permitirían. Es uno de los estamentos que no están enterados de la situación. No podemos divulgarlo por doquier. Al final toda la población se percataría. Los jueces no son militares.

—Atenuar las posibles bajas de población sería posible en los pueblos rurales. Los ciudadanos pasarían a ser autosuficientes de forma espontánea. En la mayoría de los casos ya lo son.

Nolan interrumpió de forma inoportuna.

—¿Queréis algo más? Veo vuestra cara de preocupación y vuestros gaznates secos. Eso no puede ser nada bueno. Parece como si estuvierais arreglando el mundo.

Lo que son las cosas, hasta el señor Nolan, humilde empresario de hostelería, intuía algo. Nuestras caras reflejaban el pavor de lo que acontecía. Nuestra sangre se inundaba de líquido inmune fabricado por el contaminado sistema circulatorio. Por desgracia, dejábamos de pertenecer a esa conspiración existente llamada ignorancia. Comenzaban a querer darle sentido a nuestras vidas. Aun así, el papel de Claud en esta historia era desconocido. El señor Connors con su ciudad subterránea encajaba perfectamente. Un guardián del nuevo mundo en el que nos tocaría vivir a muchos de nosotros.

—Pablo —exclamó Lomas.

—Lo siento, me encontraba absorto.

—¿Tenéis, por fin, ese listado de todos los bunkers que construisteis?

—Sí. Antes quiero hacerle una pregunta —inquirió Pedro—. ¿Qué se ha pensado para organizar la evacuación?

—¡Bien! ¡Bien! Buena pregunta. Continúo con el G20 y le respondo —apuntó Lomas—. En esta reunión sorpresa hubo un mandatario que muy acertadamente comentó la posibilidad de organizar una evacuación en veinticuatro horas teniendo en cuenta la cercanía de los refugios existentes. La idea fue secundada incluso por nuestro presidente. Se llegó a la conclusión de que lo más factible era hacerlo por códigos postales. Todo el mundo los conoce y este sistema de reparto del correo postal permitiría organizar a la población sin mayores problemas para el «hospedaje», palabra utilizada al efecto.

—¿Hospedaje? Suena bien —dijo Pedro—. El problema es que no todo el mundo querrá llevarlo a cabo. Habrá antisistemas, escépticos, inconformistas y algún que otro iluso que aproveche la situación y no atienda al llamamiento.

—¡Seguro! Allá ellos. De momento para realizar la comunicación se ha acordado que sea llevada a cabo por cada uno de los mandatarios de cada país, acompañado por un prestigioso periodista creíble y muy seguido por la ciudadanía. En nuestro país se barajan varias posibilidades. Como siempre, que llegue el mensaje a las personas dependerá mucho del matiz ideológico del emisor. Por eso se optó por alguien que no tuviera un marcado cariz político o que, por lo menos, sus tendencias no se hubieran filtrado nunca. Alguien que impacte por su profesionalidad y estima del público en general. ¿Os podéis imaginar quién? Sin miedo, decid. Seguro que no acertáis.

—No, imagino que no es la Estefan —aseveró jocosamente Pedro.

—Matias Prats —se apresuró a decir Lomas.

—¿Hijo? —interpelé inconscientemente.

—¡No! Padre —respondió.

Un silencio que se vio interrumpido por la caída del vaso vacío de Pedro hecho añicos en el suelo aplacó la pronta respuesta de Lomas, a fin de evitar conjeturas. Le quitamos importancia al asunto recogiendo los cristales, hasta que Nolan se acercó a ayudar.

—No os preocupéis, yo lo recojo. No pasa nada. El vaso ya lo habéis pagado de sobra con la bebida. ¿Sabéis cuánto me cuesta? Quince céntimos, una miseria.

—¡Vaya! ¡Vaya! Esto va hoy de preguntas y respuestas —dije riéndome—. Vamos a ver, Matias

Prats padre falleció hace años, —incredulo—.

—Así es. No os molestéis. Pretendemos engañar a la población. Será un truco de realización que la tecnología nos permitirá sin mayor problema. Haremos ver que este mensaje proviene de arriba. Una especie de señal de Dios. Debemos actuar de forma ultraterrena. Nos dirán cómo hemos de hacerlo. Vamos a aprovechar el tirón que este profesional tenía con la audiencia para entrevistar al jefe del ejecutivo.

—¿Pero qué ocurrirá si en las próximas elecciones cambiamos de presidente, que por otro lado es muy probable?

—No os preocupéis, el jefe de la oposición está igualmente enterado que el actual presidente. Si hubiera alternancia, el nuevo candidato electo será el entrevistado para comunicar el mensaje. Hay que tratar de darle naturalidad y sosiego al anuncio. El principal objetivo es que no existan revueltas. Toda la población debe quedar convencida de que lo que va a acontecer tiene una salida. Señores, es tarde, nos reunimos mañana a la misma hora.

—Conformes, a la misma hora —reiteró Pedro.

—OK —pronunciamos al unísono.

CAPÍTULO NOVENO: BUSCANDO EL CAMINO

El despertador no había sonado todavía. Esa noche soñé algo extraño. Claud estaba abrazada a otro hombre, besándose. No pude ver su cara. Mejor así. Para mi tranquilidad, solo era un sueño.

Deseaba que fuera domingo para poder verla. El teléfono interrumpió el descanso.

—¿Dígame? ¿Con quién hablo?

—Soy Pedro. ¿Recuerdas que hemos quedado con el señor Lomas a las dieciséis horas?

—¡No! ¿Qué día es hoy? ¿Y qué hora es?

—No tienes solución, Pablo. Hoy es sábado y son las dos de la tarde. Nos vemos, si te parece, a las cuatro en el bar de Nolan.

—Perfecto, allí estaré.

Aún disponía de un par de horas hasta la cita convenida. Sin hacer nada, podrían resultar tediosas. Un poco de lectura de aquel libro resultó alentadora, quizás la necesitaba. Todo estaba saliendo rodado. Aún me faltaba encontrar ese nexo que entrelazara toda esta historia con Claud.

Vagaba por la casa acercándome a sus pertenencias. Abría y cerraba su armario para notar su presencia. Si aquel día no se dirigió a mí de forma directa, en el salón de mi casa, su casa, sería por falta de esfuerzo.

Sentía su olor. Su perfume había revivido mi pituitaria, convirtiéndola en mi más noble amiga del momento. La percibía, pero mis ojos oscurecieron. A lo lejos escuchaba un pitido discontinuo, tal y como el que se oye en las habitaciones de los hospitales cuando el moribundo tiene conectada la máquina. Un sonido entrecortado, pero muy lejano, evocaba la lucha por la supervivencia. Esa encrucijada por la que han de pasar muchos por desgracia. Un mal recuerdo que nunca se apagaría de mi mente. Un execrable lance a la vida. Si Dios supiera todo lo que llegan a sufrir sus hijos al afrontar estas situaciones, jamás nos dejaría solos ante ellas. Tal vez fueran pruebas de fuerza o simplemente momentos que hay que pasar pese a la inmensa bondad del Creador que conoce en sus adentros cuál es el camino de la salvación. Espero no estar equivocado.

Afortunadamente, con Claud siempre pude mantener interesantes conversaciones sobre la fe. Ella fue educada en la religión católica, aunque no era practicante. Tenía la virtud de escuchar y ser enormemente tolerante, algo que la dignificaba.

Mis alusiones a la fe siempre se dirigían con el máximo convencimiento y respeto. Las planteaba como una esperanza de que después de la vida, tan llena de vicisitudes, nos esperaba algo mejor. Se trataba de una esperanza sobre la que ella nunca asentía. Ahora me estará dando la razón.

En el libro buscaba una frase, un camino para mi historia. Anhelaba poder tener más minutos para leerlo. ¿Sería una pérdida de tiempo? Sublime paradoja, tener tiempo para perder el tiempo. Disponer de horas muertas. Dejar los pensamientos impíos. Tener la cabeza inquieta, pero el cuerpo reposado. Aspiraba a ello. Años atrás, antes de haberme sucedido esto, no hubiera tenido otra opción más que correr, situarme al borde de un precipicio para huir de mi realidad. La vida cambia y ahora mis deseos son otros: volver a ver a Claud.

Con una torta de aceite en la mano y el móvil en la otra, junto a las llaves, cerré la puerta de casa. ¡Qué recuerdos! Caleta de Vélez, pequeño pueblo pesquero dependiente de la capital de la

Axarquía. Engrandecido por su gente y por lo cosmopolita que siempre ha sido, fue pionero en la producción de estas tortas de aceite conocidas por todo el mundo. Su puerto pesquero tenía un encanto especial, pero pronto buscó su transformación en enclave deportivo, sin perder nunca sus raíces marineras. Siempre que tenía ocasión, cuando pasaba por aquella localidad hacía por comer pescaito frito y tortas de aceite Ramos.

Sacué mi estómago, pero mi recuerdo quedaba. Increíblemente, aunque tratara de olvidarlo, tenía uno más cercano: el deleite glamuroso culinario que fui participe junto a Nora.

—Buenas tardes, señores, es hora de empezar a trabajar —expresó apresuradamente el señor Lomas—. El lunes a primera hora les espero en la siguiente dirección. No se preocupen no tomen nota tan rápido, les mandaré un mensaje a sus Smartphone. Comenzamos el trabajo. Lo único que les pido, por favor, es que lleven con ustedes el inventario de todos aquellos bunkers realizados, sus planos, dimensiones, plantas y, por supuesto, lo más importante, la dirección, código postal dónde se encuentra y cabeza de familia para el que lo construyeron.

—Pero esa información... No he dicho nada —dijo Pedro dubitativo.

—Diga, Diga, le escucho atentamente.

—Hicimos un documento con cada contrato, anexándolo al mismo, en el que nos comprometimos a que toda la información relativa a la operación de transformación de los bajos de sus parcelas jamás sería desvelada. Era la lógica que primaba a la hora de vender. Ahora es un serio inconveniente, ¿no cree usted, señor Lomas?

—No se preocupe, observe. ¡Nolan! —gritó.

—Diga, señor.

—Tráigame un café solo con hielo.

—Sí, señor, ahora mismo.

—Bueno, mejor no —dijo Lomas a los cinco segundos, cambiando rápidamente de opinión.

—Vale, perfecto, usted manda —respondió Nolan desde la máquina exprés.

—Es solo un ejemplo. Analicen la situación. ¿Qué ha ocurrido?

Pedro, como siempre, gracioso por naturaleza, exclamó:

—¡Pues que has pensado que prefieres mejor un *gin-tonic*!

—¡No! —negó rotundamente Lomas—. Es más sencillo que eso. Yo hago un acuerdo con Nolan y, aunque sea verbal, no deja de ser un encargo que yo le realizo con la promesa de abonárselo en breve, ¿no? Pues bien, yo me retracto y decido ahora que no lo quiero, a pesar de que él haya empezado a realizar su trabajo. Ha ido a la estantería, ha cogido la taza, el vaso con hielo y cuando iba a accionar la máquina para preparar el café, una de las dos partes ha roto unilateralmente el contrato. Simple, ¿verdad?

—Desde el punto de vista jurídico no lo entiendo —exclamé.

—Muy sencillo. Que a veces la validez de un contrato depende de la autonomía de la voluntad de las partes y de su incumplimiento derivarán responsabilidades, pero siempre que se reclamen. En este caso no va a reclamar nadie, pues no hay problema. En lo que a nosotros nos atañe, le tendrían que reclamar a los poderes públicos en base a la aplicación de la normativa vigente. ¡Y chas! Ahí entra el poder fáctico y, por supuesto, la suerte. Miren ustedes mi Smartphone. Este es el Boletín Oficial del Estado de hoy. Vean la modificación introducida en la Ley de Protección de Datos: «El incumplimiento de los contratos de protección de datos y propiedad intelectual, cuando en ellos intervenga una administración o empresa pública, en todo aquello que suponga una merma en los intereses de las partes, deberán atender, en aras a poder exigir responsabilidades, a la discrecionalidad de los jueces y tribunales, debiendo aplicarse, en todo caso, con equidad las leyes, sin que todo ello suponga menoscabo ni conflicto de intereses; siempre que se actúe de

buena fe».

Se traducía en una sola frase: las instituciones a la orden del caballero que teníamos enfrente.

Desconocía si se estaba burlando de nosotros o simplemente quería impresionarnos. No pusimos reparo alguno.

—¿Necesitan ustedes algo más? He de irme —nos hizo saber.

—No que sepamos.

—Se me olvidaba. Tengan ustedes su kit de trabajo. Una pistola con su licencia y una placa identificativa.

—Muchas gracias. Seguramente sean de ayuda, pero lo de la pistola no lo llego a entender.

Me encontraba sumido en un estado perpetuo de ignorancia y aún no quería plantearme mentalmente preguntas. Dejaría correr el tiempo.

Pedro, fascinado por semejante regalo, haciendo honor a su fama de gracioso, quiso celebrar bebiendo que el señor Lomas se había marchado. Llamó a Nolan y le sugirió textualmente que acabara con su sed.

—Nolan, por favor, acaba con mi sed.

Nolan le rió la gracia. Le hizo pensar un injustificado doble sentido, al que Pedro contestó mostrando su hombría.

—¡Eh! No te confundas. Que yo soy un hombre.

Le cortó de raíz, demostrándole que su heterosexualidad era latente. Nolan descubrió inconscientemente, de esta forma, su hasta ahora secreta homosexualidad. No le dimos ninguna importancia por nuestra parte. Era algo que por su amaneramiento se intuía. Lo respetábamos profundamente.

—Es una tarea fácil. Tú rescatas todos aquellos contratos que hicimos, los transcribes en una lista con sus titulares, direcciones etc. Yo por otro lado me haré con la copia de los planos. Supongo que también querrá los que no llegamos a construir. Aunque todo lo que se vaya a hacer, de ahora en adelante, en nada se asemejará en dimensiones a los nuestros.

Bebimos y reímos. Charlamos distendidamente recordando los buenos tiempos. Así pasaron las horas.

—¿Tu mujer y tu hija saben algo al respecto? —le pregunté a Pedro.

—¿Crees que es necesario preocuparlas? Pienso que debo esperar. Deben permanecer tranquilas e ignorantes como el resto de la población, por lo menos de momento. Tú tienes la suerte de no estar en esta tesitura.

Cambié la cara y Pedro fue consciente de ello.

—¡Uhm, perdona otra vez! No quería molestarte.

—No te preocupes, sé que ha sido con buena intención. Últimamente me están ocurriendo cosas increíbles y no sé si son fruto del azar o forma parte de nuestro destino. Lo que sí puedo decirte es que siento que puedo defraudar a Claud.

—No te sientas culpable. Al revés, ella estaría enormemente orgullosa de ti. Yo la conocía y sé que sería así. ¿O es que tienes algo que quieras contarme? —articuló algo nervioso.

—He hecho algo que jamás me perdonaría.

—¡Por Dios, Pablo! ¿Has sido capaz? ¿Te has apuntado al partido...?

—¡No! No te mofes —le corté rápidamente—. No te pongas gracioso en estos momentos. Ayer, sin irme más lejos, conocí a una chica. Bueno, en realidad a dos, madre e hija.

—No me irás a contar que mantuviste relaciones con las dos.

—No seas ridículo. Aunque, bueno, quién sabe lo que me puede ocurrir a partir de ahora. Por separado, claro. Nunca se me ocurriría algo semejante, madre e hija juntas, ¡por Dios!

Se llevó un coscorrón en la cabeza que acató como si de un hermano pequeño se tratara.

—Pues no sabes lo que te pierdes —comentó queriendo tener, a pesar de todo, la última palabra.

—Se llamaba Nora. Realmente, ella era la hija.

—¡Increíble! Eres mi ídolo.

—Pero déjame que te cuente. El hecho es que se me hizo muy tarde. El hambre hizo mella después de tomar alguna que otra copa. Entré en un restaurante del Paseo de Sancha. Llamado el Rincón de Nora.

—No lo conozco. Y eso que vivo muy cerca. ¿Es nuevo?

—No lo sé. La comida era exquisita, hacía mucho tiempo que no probaba, ni me deleitaban con esos manjares de dioses. La dueña era otra diosa, pero en este caso del Olimpo.

—¿Esa era la chica joven?

—¡No! La dueña tenía cuarenta y dos años. Aunque no aparentaba más de treinta. Se llamaba Leo, Leonor concretamente. Nora era su hija, la cocinera. Lo que ahora te voy a contar te parecerá increíble. Te lo resumo. La niña se zafa de su madre, me cautiva y me lleva a bailar a una discoteca de una calle cercana. Tras una noche perfecta de Luna Azul me narra una historia de misterio que nos traslada a una habitación de hotel, donde pasé una de las mejores noches que jamás hubiera imaginado.

—De ahí tu cargo de conciencia, ¿no? —me inquirió fríamente.

—Veo que lo has entendido.

—¿Y cómo dices que consiguió embaucarte y llevarte a la habitación del hotel? Si en esas situaciones no hace falta inventarse nada.

—¡Ya! Así es. Pero con toda la credulidad del mundo, como si de una inocente adolescente se tratara, me introdujo en un camino de misterio cargado de erotismo y sensualidad.

—Sentía que era Claud. Pero no lo era. Mi mente me engañaba por remordimiento. No sé si me lo perdonará.

—El que nunca te va a perdonar soy yo por no llamarme para irme con su madre, ¡mal amigo!

—No te mofes de mí. Además, si estás dispuesto a ser uno más de la gran lista de adúlteros de esta ciudad todavía estás a tiempo. Podemos ir a comer esta noche al Rincón de Nora.

—Dónde después de cenar una chica te enamora —terminó Pedro mi frase jocosamente.

Reímos y bebimos hasta el anochecer y cuando el hambre comenzó a aflorar caminamos calle abajo en busca del restaurante.

Observamos cómo las obras que se estaban desarrollando en el Anfiteatro estaban muy avanzadas. Por lo visto, según pudimos escuchar a unos viandantes, ya se había organizado algún que otro evento teatral. El enclave evocaba esa atmósfera efímera que había permanecido imparable tantos años en nuestra ciudad. Esa integración cultural formada por el Castillo-fortaleza, Alcazaba, Anfiteatro, Museos, Centro histórico, Puerto, unida al admirable clima, hacían de la antigua Malaka una urbe de lo más sugerente y atractiva. En los últimos años había sido sublimemente orientada hacia el turismo cultural, relegándole al de playa el protagonismo que poseía por naturaleza propia. Pienso que hubiera sido de inteligentes el poder compaginarlo.

La noche había caído. Las luces de la Alcazaba iluminaban el recorrido por la calle Císter hasta la Aduana. Inmejorables vistas que permitían soñar. Recuerdos que me volvían a saltar a la memoria. Todo tras un reguero de personas que paseaban expectantes al verse sorprendidas por la grandiosidad de su anfitriona, su Málaga soñada. Aquella en la que grandes e ilustres supieron entender sus vidas, o mejor dicho, el camino de sus vidas. Aquella en la que nacieron personajes destacados de las artes. Ciudad a veces olvidada, pero siempre añorada por los que la

dejaron.

Nuestro paso era firme, pero a su vez calculado, de forma que no se escapara ni un solo detalle de lo que por allí acontecía. Las bellas mujeres paseaban en pandilla, tal vez en busca de aventura. Los grupos de turistas se acercaban tímidamente a las escalinatas de la Alcazaba para poder realizar la visita nocturna que patrocinaba la asociación Zegrí todos los años.

Al acercarnos al edificio de la antigua aduana advertimos que el nuevo Museo de Málaga estaba prácticamente terminado. Construido sobre la base de un edificio del siglo XVIII, este enclave que en un futuro albergaría también la sede del Museo Arqueológico, constituiría uno de los conjuntos más importantes del país, en cuanto a fondos pictóricos se refiere.

Alrededor del año 2002 tuve la suerte de disfrutar, de forma totalmente inesperada, junto a una compañera de trabajo, de una visita a la impenetrable pinacoteca. Un gran profesional de la Subdelegación del Gobierno con el que mantuvimos una reunión, como colofón de la misma, nos invitó a disfrutar de los cuadros en el emplazamiento que se encontraban depositados. Fue un auténtico privilegio conocer antes que nadie la pinacoteca local. Sencillamente increíble. Estaré eternamente agradecido a este señor. Un conservador, en pleno proceso de restauración, trabajando en su atril nos dio somera explicación de una de las obras más importantes. "*Anatomía del corazón*", de Enrique Simonet. En una mesa rectangular, recostado, otro cuadro y pinturas al óleo abiertas. Esta debía ser menos notable. Nuestros ojos reflejaban sorpresa, alegría, felicidad. Si por algún motivo me invadían las ganas de salir de allí era únicamente para poder contarle a Claud lo que había vivido. Por el contrario, mi deseo era ansia, anhelo, aspiración de que la visita nunca acabara.



Anatomía del corazón «¡Y tenía corazón!», 1890, Enrique Simonet Lombardo (1863-1927). Museo de Málaga

Mientras, allí estaba, con su cuerpo tendido en la camilla. Confundiendo la muerte con la misma esencia de la vida. A corazón abierto, tapada con un paño, queriendo concluir su paso por este mundo. Allí mismo se encontraba, dolorida, mirando al cielo, esperando su anhelado momento divino. El galeno observaba el corazón sin reparar que en su interior un día recaló el amor. Le había sido arrebatada la vida, pero gracias al cuadro jamás se perdería su recuerdo.

Pasaron tres horas y no nos cansábamos de ver a menos de medio metro obras de Muñoz Degrain, Denis Belgrano, Murillo Carreras, Picasso, José Nogales y el mencionado Simonet. Certifico que ¡sí!, ¡tenía corazón! Jamás había disfrutado antes de forma tan directa del arte. Un arte ecléctico con mezcla de romanticismo y modernismo. Una pintura realista con trazos históricos, muy simbolistas.

El que sin lugar a dudas fue para mí un agradable descubrimiento fue Denis Belgrano, pintor de vocación innata nacido en Málaga. Nos contaron que su maestría hizo que fuera el referente de la

burguesía del siglo XIX. A mi entender, cometió un terrible error, compartido por otros muchos: su costumbrismo y gran ritmo pictórico generaron en muy poco tiempo una gran cantidad de obras, quedando un tanto infravalorado. Yo le llamaba «la ley de la demasia», el exceso siempre subestima todo aquello que uno hace, dice o dictamina.

—¿Sabes, Pedro? En una visita que hice a la Subdelegación de Gobierno pude disfrutar de los fondos pictóricos del mismo. Según me explicaron, Muñoz Degrain empezó a estudiar Arquitectura, como tú. Más tarde se arrepintió y se paso a pintar. ¿Tan aburrida es tu carrera?

—No. Más bien es vocacional. Si te gusta nunca te aburrirás. Obviamente hay que saber dibujar, pero no hace falta pintar. Pintar me hace falta a mí ahora, aunque sea con brocha gorda, porque vaya mala racha de trabajo que llevamos últimamente.

—Ahora no es momento de malos ratos. Disfrutemos de la noche.

El camino se nos hizo corto. Desde el Paseo del Parque hasta la Coracha y así hasta llegar a la Malagueta. Con el Paseo de Sancha a nuestra vista y con solo un sagaz deseo, esperábamos que esa noche fuera, como mínimo, igual que la que pasé ayer.

Pedro se encontraba impaciente por conocer a esa amable familia. Él no pensaba en absoluto en el solomillo a lo Pedro Ximenez, ni en las croquetas. La excusa era la comida. Su mente se encontraba pensando en la ansiada diversión. Dulce y esperada jarana consciente de lo que podía trascender en su vida de pareja. Pasando delante de la Malagueta la suerte estaba echada, como diría el maestro que insignes tardes lidió sus faenas en tan denostada plaza de toros. Por suerte y gracias siempre a la labor de los empresarios del coso, dicen que pasó a calificarse como plaza de primera categoría, lo cual no deja de ser de justicia en una ciudad tan folclórica y costumbrista. Nos dirigíamos, cual torero a punto de realizar la faena, paseo arriba, dándonos de bruces con las puertas cerradas del establecimiento hostelero.

—¿Dónde está? —dijo Pedro.

—Era aquí, el Rincón de Nora. Supongo que debe ponerlo.

—¿Cómo que debe ponerlo?

—Sí. Yo no vi el cartel, vamos, o por lo menos no me fijé en él. En la carta de comidas lo indicaba claramente. Incluso hablamos de la procedencia del nombre. Se lo pusieron por Nora obviamente, la hija.

—Si esto parece una casa. Seguro que hasta vive alguna familia. ¿No sería esta su casa?

—En absoluto, había una barra. Tenía un recibidor de estilo Luis XVI. Recuerdo al camarero que se mostraba bastante educado y apático a la vez. Vamos, un primor puesto al efecto para contrarrestar a esas dos deidades. Así es que, por mucho que lo pienses, no me estoy volviendo loco.

—No, no digo eso. Tal vez lo soñaste.

—¡No! Fue todo muy real, estoy seguro. Como ya te conté, fuimos luego a una discoteca llamada Luna Azul.

—¿Cómo dices? ¿Luna Azul? Llevo viviendo aquí más de treinta años y jamás había escuchado antes una discoteca llamada así.

—Está ahí al lado, se ve desde aquí.

—¡Increíble! La han debido poner hace unos días. ¿No crees que sería conveniente llamar y preguntar en la casa por Nora y por su madre, Leonor?

—Sí, por supuesto.

La puerta tenía una aldaba de bronce bastante misteriosa, con una argolla unida a una cabeza. Parecía la efigie de un demonio con las orejas puntiagudas, cejas prominentes, gesto fruncido y nariz porruda. Emulaba a la mismísima puerta del infierno.

—Esta casa —aseveró Pedro— puede ser perfectamente del siglo XVIII, haciendo alarde de sus logrados conocimientos arquitectónicos. Sin embargo, esta aldaba como mínimo debe tener seiscientos años. Podía pertenecer a alguna antigua iglesia. Las que tenían una argolla eran para solicitar derecho de asilo. De ahí que se instalaran en iglesias. Es muy raro que se encuentre aquí.

Extraño o no, abrí mi mano temblorosa, situándola en la argolla y, antes de que golpeará firmemente la puerta, volví vertiginosamente al mundo, escuchando un agradable ding dong.

—Había un timbre justo al lado de la jamba derecha. —Me lo hizo saber Pedro, apretándolo sin preguntar.

—¡Cómo no! —le dije riendo. Estamos en el siglo XXI.

Tardó dos largos minutos en abrir la puerta. Nuestros cuerpos estaban inmovilizados detrás del umbral de la misma. No dejábamos de temblar como niños recién salidos del agua en una tarde de invierno.

La puerta se abrió y una anciana señora, de unos ochenta años aproximadamente, salió cabizbaja preguntando:

—¿Quién llama a estas horas?

—Buenas noches, señora. Lamentamos molestarla. Creemos que se trata de un tremendo error, veníamos buscando otra cosa, un restaurante concretamente. Ya sabemos que no es aquí, pero nos gustaría aprovechar su enorme amabilidad para hacerle una pregunta.

—Díganme, si está en mis manos les ayudaré en la medida de lo posible. Entenderán que a estas edades una no sale mucho y cualquier visita inesperada me descoloca. Además, tal y como se encuentran las cosas, cualquiera sabe si le abre la puerta a algún psicópata.

—Mi amigo y yo venimos buscando un restaurante que pensábamos estaba enclavado aquí, en este edificio. Pero cuál ha sido nuestra sorpresa que, a pesar de tener la certeza de que era la ubicación correcta, no es aquí.

—Juraría que era en este mismo sitio, el Rincón de Nora.

En ese instante la anciana se echó a llorar y, cual perrillo buscando refugio, se me abrazó fuertemente, articulando una frase en la que solo pude escuchar:

—Pobre Nora, mi pobre Nora...

—¿La conoce, señora?

—¡Mi Nora! Han pasado más de treinta y siete años desde la última vez que la vi. Un día desapareció después de salir de trabajar del restaurante que regentábamos y no volví a saber nada de ella.

—¿Cómo se llamaba el restaurante?

—El Rincón de Nora, tal y como me habéis preguntado. Efectivamente, hace treinta y siete años, mi hija y yo teníamos, en este mismo lugar, un restaurante que se llamaba de esa forma. Lo trabajamos durante años, hasta que ella desapareció. Desde ese momento, el espíritu emprendedor que tenía por aquel entonces desapareció. Perdí el rumbo y caí en depresión. Ha pasado mucho tiempo. Aún todos los días miro por la ventana y espero el correo con noticias suyas. Al llamar a estas horas seguía teniendo cierta esperanza de que fuera ella.

No podía creérmelo. Me encontraba absorto. Mi mente se había cerrado a cualquier influjo exterior. Buscaba lazos existentes que ataran cabos para así darle sentido a toda esta historia. Pero no encontraba el eslabón.

Era absurdo pensar que la culpa de su desaparición fuera mía. La señora Leonor no podía saber que yo fui la última persona que vio a su hija.

—¿Cómo se llama usted? —pregunté esperando la fatídica respuesta.

—Leonor —contestó resignándose a tener cualquier esperanza.

Era imposible, yo no le había hecho nada a Nora. ¿Por qué iba a ser yo el causante de su desaparición?

—Bien, señores, terminen de explicarme. ¿Por qué preguntan todo esto?

La voz entrecortada de doña Leonor esperaba rápidas respuestas que no le supimos dar. Motivados por el terrible miedo y congoja de no querer hacerla sufrir, huimos corriendo calle arriba, sin darnos prácticamente tiempo de despedidas.

La Luna Azul allí se encontraba. Apostado en la puerta estaba el mismo guarda de seguridad. Me recordó a uno de los matones del señor Levio, de Gabell. Ni me miró al entrar. Solo nos hizo un gesto con la mano, sugiriéndonos que pasáramos. Nuevamente debí resultarle familiar. Dejamos atrás un reguero de personas que se encontraba en la cola de la entrada... Y solo había estado una vez en aquel antro.

—¿No crees que hemos sido poco amables con la señora Leonor? —me inquirió Pedro.

—Sí, por supuesto —le contesté—. Era lo mejor que podíamos hacer. El ambiente estaba cogiendo un cariz bastante misterioso y no hubiera sido capaz de soportar el tener que darle explicaciones que me pudieran incriminar en la desaparición de su hija. De todos modos, aun así nos hemos despedido, aunque fuera de un modo descortés y apresurado. Nos despedimos, ¿verdad? —le dije intentando justificar nuestros malos modales.

La discoteca se encontraba abarrotada. Incomprendiblemente nos habíamos adentrado, en mi caso por segunda vez, en un lugar repleto de vicio y alcohol, por no mencionar otras cosas. Una vez averiguado que Nora tampoco se encontraba allí escapamos por la puerta de atrás, principalmente por no volver a encontrarnos con el matón. La prudencia primaba.

Fue una vía de escape. El ruido ensordecedor de una sirena se entremezclaba con la música que salía de la puerta trasera de la discoteca, al abrirla y cerrarla. La luz azulada del rótulo de la Luna Azul resaltaba todavía más con el reflejo de la sirena. Era una ambulancia que parecía haberse parado unas calles más abajo.

Instintivamente buscamos el hotel. Allí se encontraba, tal y como lo recordaba. Pedro comenzó a preocuparse. Su cara de asombro mostraba estupefacción. El semblante le cambió, mostrándose algo meditabundo. Su incredulidad se torno en aceptación de todo lo que acontecía. La singularidad de lo que le había contado pasó a ser algo asumido por su mente. Aparcó su carácter empático y utilizó en sus propias carnes sus dotes de convicción para ver que lo irreal y misterioso se había introducido nuevamente en su vida con otro hecho inusual.

Era hora de abandonar e irnos a casa. Pedro vivía muy cerca, sin embargo yo todavía debía caminar un poco.

La noche se encontraba bastante estrellada y a lo lejos podíamos advertir, sin necesidad de hacer mucho esfuerzo, el cometa Elenin. Según decían algunos científicos, por su alineación con la tierra provocaría un gran terremoto que sería catastrófico. En teoría ocurriría hoy, pero el día había llegado a su fin y el único seísmo conocido era el provocado últimamente en nuestras vidas.

Se podía observar una gran cola que arrastraba, dejando una admirable estela. En el pasado los cometas siempre estaban precedidos de malos augurios, aunque nunca se les achacó ninguna catástrofe. Todo tiene su sentido en la vida, un despropósito. La gente estaría ocupada con sus miedos, olvidando los temas importantes como la crisis, el desempleo y la corrupción política. Gente preparada intentando desacreditar las esperanzas de vida, en un continuo devenir de problemas que acercaban a la población hacia el caos mental, por supuesto. Solo pensar que yo pude contribuir a eso vendiendo bunkers con falsos planteamientos de destrucción y una posible extinción de la especie... Ante esa perspectiva que planteábamos cualquiera hubiera sucumbido en pos de salvar su existencia y la de su familia.

Mirada firme, cuerpo recto y cabeza erguida fue la postura que adopté al ver pasar delante de mis ojos a la señora Leonor. Iba en camilla. Se encontraba inconsciente con una manta echada sobre su cuerpo. Su cabeza destapada le delataba una tez pálida, como si estuviera a punto de perecer.

La ambulancia cerró la puerta y salió corriendo, lo cual auguraba buena señal al no haber necesitado que la estabilizaran.

Me vi inmerso en el tumulto de gente. Me situé sin desearlo, a golpe de suaves y continuados empujones, justo delante de la puerta de su casa, escuchando una voz que provenía de un agente que decía:

—Es usted familiar de la señora, ¿verdad? El que nos ha llamado, ¿no?

La situación era confusa. No sabía muy bien qué hacer ni que decir. El caso es que me encontraba allí con la carpeta del agente en mis manos emplazándome a firmar el atestado. Las palabras se me escaparon casi de la boca:

—Sí, soy su yerno.

—La llevan al Hospital Civil. Aquí tiene usted.

No era una gran mentira. La gente se había disipado, no quedaba nadie. Me encontré delante de la puerta. Sin necesidad de tocarla esta se abrió sola.

Ya nada me podría sorprender. Entré y cerré, dándome de bruces con un mundo totalmente conocido por mí. Nuevamente, era el Rincón de Nora. Emergió de mi mente misteriosamente. Luigi se encontraba, como parecía ser costumbre, al final del salón. Se acercó hacia mí.

—Es una pena, ¿verdad? ¿Ya se ha enterado? Nora ha desaparecido y la señora Leonor no ha podido aguantar su amargura. Ha caído enferma. Se la acaban de llevar.

—¿La señora qué edad tiene realmente? —pregunté.

—Cuarenta y dos. Creo que ayer lo hablaron, ¿verdad? Es muy joven.

—Sí, por supuesto, entre otras cosas, hablamos de sus edades. Me han dicho que la llevan al Hospital Civil. No se sabe su estado. Tenía muy mala cara. Parecía una muerta. Es verdad, era muy joven. Y guapa —añadí—. Luigi, ¿le importaría a usted contarme qué le paso exactamente a Nora?

—Ayer, después de salir de trabajar, no volvimos a saber nada de ella. Según parece, la vieron con un señor tomando copas en un bar no muy lejano. Nadie sabe quién era. Ni lo que ocurrió realmente. Por si lo ignora, ellas vivían juntas. Después del fallecimiento de su marido doña Leonor cayó en una inmensa depresión. Solo le ayudó a salir de ella la compañía de su hija, que por aquel entonces era una niña. Hasta el día de su desaparición no se habían separado nunca, ni un solo día. Cuando por cualquier motivo hacía algo que se escapara de lo normal, su madre siempre estaba enterada de ello. Es extraño, ahora ha desaparecido y su madre se encuentra enferma en el hospital. Yo no sé qué hacer, no sé si moverme de aquí, esperar o buscarla.

—Si puedo hacer algo estaría encantado de ayudarle, Luigi. Aunque solo fuera por recuperar a una gran cocinera —aseveré al objeto de no delatar mi apego por ella.

—Muchas gracias.

—Le dejo mi número de teléfono.

La puerta se cerró tan fuerte que la aldaba pegó sin querer contra la cabeza de bronce, simulando haber llamado. No volvió a abrirse. Echando un vistazo a las ventanas, no se advertía ni una sola luz, ni una ventana abierta, ni ningún signo de que allí hubiera nadie.

Alterado, continué la marcha, esta vez apresurada hasta llegar a mi casa. El perfume había vuelto, reflatando por el ambiente. Descansé lo suficiente para soñar con Claud. Solo recordando su suave piel, su alegría y sus caricias, conseguí convertirlo en un plácido sueño.

CAPÍTULO OCTAVO: POR LA CIUDAD

Al abandonar el bar de Nolan sentí un atroz impulso de pasear por mi ciudad. En el largo camino recorrido eliminé de mi mente el más mínimo deseo de salir corriendo. Desaparecer, de momento, no estaba dentro de mis planes. Parecía haber asumido perfectamente mi cometido.

Al filo de la media noche estaba cansado de caminar y pensar. Apretó el hambre. Mi cabeza explotaba. Suponía que era de darle tantas vueltas a los acontecimientos. En esta situación de extrema emergencia confiaba en que la población se uniría y no caería en la banalidad del que está desesperado. Lo deseaba enormemente.

—Buenas noches, perdone la molestia, ya sé que es muy tarde, pero ¿podría entrar a comer algo o han cerrado ya?

—El horario lo ponen los clientes, señor, no nosotros.

Intuí que la señorita que me había atendido tan amablemente era la dueña del establecimiento. Unos cuarenta años de dulzura, rubia, ojos verdes, tez firme y suave, muy alegre en sus expresiones y con una coleta que anudaba el pelo por la parte media de su cabeza. Era descomunally guapa y presumida. Su contoneo, acentuado por el ir y venir de su pelo recogido, la hacía si cabe aún más atractiva. Supo hacerse de rogar antes de dirigirme nuevamente la palabra. Al final se acercó a la mesa. Mirándome con gesto complaciente me dejó la carta y exclamó:

—Luigi, por favor, atiende a este señor.

—Voy —gritó desde el otro lado del salón—. ¿Qué desea usted, señor? ¿Algo de la carta o acepta las sugerencias de la casa?

—Dígame qué tienen. Tengo mucha hambre y abundante sed.

Luigi poseía una especial capacidad para desesperar al cliente. Desde el mismo instante en que se situó a mi lado para tomarme nota no paró de observarme desde la cabeza a los pies. Con el bolígrafo golpeaba sin cesar la libreta que sostenía en la mano izquierda, como si de un colegial disgustado se tratara, ansioso por acabar la jornada de clases. En definitiva, un incordio.

—Esta noche le puedo sugerir como entrante una ensalada de gulas o unas croquetas de la abuela y de segundo un solomillo de ternera a lo Pedro Ximenez o una lubina a la papillote.

—Perfecto, prefiero las croquetas y la carne. Para beber me encantaría tomar un reserva de Ribera del Duero, el que a usted le parezca.

—Muy bien, señor. Le traeré el de la casa, que es magnífico y seguro será de su agrado.

Cerca de la entrada se divisaba un recibidor estilo Luis XVI. En un pequeño atril, con la agenda de reservas, apostada, se encontraba la chica rubia. Mis pupilas disfrutarían de la velada. Con semejante belleza enfrente sería fácil.

—Aquí tiene el vino, señor, pruébelo usted —dijo llenándome un cuarto la copa para probarlo.

Lo caté como un auténtico *sommelier*. Recuerdo aquella ocasión en la que pude disfrutar de una cata de vinos con amigos y compañeros del trabajo, concretamente en el Museo del Vino de Málaga. Gracias al momento y a la gran labor del experto y guía que hizo los honores durante la visita, tuve la suerte de poder degustar con gran intensidad y exquisitez los sabores afrutados de nuestros sublimes caldos. El aroma varietal y poco amargo que lo caracterizaba consiguió activar en un solo segundo mis percepciones sensoriales, mezclándose y diluyéndose en la cabeza junto con todos los grandes recuerdos pasados.

—Muy bueno. Ponerle un fallo a este magnífico vino sería un injusto error. Tal vez le falte un poco de maduración. Pero sino, no sería un vino joven, ¿verdad?

—Así es, señor —aseveró Luigi—. Veo que entiende bastante de vinos.

—No es del todo cierto. La realidad no es esa. Cuando aflora lo poco que uno sabe sobre algo tan desconocido como es el mundo de los vinos, da la impresión de que uno es un experto. Nada más lejos de la realidad.

Las croquetas, muy al estilo de la abuela, me encantaron. El solomillo se deshacía en la boca. Tal vez me faltaron tres o cuatro piezas de pan para poder mojar la magnífica salsa. Con eso lo digo todo.

Desde la muerte de Claud no había sabido disfrutar de los momentos agradables de la vida. Después de esta experiencia cada segundo de mi existencia podía pasar en vano intentándolo. Desde hoy tendría bastante presente que debía vivir el momento. Intentaría no apartar de mi camino ningún placer mundano. Por supuesto, siempre que no afectara negativamente a terceras personas. Eso debía quedar claro.

Luigi me sirvió otra copa. ¿De qué debía preocuparme si en definitiva esa noche yo no conducía?

—Señor, espero que le haya gustado la cena. ¿Desea usted algún postre?

La señorita rubia se dignó nuevamente a entrar en escena. Por su agradable proceder la noche prometía diversión.

—Sí, me ha encantado. Gracias a sus croquetas pienso que el listón culinario de la hostelería en la ciudad se ha puesto muy alto. El solomillo y su salsa nada tenían que envidiar a los platos de los grandes chef europeos, así es que mi más sincera enhorabuena.

—Agradecida. En cuanto al postre, le podría ofrecer un pastel de árbol con helado.

—Suena perfecto. Que marche.

Por respeto no le transmití cuál era el postre que prefería esa noche.

Pequeñas lenguas de bizcocho, compactas y alargadas mojadas por un chorro de Grand Marnier y con una fina película de chocolate acompañado de helado de vainilla. Un placer que escapaba de lo terreno.

Este deleite culinario despejó mi mente por un momento. Pensar en la situación, en el señor Lomas y en un largo elenco de cosas que en tan poco tiempo habían pasado por delante de mi vida me incomodaba.

—¿Quiere usted un licor, una copa o cualquier otra cosa? Invita la casa.

—Solo lo acepto si me dice usted su nombre.

—Tutéeme —replicó.

Notaba cierto acercamiento. Sentí por un momento que había dejado de ser un cliente, advirtiendo ser algo más. Seguramente fuera por la cercanía de la cuenta. Quizás aguardando una buena propina. Siempre es una gran ayuda para un negocio de restauración. ¿O probablemente fueran otras sus intenciones? Soñaba con que tuviera un leve deseo de intimar.

—Me llamo Leonor, pero usted puede...

—¡Usted no! Tutéame también, por favor. —Me adelanté cortándole la frase.

—Lo siento, quería decir, tú puedes llamarme Leo.

—Gracias, Leo —le dije con voz dulce, mientras le hacía un guiño improvisado.

—Primero quiero agradecerte el haberme atendido tan tarde y segundo decirte que hace tiempo que no cenaba tan bien como hoy. Mi más sincera enhorabuena por la cocinera o cocinero tan magnífico que tiene. ¿Quién cocina así de bien? Las recetas serán de alguien, ¿no? Entiendo que la cocinera no eres tú, ¿verdad?

—Así es, acertó. Las recetas más y el cocinero es...

Esperaba afanosamente que no me dijera su marido, novio o pareja. Cuál fue mi sorpresa. Mi cara cambió súbitamente cuando dijo;

—Mi hija.

—¿Su hija?

—Sí, mi hija, ¿le sorprende?

—No, no...

—Se llama Nora, de ahí el nombre del restaurante, el Rincón de Nora.

—Increíble, pero si no es una indiscreción, ¿cuántos años tienes?

—Mi hija veinticinco y yo cuarenta y dos. Por suerte aprendió a cocinar de pequeña. Cuando falleció su padre ella tenía diez años, yo veintisiete. Él era ingeniero aeroespacial. Tuvo un fatal accidente junto a varios compañeros. La única forma de poder superar económicamente la ruina en la que quedamos tras su muerte fue desarrollando este proyecto empresarial. Su organización, el CSIC, tuvo muy buenas palabras. Solo quedaron en eso, palabras. Como no estábamos casados exclusivamente le dieron una pequeña indemnización a Nora, declinando cualquier otra responsabilidad sobre lo acontecido. No nos quedó otra opción que lanzarnos a montar este negocio.

Antes de que terminara de hablar observé cómo un ángel salía por la puerta de la cocina. Se acercaba una joven de pelo rubio, un tanto desmelenada por el efecto del gorro que en faena protegía su cabello. Lo portaba en su mano derecha. Si cabe un piropo, más bella que la luz de la luna reflejada en el mar. Más perfecta en sus facciones que el diseño más logrado de cualquier pieza de joyería. Preciosa, hermosa y a su vez dulce. Me recordaba a mi Claud.

Se acercó a la mesa y, antes de pronunciar palabra alguna, me adelanté diciéndole:

—Me encantaría darle mi más sincera enhorabuena por el suntuoso deleite que he podido disfrutar en su mesa. Aunque sé que el mérito es compartido y así se lo he hecho extensivo a su madre, creo que su trabajo es digno de ser elogiado, por lo que reitero mis felicitaciones.

—Muchas gracias, señor...

—Pablo, por favor, llámeme Pablo.

Sin darme cuenta había entrado la madrugada, dando tiempo incluso a que Luigi, el *maitre*, se fuera después de limpiar y despedirse cortésmente.

Al poco tiempo nos encontramos solos en el interior del local, sin ningún otro cliente, tomando una copa en la mesa, conversando distendidamente. Pude observar que tanto la madre como la hija henchían cultura por todos los costados.

Vislumbraba cierta amargura en los recuerdos. Lo que no impedía que se le llenaran los ojos de luz al hablar del futuro. Futuro, sí, sí, futuro, aquel que muchos conocen y otros tienen el gusto o la virtud de poder intuir. Aquel que siempre anhelamos, pero que nunca somos capaces de asumir cuando se convierte en presente; menos si se tuerce.

Me exasperaba pensar cómo reaccionaría esta familia si intuyera nuestro devenir, me alteraba sublimemente. Nunca podría pedirles su opinión y ayuda. Mejor callar. Más valía vivir el momento y no sentir apego por alguien que pudiera truncar los planes establecidos. Sucumbí infructuosamente en el intento.

—¿Tienes novio, Nora?

—Tuve, pero lo abandoné.

—¿Por qué, si no es mucho preguntarte? ¿No le gustaba tu comida?

—Muy elocuente. Se hacía el gracioso como tú —respondió sutilmente.

Empezábamos bien, mi idea no era seducir a esta joven. Ante la confusión cambié de actitud.

Tal y como me hacía ver siempre mi gran amigo Francisco, las chicas, sin que yo lo advirtiera, se fijaban bastante en mí. Nunca me creí gran cosa. No sé por qué razón parecía tener buena aceptación entre las mujeres. Tal vez mi altura, uno noventa, hiciera mucho. Me situaba equivocadamente en un lugar privilegiado de la vida. Aunque uno piense que desde lo alto lo puedes ver todo, en el amor, en realidad, no ves nada. Paradojas de la vida.

Esta chica no parecía haberlo pasado muy bien en su relación anterior. Tal vez su exnovio fuera un poco pueril. Lo cierto es que tardó bien poco en seducirme. El mismo tiempo en que su madre se dio cuenta que era hora de retirarse.

—Nora, ¿has cerrado la puerta trasera de la cocina?

—Sí, mamá, lo hice antes.

Notando un pequeño guiño muy estudiado y rompiendo su locuacidad, la bella señorita dirigió su mirada hacia la puerta trasera. Me hizo entender que nos veríamos fuera, detrás del restaurante. Nervioso, con seria parquedad, casi rallando lo estafalario, dejé abonada la cuenta que previamente me había dejado Leonor en lo alto de la mesa. Acostado en el platillo, el correspondiente billete de diez euros de propina. Me despedí de la madre e hija, aparentemente, prometiendo volver pronto a este santuario empíreo para el paladar.

Sorprendido por la discreción, desparpajo y atrevimiento, observé cómo Nora aparecía por el callejón trasero, ataviada con un atuendo enteramente distinto, juvenil y muy a la moda.

—¿Tenías algo que hacer esta noche? ¿Te esperaba alguien?

Me faltó tiempo para decir:

—¡No!

—Pues me encantaría ir a tomar una copa contigo, ¿te vienes?

—Para mí será un placer acompañarte.

No solo se lo dije verbalmente. La expresión de mi cara le hizo ver el ansia por acompañarla. Nos dispusimos calle abajo en busca de no sé qué antro llamado Luna Azul. Curioso nombre, aunque a estas alturas de la vida nada me sorprendería.

—¿Cómo dices que se llama el garito?

—Luna Azul. ¿Has estado alguna vez?

—No, nunca que yo me acuerde.

—¿Y por qué dices eso? ¿Es que tienes una doble vida que no recuerdas acaso? —me preguntó.

—El hecho es que hace unos días tuve problemas temporales de memoria y no sé hasta qué punto pudo afectarme.

—No desesperes. Esta noche la recordarás siempre, ya verás.

Antes de terminar de hablar me agarró la mano a la vez que cruzábamos la puerta de la Luna Azul. Esta se abrió con la ayuda de uno de los guardas de la discoteca que, con gesto de aceptación, nos brindó la posibilidad de no tener que esperar la inmensa cola que había. Debía conocerla.

La luz me cegaba. Mi cuerpo no pesaba nada. Iba flotando al ritmo de sus pasos, creyendo escuchar muy cerca un sórdido sonido que figuraba ser el de la música. Retumbaba demasiado. Distorsionada por el excesivo volumen y el ruido de la gente, casi molestaba. Una marea de jóvenes se apilaba bailando en el centro de la pista. Conseguimos entrar por uno de los huecos que por suerte había quedado abierto. Nos situamos junto a la barra y pedimos dos *gin-tonic*.

—Gracias —le susurré al oído.

—¿Por qué? —me preguntó.

—Por acompañarme esta noche. Jamás pensé que pudiera pasar una velada tan agradable sin

haberla programado previamente.

—Dicen que las mejores son las que no se preparan. Sin embargo, hay que tener cierta cautela. Ante todo saber con quién se junta uno. Ayer una compañera mía de la facultad me contó...

—Ah, ¿estudias? —curioseé acallándola.

—Sí claro, por supuesto.

—Perdona, continúa, que te he cortado.

—Me contaba que el fin de semana pasado conoció a un chico que le encantó. Mi amiga estaba dispuesta a todo. Era un hombre casado. Pero, en fin, sin recato alguno le hubiera gustado mantener una relación con él. Por causas ajenas al entendimiento, en la habitación del hotel, dentro del cuarto de baño, desapareció sin dejar ningún rastro. Por lo visto, según me cuenta, no había puerta trasera. Preguntó en recepción si lo habían visto salir. Y no fue así. Descartó una posible alucinación, ya que le confirmaron que al registrarse había entrado con él. Es extraño, ¿verdad?

—Sí, mucho. ¿No le pidieron su carnet en el hotel?

—No, Solo lo dio mi amiga.

—¿No había ninguna ventana por la que pudiera escapar?

—No, no había. ¿A qué es increíble?

El fuerte sonido de la música no me permitía escuchar con claridad la dulce voz de Nora.

—¿Y no le están buscando? —le pregunté.

—Por lo visto ella no lo conocía lo suficiente. Su círculo de amistades y su familia eran un interrogante. Lo conoció esa noche. Ha estado pendiente de la prensa toda la semana. No ha encontrado nada al respecto. No hay ningún desaparecido.

Le hice comprender que a veces en esta vida ocurren cosas incomprensibles.

—Tal vez esto sea más sencillo de lo que parece. Quizás tu amiga con tanta bebida se quedó dormida y el acompañante salió del hotel por una puerta de servicio o de emergencia, arrepentido por su amancebamiento.

—Quizás, pero me da miedo pensar que no fuera así. ¿Y si ocurrió como me lo cuenta?

—¿En qué hotel pasó? —le pregunté.

—Ahí mismo, en uno que hay en la calle de abajo. No recuerdo el nombre. Lo misterioso siempre me ha llamado la atención, pero en ocasiones me da respeto. ¿Quieres experimentarlo? ¿Y si cualquiera de nosotros desapareciera? No soportaría pensar que todo es por mi culpa.

—Me gusta pasar miedo —le sugerí inconscientemente.

—¿Estás seguro? Recuerdo el número de la habitación. Podemos comprobarlo de forma directa. Si es verdad investigaremos un poco. Puede ser divertido y a la vez escabroso.

—Me das un poco de miedo. Una chica tan joven que quiera pasar un mal rato de forma gratuita, sin ningún tipo de interés, con alguien que conoce de hace unas horas... Me resulta raro.

—¿Te resulta raro? Si no quieres no vamos.

—¡No! Visto lo que me está ocurriendo últimamente, ya no me asusta nada. ¿Y sí eres una asesina en serie y nadie lo sabe?

—¡Ja, ja, ja! Me gusta tu inteligente ironía.

Empezó a reír hasta cambiar la conversación de manera drástica.

—¿Bailamos? —preguntó.

—Perfecto.

Las copas comenzaban a hacer efecto. Era la tercera que tomábamos. El vino de la comida, afortunadamente, no me había sentado mal, algo que me asombraba. Prácticamente me bebí toda la botella.

Su baile tierno y a la vez sugerente era provocador. Lo hacía hasta el punto de la mera

excitación. Sin ningún género de duda la esencia de Claud, una diosa que me quería transportar al más allá. Derrochaba fuerza. Su pelo revoloteaba vigorosamente. Su cuerpo no bailaba, se estremecía junto al mío, imantando febrilmente mi piel. El deseo de acercarme se sumía en abrazos repentinos y cándidas caricias muy suaves que se producían por el pausado golpe de su preciosa mirada.

Sentí sus manos pegadas a las mías. Otra vez veía a Claud. Soñaba junto a ella. Pasé de la madurez a la ilusión del joven que espera un regalo. ¿Qué me podría aguardar esa noche? Esa provocación innegable debía esconder algo. Una persona que cocinaba de esa angelical manera no podría hacer daño a nadie, por eso debía dejarme llevar. Tal vez era su inocencia lo que me infundía tranquilidad. Esperaba que así fuera. Sé que mi suerte jamás me abandonaría. Claud debía estar detrás de todo esto. Le encontraría el sentido.

Salimos de la Luna Azul. En ningún momento forcé mi cuerpo. El camino y nuestras piernas se dejaron llevar.

—¿Recuerdas entonces el número de la habitación?

—Sí, la doscientos ocho.

—Perfecto, vamos a pedirla.

Con la experiencia acumulada en mi vida, si alguien me hubiera dicho que una chica de veinticinco años me iba a seducir de esta sutil manera para llevarme a un hotel, jamás me lo hubiera creído.

Así fue. Resultó ser toda una patraña, la habitación doscientos ocho no existía. Nora había creado su misteriosa historia para seducirme. Lo cual sirvió para romper de forma abyecta el hielo y reírnos gran parte de la noche. ¡Qué más da la doscientos ocho que la mil ochocientos treinta y tres! El caso es que se había burlado de mí y yo estaba encantado.

La Luna Azul no dejó de brillar a lo largo de la misteriosa velada, atravesaba el reflejo de su luminoso por los postigos de la ventana. Nuestros cuerpos se unieron toda la noche.

Durante varios días solo pude pensar en el pastel de árbol y en el solomillo a lo Pedro Ximenez. Necesitaba volver a degustarlos.

CAPÍTULO DÉCIMO: EN LA FORTALEZA

No debía dejar pasar la oportunidad de acercarme al castillo para ver al señor Connors. Seguramente ya le habría visitado Claud. Averiguaría qué estaba urdiendo.

La vida podía volver a sonreírme. Mis ansias por verla quedarían saciadas. No era una cuestión de deseo, sino de suerte. Debía llegar en el momento justo, sin levantar ningún tipo de suspicacia, para que su espíritu no se viera soliviantado y así poder prolongar su estancia.

Las horas pasaban. Mi intención no era otra que poder hacer amena la espera. Tenía claro que el señor Connors siempre se dejaba ver por las tardes, a última hora, coincidiendo con el cierre de la fortaleza. Quedaban unas horas que no debía desaprovechar.

Me vino a la cabeza mi portal solidario. Daba impresión, por las prisas que tenía el señor Gabell en adquirirlo, que lo tenía en un estado muy avanzado de elaboración. Pero no lo recordaba con exactitud. Por su marcado carácter oneroso me hacía dudar de que le pudiera hacer sombra a su tan afamado buscador. El haberlo registrado en la Oficina de Patentes y Marcas Europea le imprimía, aún si cabe, mayor solemnidad. Por el administrador pude comprobar que se encontraba en una fase de publicación temporal, en pruebas. Llevaba unas semanas de funcionamiento. Ya se habían realizado cerca de dos millones de búsquedas. Traducido en dinero hubiera supuesto, de existir publicidad, cerca de doscientos mil euros. En cifras netas anuales supondría alrededor de ocho millones de euros sin mayor esfuerzo.

Nada más terminar de analizar los datos escuché el timbre del teléfono. Al otro lado del aparato se encontraba el señor Levio. ¡Mucha coincidencia esta! Seguramente tenía el ordenador controlado. O ¡qué ignorante! Había utilizado el buscador Gabell, su buscador, para entrar en el mío. La simple búsqueda de mi enlace le dio la señal de alarma.

—Señor Leal, mire usted por la ventana.

El corazón me empezó a palpar a un ritmo acelerado. Mis manos temblorosas hicieron que el teléfono se me cayera.

—¿Está usted ahí? —escuchaba desde lo alto. Y cogiéndolo nuevamente contesté.

—Sí, sí.

—Espero poder decirle a mis amigos que no hace falta que suban a verme.

Con la voz entrecortada exclamé asustado:

—Por supuesto que no.

—Pues solo ha de hacer una cosa. Apague su ordenador y deje de trabajar en su buscador solidario. Ya le di la oportunidad de poder vendérmelo, pero por desgracia ya lo tiene registrado. Solo caben dos opciones: o cederme los derechos del mismo o dejarlo morir. Lo segundo ya veo que no lo está cumpliendo. Usted sabe que es un gran proyecto. Para Gabell podría significar una gran publicidad.

—Señor, le tengo que dejar.

—Piénseselo.

Inmediatamente corrí hacia el kit de supervivencia que me había proporcionado el señor Lomas, directamente hasta la pistola. Me faltaron segundos para tenerla en mis manos. Salté hacia ella como el que necesita comer. Le inserté todas las balas en el cargador. Jamás había utilizado antes una de estas. De hecho creo que, salvo en la feria, nunca había disparado ningún arma. Se intuía muy fácil de usar, simple. Una semiautomática como la de las películas. En el armazón de la

misma se veían unas iniciales: WPPK. Me recordó a la pistola que utilizaba James Bond en sus películas, una Walter PPK. Según parece, era la misma arma que utilizó la policía secreta en la Alemania nazi y si mi memoria no me falla, la que usó Hitler para su suicidio. ¿Cómo podía tener tanta historia semejante artilugio? Y yo aquí junto a ella, temeroso, viendo la manera de poder usarla frente a dos matones que seguramente estén deseando cortarme los dedos con unas tenazas. El asunto estaba empezando a coger un cariz importante. Comenzaba a darme miedo la actuación del magnate, por eso no lo pensé dos veces. Cogí su tarjeta y le llamé por teléfono.

—Señor Levio, ¿puede usted acercarse a mi domicilio? He reconsiderado la oferta que me hizo y creo que le voy a vender el buscador solidario.

En cuestión de minutos apareció por la puerta de mi casa.

—Pase, por favor.

—Este es su cheque. Le prometí que duplicaría la cantidad y así lo he hecho. Creo que con este dinero podrá usted retirarse durante un buen tiempo.

—Ya quisiera yo... Sin embargo, por desgracia, mis expectativas se encuentran ahora en otros negocios más importantes que este.

—De haberlo sabido no le hubiera duplicado la cantidad — comentó sarcásticamente—. Le recuerdo que también le ofrecí un puesto en nuestra empresa. Para nosotros sería un gran honor poder contar con una persona que posea su preparación.

—No lo descarto en un futuro, quizás un par de años.

—Tiene usted las puertas abiertas. Firme aquí.

A la cantidad no le di mayor importancia. Por los nervios fui incapaz de leerme las cláusulas del contrato con un mínimo de comprensión. Lo cual deshonoraba mi preparación jurídica. Ya nada importaba a ese respecto. Mi deseo era poder salir corriendo para ver al señor Connors.

Llegar a tiempo a la fortaleza se convirtió en un suplicio. Todavía no había superado el mal rato de los matones. Mi pistola ya me acompañaba donde fuera. Supongo que ese era el empeño de Lomas.

La cuesta de acceso al castillo, con una pendiente del cincuenta por cien, me costó casi una vida culminarla. Iba muy despacio, a pesar de las ganas que tenía de llegar al final. En su puerta, a treinta minutos del cierre, comencé a tomarme el paseo con más tranquilidad, dándome tiempo a divisar las vistas de mi Málaga desde arriba. Recuerdo un poema que le escribí a Claud cuando éramos novios. Influenciado por la belleza del paisaje de la ciudad, junto al claro influjo del amor que yo le profesaba a mi amada. Enmarcado por el sublime enclave que le rodeaba, brotaban sigilosamente los versos de mi mente:

«Por el día el paisaje

no resalta belleza,

elegancia de la urbe

que merece esta tierra.

Cuando el día se acerca
un efluvio se aleja,
el que persistió con la noche
al coronar su belleza.
Por la tarde, a su lado,
el camino recorrimos,
y con el aire ensimismados
nos quedamos algo fríos.
El crepúsculo de acercaba
y en la fortaleza me encontré,
pegadito a mi amada
un recuerdo que quemé.
Ese día, largo día,
olvidarlo no podré,
ya que si por la noche no fue mía,
por la tarde, sin pensarlo, lo logré».

La noche estaba cayendo y a lo lejos escuché una voz, más bien un susurro. Mi cuerpo se enfrió repentinamente. Mi cara palideció y no pude articular palabra alguna. Ensordecido ante cualquier otro fragor, solo escuchaba la dulce voz de la que inconfundiblemente parecía ser mi amada.

—Amor mío, te quiero, no te olvido. Lucha, ten fuerza, persevera. La vida merece la pena.

Su voz quebradiza intuía dolor. Tal vez por lo que nos tocaba padecer. Esperaba que ella no estuviera sufriendo.

—No te vayas, amor.

Su perfume se olía perfectamente y su cuerpo translucido podía verse gracias a la torreta que tenía justo detrás.

—¿Cómo puedo pasar al otro lado? Quiero estar junto a ti.

—No te preocupes, estás a punto de hacerlo, solo tienes que luchar por la vida. Ayuda a salvar nuestro mundo.

Al despedirse sentí un pequeño halo de alegría en su cara, como si quedara en buenas manos, lo cual me reconfortó bastante.

Debió entrevistarse con el señor Connors, quizás le diera más instrucciones.

—¿Señor Connors?

La noche había caído completamente. El silencio se había apoderado de la fortaleza.

La increíble presencia nocturna de unos pájaros pechiazules y su canto adornaban la estancia. Sus colores centelleantes dibujados, sus ojos brillantes y su corretear por el suelo en busca de alimentos les daban aún más encanto si cabe.

El señor Connors no aparecía por ningún lado, lo que me animó a empujar la puerta de entrada del pasadizo. No costó nada abrirla. A lo lejos pude escuchar una conversación entre dos personas, en la que se advertía su voz. Todo se tornó en ilusión. Al aproximarme donde él se encontraba, aseguraba no haber estado hablando con nadie. No sabía si creerlo. Me ocultaba algo.

—He visto a Claud. Ha sido la experiencia más sobrecogedora y mística de mi vida.

—¿Te comentó algo del cometa? ¿Y de Nibiru?

—No, no me dijo nada. ¿Debía decirme algo al respecto? Solo me hizo saber que el momento estaba cerca. Me tranquilizó. Me pidió que luchara por la vida y por salvar al mundo. Tiene algo importante que contarme, ¿no es así?

—¡Efectivamente! Síntese. Esto que le voy a decir le puede afectar. Usted parece ser un hombre fuerte, con inmensas ganas de ayudar a los demás. Por esta razón es uno de los elegidos.

—¿Elegido?

—Sí, ya se lo dije, para salvar a la especie.

—No entiendo. ¿Y qué tiene que ver en todo esto Claud?

—Esa es la parte más interesante y difícil de entender. Claud realmente no está muerta. Se encuentra redefinida.

—¿Redefinida? ¿Y eso qué quiere decir?

—Muy sencillo: está en otro plano. Mentalmente ha sido preparada para asumir que en el universo no estamos solos. Ha sido presentada ante la Inteligencia Suprema y se le ha nombrado, junto a otras pocas personas, embajadora en la tierra para explicar al mundo lo que se aproxima. Nuestra especie está en peligro. Nibiru, Elenin y el sol, todo está interrelacionado. El fin está en camino. Sin embargo no todo está perdido. Hoy me ha comunicado que soy el guardián de esta fortaleza, construida en la época musulmana y que servirá como refugio. Estar perdido aquí me ha limitado las posibilidades de negarme. Según me ha explicado, mi cerebro fue borrado de recuerdos e imágenes. Mi vida debía cambiar por completo. He entendido perfectamente mi labor. Si me ha sido confiada por el Creador, no pondré ningún reparo para desarrollarla.

—¿Y por qué Claud? ¿Por qué me separaron de ella?

—No se le separó, todo lo contrario, siempre ha estado presente en su vida. Mantuvieron vivo el recuerdo, su olor, su presencia. Nunca la habías perdido, ¿verdad?

—Así es. Me ocurre casi a diario. En mi cama, en la calle, allá donde vaya la tengo presente.

—Ahora tu ayuda es imprescindible, en el mundo de Nibiru y en tu mundo.

—No entiendo nada. ¿Nibiru no era un planeta que fue descubierto hace muchos años por los sumerios?

—Cierto. Es un planeta con una actividad motora artificial. Su acercamiento a la tierra tiene un fin específico: salvar a la humanidad de la posible influencia negativa del cometa Elenin. El cometa que por culpa de nuestro sol y sus eclosiones ha sido puesto en la trayectoria del planeta tierra. Nibiru significa «lugar de transición», es solo eso realmente, una estancia que nos permitirá, en caso de no conseguir salvar al planeta, albergar a la totalidad de la población. Es el planeta X. El décimo planeta para entendernos. Ni Sedna ni ningún otro podrán quitarle su merecido puesto que le fue otorgado por esa civilización. Parece ser que en nuestro orden los mandatarios de los países conocen la existencia de Nibiru desde 1984, coincidiendo con el estudio realizado tras el lanzamiento de un satélite-telescopio infrarrojo, el IRAS. Se detectaron fuentes infrarrojas de origen desconocido. Su tamaño es de dos tercios el de la tierra, pero con una gran capacidad para albergar a toda la población porque no tiene tantos océanos.

Pensé que no era conveniente hablarle del señor Lomas, lo obvié en mi conversación. Cuál fue mi sorpresa cuando me insinuó que todo lo que habíamos hablado no podía saberlo el señor Lomas. La estupefacción se reflejó en mi cara y me encontraba ávido de recibir una explicación, aunque ya ninguna resultaría razonable.

—¿De qué conoce usted al señor Lomas?

—El señor Lomas pertenece al Gobierno y será el encargado de poner en marcha, en paralelo, el plan de emergencia terrenal. Él no debe saber que existe una alternativa. Lo que yo le he explicado se llevará a cabo desde arriba. Nuestro planeta sí podrá aguantar el desastre, sus habitantes no. Por eso necesitamos que un sector de la población quede en él para volver a reflotarlo. Lo hará en refugios. Ellos no sabrán que el resto serán ascendidos, de lo contrario no lucharían hasta el final para refugiarse junto a los escogidos. Comunicar la catástrofe a los ciudadanos será labor nuestra, se hará con la ayuda de los gobiernos. Es necesaria. Su mujer será participe.

—Señor Connors, supongo que entonces sabe que Lomas contactó conmigo para diseñar el mapa de los bunkers existentes en la ciudad.

—Sí, lo sé. Ese es el precio que tienen que pagar aquellos cuyas amistades intuyeron lucrativos negocios bajo el auspicio de los desesperados. Ustedes vendían la quimérica salvación y ahora lo van a hacer de verdad.

—¿Dice que Claud será la embajadora? —le pregunté ansioso.

El señor Lomas me hizo saber que sería un personaje público famoso, el señor Prats.

—Sí, correcto, él será el entrevistador y Claud acompañará a un ser supremo, a uno de los igigis, una de las deidades menores de Nibiru, para que se encargue de explicar el futuro que nos espera si permanecemos en la tierra. Nos dará una alternativa con imágenes del nuevo planeta. Es la única forma que tenemos de poder perpetuar la especie. Será una conjunción entre la especie humana y los habitantes de Nibiru. Unión entre el cielo y la tierra, Anu significa «cielo», Na es la conjunción «y» y Ki es «tierra». El papel que jugará Claud no es otro que darle dulzura a la noticia con su cara angelical, traduciendo las palabras del igigi. En sus ojos se transmitirá tranquilidad, paz y sosiego. Y lo que es más importante, amor, sobre todo amor, que es muy necesario.

—¿Debo seguir mi trabajo con el señor Lomas?

—Por supuesto, es primordial que todo esté coordinado. Es necesario que cualquier paso que dé el Gobierno sea conocido por nosotros. Salvo lo comentado anteriormente. Se ha pedido un

mayor grado de implicación de ciertos sectores militares que se mostraban reacios a que personal civil trabajara en el proyecto. Al final han claudicado.

Mi credulidad era la causante de que a veces me llamaran ingenuo. Lejos de verlo como un defecto, esta palabra, inteligentemente utilizada, me beneficiaría. Fiel a ella acaté sin pavor lo transmitido por el señor Connors. En espera de nuevas instrucciones, afligido de no poder ver nuevamente a Claud, abandoné la fortaleza.

Sin ningún género de dudas, me había encontrado con una doble misión encomendada por estamentos distintos: el Gobierno y, por qué no decirlo, la autoridad divina.

Era el momento de investigar un poco sobre el asunto. Desde mi teléfono recurrí a internet para buscar información sobre lo que el señor Connors me había advertido. Elenin y Nibiru me saturaban. Demasiada información en tan poco tiempo, era apabullante, bastante difícil de asimilar. Debía analizar todo lo oído.

CAPÍTULO UNDÉCIMO: MIRANDO AL CIELO

Las noches pasaron a ser menos frías. La gente paseaba por las calles. Un deseo irrefrenable de compartir lo que me estaba ocurriendo invadía mi cuerpo. No debía hacerlo. Supondría un signo de flaqueza por mi parte. Temía que alguien conocido se me acercara. Mi expresión lo decía todo. No tenía a nadie, ningún amigo. Añoraba esa amistad de la persona que, con gran complicidad, era capaz de advertir mis pesares con tan solo mirarme a los ojos. ¿Cómo se podía echar tanto de menos a alguien?

Recordando me vino a la cabeza la pobre Nora y la señora Leonor. No sabía con seguridad la época en la que vivían. Al ir con Pedro al restaurante habían pasado casi cuarenta años. Al volver todo estaba como antes, como el día que las conocí. Nora acababa de desaparecer y Leonor justo en ese momento había caído enferma.

Mi instinto despertó. Pensé que Leonor debía seguir viva. Debía buscarla. Si ayer estaba en su casa, en el restaurante, ¿por qué no debía estarlo hoy?

Quizás no fuera sensato ahondar demasiado en esta historia, pero su imbricación resultaba cuanto menos singular.

Corría un gran riesgo. Achacarme la desaparición de Nora sería injusto. Solo hacía falta que me identificara alguien de la Luna Azul. Incluso el mismo recepcionista del hotel. Sabían de sobra que estuve con ella esa noche.

La extravagancia del asunto y mi curiosidad pudieron conmigo. La historia de su amiga perdida, la habitación del hotel, las palabras de Claud. Estaba en presencia de una revelación en manos de esta ninfa perdida.

Los acontecimientos habían borrado mi reloj del tiempo. Vagaba calle adentro. A medida que avanzaba las casas se tornaban en apariencia mucho más cuidadas. Viviendas antiguas, resplandecientes, ataviadas con farolas en sus fachadas y plantas en sus barandillas. Los coches seguían en sus mismos emplazamientos, con la observación de que parecían más antiguos. Referían a un pasado de la infancia. La gente continuaba caminando por el Paseo de Reding como si nada fuera con ellos. Algo me decía que debía alejarme de allí. La antigua aldaba de la puerta presagiaba, desde un inicio, malos augurios y mi mente se inclinaba por salir corriendo. Así lo hice, solté mi mano de ella y sin tocar en la puerta me alejé.

Caminé hacia la playa donde, sentado junto a la orilla del mar, recordé momentos pasados. Un pequeño oleaje cubría el mar. La luna por desgracia no se reflejaba en el agua, aun estando en pleno esplendor. El color grisáceo permitía observar con una simple mirada los enormes cráteres. Reflejaban dolor por el daño recibido al impactar en ella meteoritos, satélites y demás objetos. La luna y el hombre cuán parecidos son. Ahí está, impasible. Siempre aparece de forma incomprensible, a veces por el día y casi siempre por la noche. Testigo de nuestras vidas. Capaz de mostrar todo su sufrimiento, llevándolo consigo por donde asome. Expectante a lo que pudiera caerle encima. A pesar de ello siempre se levantaba, aun estando dolorida, para iluminar la noche y darle sentido al día.

A Claud nunca le gustó mirar al cielo por la noche. Por el contrario, yo siempre fui un enamorado de las noches estrelladas. La veía como una bóveda enigmática sobre nuestras cabezas.

Recuerdo un fin de semana que nos escapamos a la blanca localidad de Frigiliana. Allí pasé

una de las veladas más bellas de mi vida. Los dos, juntos, observando el firmamento. No podía creérmelo. La noche no presentaba ni una sola nube. Se podían ver todas las constelaciones, al igual que los planetas Venus y Marte.

—¿Estás viendo? —dijo Claud.

—Sí, ya veo que estás asombrada.

—La verdad es que es precioso. Nunca había imaginado que el silencio de la noche pudiera decirnos tantas cosas.

—Veo que captas la esencia —le aseguré orgulloso de estar junto a ella.

Se rió enérgicamente, abrazándome por los hombros.

La Casa María II, así se llamaba nuestra gran mansión. La habíamos alquilado para disfrutar del fin de semana. A pesar de tener tantas comodidades, no dejaba de tener el encanto rural que buscábamos para esos días. Barbacoa, piscina, esta tal vez innecesaria. Por el agua tan gélida que tenía ni la usamos.

Lo más importante y valorado de la estancia fue su inmensa terraza en la parte superior de la casa. Nos permitió disfrutar del momento más romántico del fin de semana. Ningún obstáculo para ver claramente el cielo, los dos juntos. Ni una sola pérgola. Había dos incómodas tumbonas de plástico blancas, con las colchonetas un tanto mojadas. No dudamos en posicionarlas mirando hacia el noroeste.

—¿Nos tumbamos? Será lo más cómodo.

Y así lo hicimos, juntamos las dos tumbonas, como si de una cama se tratara y, acercando nuestras manos el uno al otro, una vez unidas, yo de la derecha y ella de la izquierda, nos dejamos llevar por el inmenso camino del cosmos. Allí estaba mirándonos, mirándole. Inmersos en una realidad que ni los grandes pensadores como Thales o Heráclito, a pesar de haberse comprometido a ello, pudieron darle una explicación racional.

—Esto solo tiene sentido —le decía a Claud— si existe un Dios. Esta inmensidad está ahí para nosotros, porque tal vez nos la merezcamos. Su belleza es para observarla, pero piensa, ¿por qué nos la regaló el Creador? Para compartir su benevolencia con nosotros. ¿Sabes que algunos científicos creen que la tierra se creó por un estallido?

—Claro —dijo Claud—, tan inculta no soy. La teoría del Big Bang.

—Así es. Creen que hace trece mil millones de años tuvo lugar la gran explosión. Los científicos basan todas sus teorías en una cuestión de espacio tiempo. Fíjate lo ilusos que pueden parecer. ¿De una mínima materia, un pequeño átomo, iba a crearse esto? Aun siendo así, pienso que alguien habría creado ese átomo, ¿verdad?

—Pues sí.

—Date cuenta lo fácil que es creer en Dios.

—A ver si vemos un bólido.

—¿Un qué? —preguntó extrañada.

—Un bólido. Es el término eufemístico que se utiliza para aludir a los objetos no identificados. Posiblemente cometas que atraviesan la inmensidad de la galaxia. Dicen que en noches como estas se ven muchos. Es muy fácil diferenciarlos de los aviones. Estos van por debajo de los doce mil metros, lo cual hace que se distingan bien.

No tardó mucho en llegar el momento. Sus manos apretaron las mías por un pequeño impulso nervioso. Allí estaba, atravesando el cielo estrellado, delante de nuestras cabezas, ante la incrédula mirada de mi amor, observando una de esas discretas luces con forma de estrella. Caminaba de norte a oeste dejando una semiestela grabada en nuestras retinas.

—¿Has visto esa estrella? ¡Esa sí que no puede ser un avión! — exclamó emocionada.

—¡No! Está claro, imposible.

—Tal vez sea un satélite —quiso creer.

—Puede ser, aunque va demasiado rápido. Lo suficiente para que en dos minutos atravesara de un lado a otro el firmamento.

Su mano se agarró, aún más si cabe, a la mía. Tras sentir un enorme frío su cuerpo, falto de prendas de vestir que le reservaran del mismo, le obligó a bajar las escaleras de la terraza, sin otra esperanza que dejar en su mente el recuerdo de todo lo que había acontecido esa noche delante de sus ojos.

«Abrumada mi mente

la encontraba al soñar,

ausente, ausente, ausente,

despertando del letargo.

Lejos, muy lejos del camino

desperté por el sonido rudo

que la hizo estallar,

esa ovación es de un cobarde

que desea escapar,

tras tanto camino

e imágenes que recordar.

Hace falta algún tiempo,

algún tiempo de más,

que si el camino se alarga

hasta aquí llegará.

Auguro alegría,

alegría sin más,

olvidando lo pasado,

observando a mi amada.

El recuerdo me viene,

hoy me vuelve a aflorar.

Ese día te quise

como nunca jamás».

La arena cayó encima de mis piernas, desvaneciéndose de mi mente esos recuerdos. Seguía junto a la orilla del mar. Un jovial perro, que jugaba con su dueño en la playa, fue el causante de mi vuelta a la realidad. Su cola la movía hacia los lados. Su lengua, por el cansancio de correr, jadeaba haciendo un sórdido y fulgurante sonido.

—Perdone señor, —exclamó respetuosamente el dueño del can.

—No se preocupe, es solo un perro. Me gustan los perros —le contesté.

Me quité disimuladamente la arena del pantalón y me alcé prácticamente de un solo salto. Lo que provocó que el animal creyera que jugaba con él, lanzándose nuevamente hacia mí. «Para eso estaba yo, para juegos», pensé. La vida de por sí es un juego que a veces lo tenemos perdido. Espero que no sea el caso.

Recuerdo otro día, en aquel mismo lugar, tendido en la arena, con mi amada cerca de mí. No olvidaré nunca lo pasado junto a ella, allí, cerca del mar. El recuerdo me vuelve a brillar, aquel día la quise, la amé como nunca jamás.

—¿Ves la estrella de la noche? —Apuntando al lugar y señalándola le dije—: Pues la segunda está al llegar.

<<Así fue, sin remilgos, la estrella iluminó, al parecer los destellos que su amado le dio. Los sueños son largos y difíciles de borrar. Hasta que duren, si son eternos, yo sabré aguantar>>.

CAPÍTULO DUODÉCIMO: LA HUÍDA

Aquella noche no soñé con Claud. Mis miedos me hicieron sentir una premonición. Intuí algo horrible. No había tiempo para contemplaciones. Me daban ganas de dejar todo a un lado. Deseaba salir corriendo, perderme de vista. Escapar de mis miedos sería lo más coherente. Todo lo acontecido resultaba ser bastante inverosímil. En un estado de máxima cordura, pensando que me podía librar de esta demencia, relegué toda mi inocencia, la dejé a un lado, influenciado ante todo por la creencia firme de que mi amada había muerto y que ni nada, ni nadie la traería de nuevo conmigo. Tenía claro que debía salir huyendo, escaparía de esa quimera.

Desperté con todas las dudas del mundo. Unas dudas que cuestionaban lo que había vivido días atrás. Esas ansiadas apariciones de Claud, el cometido asignado por el señor Lomas, el viaje interestelar, Connors... Esa sensación de que me había engañado con otro me atormentaba.

Debía lanzarme a la búsqueda de mi propia verdad, aquella que no afectase a mi vida, a mis sentimientos y a mi deseo de vivir. Debía reinventarme. No daría ni un paso atrás. Empezaría de cero. Saldría de ese letargo causado por el fallecimiento de Claud. Sería lo mejor. Iniciaría nuevamente mi vida, por desgracia ahora sin ella.

—Hola, señora Mar.

En la biblioteca la funcionaria continuaba en su puesto. Lo evidente lo daba por hecho. Me tocaba pasar un mal rato. No había devuelto el libro que tenía prestado por unos días. Lo que no me esperaba, bajo ningún concepto, fue su respuesta.

—Pablo, ¡qué alegría me da!

Su voz quebradiza, a la par que cansada, se entremezclaba entre las lágrimas que le caían como a una niña perdida que acababa de encontrar a su madre.

—Lo siento, señora Mar, no me acordé de traerlo antes. Le daré mi carnet para que me lo retire. Sancióneme, no tengo problema en que lo haga. Es lo justo. Pero no se enfurezca conmigo, por favor.

—No se mofe, usted sabe que no es por eso por lo que sollozo. Sabe que todos los que le conocemos le dábamos por muerto —decía mientras me tocaba la cara con sus ásperas manos.

—¡Vaya con mi fallecimiento! Todo el mundo se afana en creer que he fenecido. Pero si al final todo el que me encuentra se dirige a mí como a una persona normal. O estoy vivo o soy un fantasma. ¿Es que a nadie le asustan los espectros? ¡Estoy muy vivo, que lo sepáis! Perdone que me ponga así, pero es que a veces hasta yo empiezo a creérmelo.

—Lo siento, no puede ser. ¿Es que íbamos a estar todos confundidos? Tenemos una amiga en común, la señora Leonor, que vive cerca mía, en el Paseo de Sancha. Ella me comentó incluso que asistió a tu entierro.

—¿De quién me habla, señora Mar?

—De Leonor, la dueña del que fue uno de los mejores y más afamados restaurantes de nuestra ciudad, años atrás. El Rincón de Nora. Ella dijo ser su amiga.

Llegado a este punto desconocía lo que formaba parte de la realidad y lo que no. Esta era un tanto difusa. Mentalmente se me complicaba todo. Con urgencia necesitaba acudir a un profesional para que me arreglara la cabeza. No sé en qué momento de toda esta historia había comenzado a soñar despierto. Deseaba que aumentara la posibilidad de que lo vivido estos días fuera incierto. Buscaría el camino para encontrar mi propia verdad. Me inundaba un desmesurado deseo de

olvidarme de los bunkers, del cometa, de las emanaciones solares, de Nibiru y del puñetero nuevo orden mundial. Prefería no saber nada o por lo menos vivir en la ignorancia.

—Gracias, señora Mar, ha sido muy amable y cariñosa conmigo. Gracias a usted he sabido recapacitar y ordenar mi cabeza. ¿Me puede decir dónde está la sección de libros de viajes?

—Es usted incansable. Tendré que hacerle un nuevo carnet ya que este —realizando la voz—, como sabe, está anulado.

—No, no se preocupe, no va a hacer falta. Solo voy a realizar una consulta. Va siendo hora de realizar algún viaje para despejarme un poco. Quizás me sirva para practicar la lengua inglesa, mi asignatura pendiente. Gracias nuevamente, ha sido un placer volver a verla. Hasta siempre.

—Espero poder verle pronto por aquí.

Con la edad que tenía sería imposible. Debía estar fuera varios años para olvidar. Mi mente así lo requería. Para esa fecha solo Dios sabría dónde se encontraría.

La vida me enseñó a ser precavido. La decisión ya estaba tomada. Tenía el convencimiento de que nada de esto había ocurrido, aun así no podía dejar de estar alerta. No busqué a Connors, ni a Lomas, por el momento tampoco tuve fuerzas para contactar con mi amigo Pedro. Simplemente huí.

Algo debía marcar mi destino. Necesitaba una señal. Busqué un país y una ciudad donde poder escapar. Liberarme de los recuerdos. Con el tiempo perdí una gran virtud: la de serenarme y abstraerme conmigo mismo. Esa capacidad de evadirme del momento para lograr un objetivo único: sentirme bien con la mente y con el cuerpo a la vez. Lograría mi objetivo.

Me senté en una mesa de la parte superior de la biblioteca. Las estanterías estaban llenas de referencias. Ningún libro, por sí solo, me llamaba la atención, cuanto menos un número de referencia. Por esta razón esperé absorto pensando y recordando hasta la última palabra oída en este último mes. Claud me había susurrado a veces en sueños. «Puedes hacerlo, pasa al otro lado, tu mente es muy poderosa. Desarróllala y me tendrás otra vez junto a ti». Escaparía con lo puesto.

Málaga tiene uno de los aeropuertos internacionales con más movimiento del país. Comprando un solo billete, mi futuro comenzaría a aclararse. Haría desaparecer la pistola que me proporcionó el señor Lomas. Con la poca cordura que me quedaba negaría de forma rotunda todo lo que había acontecido. Lo olvidaría, empezaría una nueva vida.

Los libros de viajes parecían tener una esencia distinta. Sus pastas tan coloridas, siempre azuladas, influenciadas sobre todo por el color del cielo y del mar, evocaban momentos de ensueño. Libros grandes pero a la vez fácilmente manejables. La intención: demostrar que son sueños que están al alcance de todos. Viajes por Europa, por el Océano Pacífico, por el otro continente. Buscaba algo lejano, pero a la vez cómodo, sin escalas. Algún destino que tuviera vuelo directo. Estados Unidos siempre me había llamado la atención. Tras ahondar en la sección correspondiente, jugué con el destino nuevamente pensando en el número que me había acompañado toda la vida en mi mente, el cuarenta y cuatro. Sorprendentemente lo había llevado siempre junto a mí. Mi número de colegiado, el número de la Seguridad Social y un largo etcétera lo contenía. El cuarenta y cuatro presidente de los EE. UU., Barack Obama. Casualidades de la vida, delante mía, la referencia cuarenta y cuatro, Denver: Colorado.

Las imágenes de la portada me recordaban a las películas del Oeste. Evocaba el momento en que una diligencia hacía un alto en el camino para cruzar un río de aguas tranquilas. Un paisaje verde donde los haya, coronado por unas montañas con doble cima y forma piramidal. Un precioso lugar que rezumaba una tranquilidad que se reflejaba en el agua. En su interior no había colinas. Sí un gran cielo azulado, edificios, rascacielos, parques, jardines, un estadio de fútbol y

mucha nieve. Todo unido lo convertían en una estancia apetecible y perfecta para evadirme.

Necesitaba rapidez, no podía titubear. Cualquier otro indicio sobre la veracidad de lo acontecido me haría cambiar de opinión. La señora Mar casi lo consigue hablándome de doña Leonor. Sería estúpido pensarlo.

Debía hacerme fotos para renovar de forma urgente mi pasaporte en la Comisaría Provincial. Tiré la pistola en un contenedor de basura.

Con la excusa de haberlo perdido y de un inminente viaje, el subinspector de Policía dispuso de forma urgente mi documentación.

—¿Dónde va a viajar usted? —preguntó con curiosidad el agente.

—A Denver, Colorado.

—¡Ah, Denver! ¿Sabía usted que allí hay un aeropuerto internacional y que tenemos vuelo directo desde Málaga?

Sin género de duda lo desconocía. Su pertinaz pregunta no era más que por conocer si era real esa urgencia que tenía por viajar. Al fin y al cabo nos estábamos saltando todo el protocolo de espera para hacer un pasaporte.

—Sí, por supuesto. Tengo previsto salir hoy mismo.

—Pues que tenga usted un buen viaje.

Al guardar el pasaporte me di cuenta de que en el bolsillo interior de mi chaqueta se encontraba otro documento. No recordaba haber metido nada allí. Era mi pasaporte interestelar. El que me dio el señor Morrow. Hallazgo inesperado que ponía otra vez en duda mi recelo sobre lo acontecido. Lo guardé y cogí un taxi con destino al aeropuerto de Málaga. Desde el aeropuerto llamé a mi amigo Pedro, saltó el contestador, por lo que le dejé un escueto mensaje <<viajo de forma inesperada a EE.UU. A Denver, Colorado. Nos vemos pronto>>.

El día se había tornado lluvioso. Bastante triste. Una sola mirada atrás bastaría para cambiar de opinión. Algo me decía que debía dejar todo a un lado. Todo menos el agradable recuerdo de Claud. Este siempre lo llevaría junto a mí. Es parte de mi vida. Nunca podré olvidar esa conjunción de mentes y cuerpos que nos unieron.

Turistas con maletas, a punto de reventar por lo llenas que estaban, arribaban a nuestra insigne ciudad repleta de encantos, aunque todos un tanto perdidos por la grandiosidad del aeropuerto. Los taxis no paraban de salir hacia esos destinos de la provincia tan deseados: Marbella, Estepona, Benalmádena, Nerja. Los agentes turoperadores con carteles en la mano anunciaban esos nombres impronunciados. Es lo que me esperaba a partir de ahora. Pasaría por un simple turista en tierra desconocida.

Jamás olvidaré el poco interés mostrado por mis profesores de inglés para enseñarme el idioma. Ahora lo achacaba a ellos injustamente. Seguramente no fueran malos en esa labor de enseñanza. Como se suele decir en nuestra ciudad, mi inglés era de los montes. No obstante pensé que no tendría problema para desenvolverme, aunque solo fuera mediante mensajes de signos, como los niños.

La compañía Delta Airlines tenía un vuelo directo a Denver a las diecinueve treinta y cinco. Gracias a Dios, esa misma tarde partiría. El *jet lag* podría conmigo, seguro. Nada me esperaba allí, ni trabajo, ni familia, ni amigos.

Empezar una nueva vida era mi cometido. Lo que me iba a deparar la vida solo Dios lo sabía. Deseaba vivir sin problemas existenciales. Esperaba olvidar mi pequeña locura. Esa locura que me había invadido durante estos últimos días. Anhelaba que fuera transitoria.

—Señor, ¿lleva usted equipaje?

—¡No! Voy con lo puesto.

La amable señorita puso cara de sorpresa. No pasó lo mismo con el guardia civil que se encontraba a su lado. Me miró de arriba abajo como si fuera un delincuente, procediendo a un leve cacheo. No debía ser muy habitual ver cómo alguien cruza el charco sin nada de equipaje. Sería un viaje largo y tedioso, por lo que compré algún libro en el Duty Free para amenizarlo, así como alguna chocolatina Toblerone.

Vuelo MH370, un avión transoceánico, con unas dimensiones asombrosas. Disponía de tres filas de asientos con uno central para cuatro personas. Los dos laterales, de tres asientos cada uno, pegados a las ventanillas, parecían ser los más solicitados. La suerte me hizo caer en uno de ellos, con ventanilla en el lateral derecho, justo en la parte delantera de las alas del aparato. Además de no sufrir tanto las turbulencias, podría ir divisando el paisaje siempre que la altura y la luz del sol lo permitieran.

El destino hizo que me sentara solo. A pesar de querer huir de todo no me hubiera importado sentarme al lado de algún pasajero, al objeto de poder entablar alguna agradable conversación. Por suerte, en el asiento delantero dos chicas extranjeras, que debían rondar los veinticinco años, asombradas por tantas vivencias en nuestro país, charlaban y reían contando sus batallitas de su viaje a Marbella. Esa magnífica ciudad donde los foráneos poblaron sus calles convirtiéndola en uno de los emplazamientos más cosmopolita del mundo. Lugar privilegiado donde los haya. Su clima, beneficiado por la acción protectora de su montaña, Sierra Blanca, la hacían única. Todo en ella, para mí, era belleza. Sus playas, el encanto personal de sus habitantes que, por desgracia, quedaron arruinados por la nefasta actuación de los políticos de turno. En definitiva, todos sus pobladores, desde los fenicios, los romanos, hasta los paleocristianos, supieron apreciar su gran potencial. El turismo y la industria predominaban en esa excepcional tierra.

Las turistas no cesaron de contar historias, lo cual me vino bien para dos cosas: primera distraerme holgadamente y segunda refrescar el mínimo inglés del que era sabedor.

—¿Desea usted algún periódico, señor? Tenemos el *Diario Sur*, el *ABC*, *El Mundo*, el *Denver Post*, el *Herald Tribune*, el *New York Times*, *Tepix*... ¿Cuál le apetece?

—El *Diario Sur* por supuesto, alguno que sea de la localidad de Denver y otro nacional americano, por favor, el que tengan.

—Tenga usted también, el *New York Times*, el *Denver Post* y el diario *Tepix*. Que tenga un vuelo agradable.

Nunca pude entender el poder tan mediático que tenía el fútbol español en el resto del mundo y menos en EE. UU. Un magnífico reportaje del increíble partido del Málaga contra el Real Madrid se encontraba en la portada del *New York Times*. Destacaban en primera página las palabras de Cristiano Ronaldo apostilladas tras sus tres goles. Me hicieron reflexionar: «Lo verdaderamente importante es que hemos ganado, con o sin mis goles. Hicimos un fantástico primer tiempo, probablemente los mejores minutos jugados esta temporada».

Mi segundo tiempo estaba por llegar. ¿O tal vez no? Siempre me quedaría esa duda. No podía dejar vencer a mi mente, probablemente enferma. Mis sentimientos jamás se perderían y la falta de influjo externo borraría todos mis recuerdos. Viajar lejos no era algo caprichoso. Era necesario que nadie me conociera. En Denver pasaría desapercibido.

En el avión la comida era horrible, como de costumbre. Auguraba que en cuestiones culinarias no sería tan afortunado como en España. Echaría de menos las paellas y el pescaito frito de Casa Pedro.

Desconocía cuál iba a ser a partir de ahora mi forma de vida. Subsistir empezando de cero no sería nada fácil. No estaría de más indagar la manera de ganarme la vida. El idioma y las homologaciones del título dificultarían que trabajara como letrado hasta dentro de tres o cuatro

años, como mínimo. Lo más fácil y ameno sería montar un restaurante de comida española en el centro de la ciudad de Denver. Tal vez no hubiera muchos en esa zona. Será un éxito. Paellas, tortillas de todo tipo, jamón, queso y buen vino. Todos los manjares que dejaba atrás debían seguir formando parte de mi vida. Solo me haría falta un nombre y dinero. Eso es, capital, lo más importante después de una gran idea para poder emprender un negocio.

En EE.UU. también se encontraban inmersos en la crisis, con lo cual ninguna entidad bancaria prestaría dinero a un recién llegado a su país. Ahora solo quedaba el ingenio, el patrocinio o el mecenazgo.

—Señor, ¿desea usted algún refresco?

—No, gracias, me apetece un licor. ¿Tiene alguna ginebra?

—Sí, por supuesto. Pero sepa usted que tiene un coste adicional. Los refrescos, zumos y batidos son cortesía de la compañía.

—No se preocupe. Sírvame un *gin-tonic*, por favor.

Al abrir la cartera para buscar un billete cambió mi semblante. Una carcajada que debió escucharse hasta la cabina del piloto coincidió con una turbulencia que sufrió el aparato. Mi cara entre alegre y lacrimosa no podía creer lo que estaba viendo. Se trataba del señor Levio.

Por un valor de cincuenta millones de euros, guardado en el interior de mi cartera, se encontraba entremezclado con los billetes de veinte su pagaré. Un pagaré emitido por el Banco Merix con suficiente dinero para no tener que trabajar durante toda la vida.

A pesar de la alegría, significaba dar un paso hacia atrás. Volvía a una realidad lacerante para mi mente. ¿Para qué iba a necesitar ese dinero conociendo los designios que nos podían esperar? Prefería no creer. ¿Y si realmente todo fuera verdad? Una dicotomía entre realidad o ficción de la que yo solo sabría salir con mi incredulidad, con mi amor a la vida, mezclando momentos de locura y cordura.

Mi mente estaba serena, sabiendo que solo parte de lo ocurrido podía ser cierto. ¿Sería el resto producto de mi locura? Quería creer y a su vez no hacerlo. Mi sensatez luchaba contra la falta de lucidez, mi alma estaba libre de cualquier remordimiento.

No podía ser uno de los elegidos para salvar el mundo. Lo enmarcaría como el camino que sirvió para reencontrarme con Claud. Fue un regalo de unos minutos que afortunadamente disfruté sobrecogido por la congoja y la zozobra, disfrutándolo desde lo más profundo de mi corazón. Sirvió para que mi corazón volviera a palpar, alterando el ritmo de mis pulsaciones de por vida.

Escéptico, incrédulo, egoísta tal vez. Sobre todo tenía miedo a creer en esa verdad. Ahora jamás la conocería.

—Señor, tenga su bebida.

—Muchas gracias.

Me tomé tres más durante las siguientes dos horas, lo que provocó en mí un estado de embriaguez de tal calibre que hasta me costaba poder incorporarme. Hice ademán de levantarme agarrando el reposacabezas del asiento delantero con la mala suerte de enganchar, aunque de manera suave, la rubia melena de la señorita que estaba sentada delante.

Sin pensarlo me salieron las disculpas en inglés:

—*Sorry*.

Con un inglés con marcado acento americano me contestó la señorita, destacando su forma amable, para que no me angustiara.

—No me ha dolido, no se preocupe.

—Lamento las molestias. ¿Habla usted castellano?

—Sí, un poquito. Prefiero hablar español, me trae muy buenos recuerdos de mi viaje.

Las palabras apenas salían de mi boca y si lo hacían era balbuceando o un tanto trapajoso, por lo que preferí seguir hablando en inglés sin ningún tipo de resquemor.

—¿Está bien? —preguntó la señorita.

—¿Cómo? le respondí asombrado.

Debía estar bastante perjudicado.

—¿Si se encuentra bien?

—Sí, sí, no se preocupe.

Caminé tambaleándome hacia el aseo. El sistema de apertura de la puerta parecía un tanto complicado. No observaba ninguna manivela. Un pequeño círculo rojo advertía que se encontraba ocupado. Una fatalidad para mí, porque siempre me había caracterizado por orinar todo aquello que bebía. Motivo por el cual casi nunca me emborrachaba. Ya iba siendo hora de hacerlo. Golpeé la puerta varias veces. Los aseos eran de uso común para hombres y mujeres.

—Por fin —dijo saliendo del aseo un señor—. Llevo cinco minutos intentando que desaparezca el humo de este habitáculo. No era capaz de conseguirlo. Ya sabe, desde que prohibieron fumar en los aviones, los fumadores somos unos auténticos sufridores.

—Ya, lo sé, pero en los vuelos transoceánicos existen asientos habilitados al efecto.

—Sí, pero son mucho más caros.

«Cara, la suya», es lo que pensé. Por supuesto, por prudencia, no lo expresé en alto. Aparte, por educación hacia un señor mayor. Debía tener unos setenta años.

—Pase, pase.

—Sí, claro, usted lo ve muy fácil —dije ofuscado.

Esperé un par de minutos con la puerta totalmente abierta, para que lo formado por este señor se disipara velozmente. Mi actitud llamó la atención de la azafata que muy amablemente me comunicó que allí no se podía fumar. Son los pecados que uno tiene que pagar ante circunstancias tan evidentes como la presente. Una vez más la realidad era incierta. A este hecho no le debía dar mayor importancia.

—¡No! ¡Está equivocada! ¡Yo no fui! Solo estaba intentando hacer que se esfumara este olor a tabaco.

—Perdone, señor.

—No se preocupe, a veces uno debe arreglar los fallos de los demás aun no siendo el causante.

De vuelta a mi asiento, a las chicas de delante pareció agradecerles mi compañía. Por lo que de forma espontánea iniciaron una sorprendente y apetecible conversación culinaria conmigo.

—¿Ha visto qué plato de comida más bueno nos han puesto?

Ante ese comentario de la chica quedé reconfortado al ser conocedor de lo fácil que lo iba a tener para ganarme la vida en Denver.

—Sabíamos que la comida española era buena, pero después de este viaje ninguna nos parecerá mejor —afirmó la rubia de ojos azules.

—Mi nombre es Pablo. ¿Y vosotras? ¿Cómo os llamáis?

—Yo Kisiah.

—Y yo Natalie.

—Son nombres preciosos —respondí por cumplido.

—Perdone la indiscreción, pero ¿a qué se dedica?

—Yo soy abogado y cocinero.

—Fantástica dualidad. ¿Y cómo la compagina?

—En la primera etapa de mi vida fui abogado y en la segunda cocinero.

—¡Qué alegría! Supongo que se encuentra en la segunda.

—Así es, en lo mejor de la segunda. Voy a montar un restaurante en Denver.

—Perfecto. Nos encantaría poder ir a probar sus delicias culinarias.

Volvieron a sentarse en su asiento por el efecto de otra gran turbulencia.

Tan lejos y tan cerca. Recuerdo aquella primera etapa de mi vida como si fuese ayer. Realmente fue ayer. Reminiscencias que invadían mi cuerpo. Pasaban delante de mí todas las imágenes que habían acontecido junto a Claud. El recuerdo siempre será más fuerte que el olvido. Mi capacidad cognitiva haría bastante fácil la continuación del camino. Por lo menos me ayudaría. Impávida se encontraba mi mente y con un claro desasosiego admiraba sin pestañear, delante de mí, todo lo que dejaba atrás.

El avión continuaba su marcha. Mi vida sin rumbo parecía guiada por una fuerza superior a la conocida. Un pequeño vaivén ladeaba la aeronave de vez en cuando. Un baile producido por las desagradables turbulencias. Aunque no llegaban a horrorizar.

Las chicas de delante no cejaron en su empeño de demostrar que sus vacaciones habían significado su paso al tren del deseo. Con gran ahínco quedaron rendidas a Morfeo, dejando las aguas del océano tranquilas. Lo cual supuso un enorme descanso para el pasaje y en especial para mí, que anhelaba calma, calma en mi espíritu y en mi mente.

Con esa serenidad, algo extraña, noté estar en un trance. Comencé a soñar. Al segundo despertaba. Eran momentos lúcidos. Más desdeñaba lo que era sueño, para sentirlo falsamente como realidad. Eran instantes de unos diez minutos en los que me encontraba con gente que ya no estaban en mi vida o que no se encontraban en el avión. Mi madre una de ellas, con su dulce y protectora mirada, supo darme en todo momento tiernos consejos. Todos ellos anacrónicos. Por el significado de los mismos debían ser de mi época de escolar. No era capaz de ver con claridad las estancias de los encuentros, estaban muy borrosas. Empero las palabras, el tacto de sus manos al tocarme y la sensibilidad de sus labios al besarme los sentía tiernamente.

—¿Has desayunado? Perderás de nuevo el autobús como no corras. Ya sabes que hoy no te podrá llevar tu padre como no llegues.

—Mamá, pero si no encuentro mis zapatillas de deporte. ¿Dónde están?

—Las tiré ayer. Estaban totalmente destrozadas. Pensé que hoy no tendrías deporte. Iba a comprarte unas esta tarde.

—Sí tengo. Además hay un partido muy importante.

Rompí a llorar como un niño y muy a lo lejos, al final de un pasillo —realmente parecía mi casa—, creí escuchar la voz de mi padre que decía:

—Hijo, no te preocupes, yo te compro unas.

Nunca dudé de sus palabras y de la generosidad de sus acciones. Mi padre siempre se desvivía por ayudar a las personas. Era una de sus grandes virtudes. ¿Cómo no lo iba a hacer también con su hijo?

—Antes de que el autobús llegue a la última parada de la carretera nacional, antes de subir la montaña tendrás unas zapatillas.

No hizo falta que le dijera el número de pie. La hora parecía no importarle. Los comercios abrían a las nueve de la mañana, algunos a las diez. Normalmente el autobús que me trasladaba al colegio partía a las ocho cuarenta y cinco. Solo le importaba una cosa: conseguir la enorme satisfacción de ser un gran padre para su hijo. Y lo fue. Baste recordar estos pequeños e innumerables detalles, aunque solo fuera en sueños.

Las zapatillas llegaron a tiempo. Por suerte, en la siguiente parada pasaron por la pequeña rendija de la ventana del autobús, que a duras penas conseguí abrir. Entraron con dificultad, aunque no se dañaron. Todo aquello que se proponía mi padre lo conseguía. Era un ejemplo a

seguir. Tenía una inteligencia emocional superior a la de los demás. Capaz de poner a todos en su sitio sin necesidad de que nadie se sintiera ofendido con una simple mirada. Vulnerable ante las injusticias, como el que más, era incapaz de no ayudar a pobres, desamparados y personas que sufrieran.

Creí estar despierto, pero ¡no! El avión, en esencia, era el mismo. Las azafatas se encontraban hablando en el fondo, al lado de la cortinilla, cerca de la cabina del piloto. Algo me hacía sospechar que seguía soñando. A mi lado había un señor de aspecto extraño. Sus ojos brillaban más de lo normal. Por momentos se volvían translúcidos. En esos intervalos de tiempo podía observar el horror en sus ojos. Reflejaban sufrimiento. No quería volver a mirarlo, debía despertar rápidamente, mas no podía. Mis párpados no se levantaban por mucho que lo intentara, mi calma se apagaba. Luchaba por blandir mi cuerpo. El cinturón de seguridad no me lo permitía. Cuando creí haber despertado, seguía soñando. Esta vez las azafatas no se encontraban en el mismo sitio. El señor de los ojos lúgubres por suerte tampoco. A pesar de ello esa tranquilidad no era suficiente, mi gran deseo era despertar. No lo lograba. La enorme indiferencia mostrada por todo aquel que se encontraba alrededor mío presuponía normalidad, aunque yo, en mi semiinconsciencia, sabía que no era así. Buscaba cualquier indicio, aunque no fuera bueno, de mi realidad. La gente parecía vestir de otra forma. Sus ropas no se correspondían con el atuendo que llevaban anteriormente. Intuía un uniforme escolar de color gris y burdeos. Sus caras me eran familiares, mis compañeros de colegio. Todos estaban allí. La nube que borraba toda mi visión se hacía cada vez menos espesa y mi sueño ahora era más cálido. La intemporalidad había desaparecido.

—¿Ves qué zapatillas más chulas le ha traído su padre? —le decía Toni a Alejandro.

—Cómo se nota —respondió escuetamente.

Respuesta llena de interrogantes. Así es. Tenía mucho alcance. Primero amor, amor por el prójimo. Mi padre, ferviente católico, llevaba a la práctica esta virtud, aplicándola en su máxima expresión. Por otro lado, superación. Ese instinto por dar a sus hijos todo aquello que a él le costó ganar inconmensurablemente de joven. Muy entendible para personas que vivieron la posguerra. Por último, generosidad. Con su gesto, para nada oneroso, se había ganado un lugar en mi corazón de niño, ahora en mi entendimiento de adulto.

Solo pude decir dos palabras a mis amigos: lo siento. Me salió del alma. Una disculpa por una doble realidad latente. Un súbito alejamiento imprevisto a causa de lo impertérrito que te vuelve la vida. O tal vez les pidiera perdón en sueños por no haber podido ayudar a salvarles de la futura e imprevisible hecatombe.

Una gran turbulencia, entiendo que provocada por el desplazamiento de masas de aire, hizo que el avión cayera de golpe aproximadamente cien metros. Todos los pasajeros quedamos suspendidos por unos segundos en el aire. Gracias a Dios, y al previo aviso de las señales, sujetos por el cinturón. Por lo que quedamos a salvo de inusitados golpes en nuestras cabezas.

Los uniformes escolares se habían disipado y el entorno volvía a su origen. Una enorme luz resplandeció en la noche. El océano se veía perfectamente a lo lejos con una simple mirada. Las turbulencias volvieron, moviendo ahora el avión en sentido contrario. Subió de golpe, como un elevador, esta vez con cierta pérdida del control de la nave. Las maletas caían encima de las personas, quedando muchos inmóviles, aferrados a ellas, para no perder sus pertenencias.

Tras el zarandeo, las mascarillas de oxígeno saltaron y las azafatas, dando el primer paso hacia su posible salvación, situaron las mismas en sus fosas nasales sin terminar de ponérselas para seguir dando instrucciones. Todos las imitamos. Sus bocas enmudecieron, no volvieron a articular palabra alguna. La gente comenzó a gritar y el sonido ensordecedor, probablemente de las turbinas

del avión, dejó de sonar, escuchándose solo la caída del avión cortando el viento.

Todo estaba predestinado, moriría en un avión. Resurgió ese miedo que Claud tenía a volar. Yo por el contrario lo había perdido. En ese momento, rezando y con los ojos semicerrados, la advertí a mi lado. Sentía su perfume. Ante la posibilidad de que no fuera real, preferí no abrir los ojos por si se disipaba. Estaba junto a mí, era su voz, sus palabras de ánimo me reconfortaban a medida que el aeroplano se desplomaba en caída libre, su cariño rezumaba en el ambiente. Me susurraba al oído:

—No te preocupes, amor, todo irá bien, lo estás consiguiendo, el camino que llevas es tu salvación y la de todos los que tienes cerca. De toda la humanidad. Todas estas personas no fallecerán. Tú eres uno de los elegidos. No sufras, sé inteligente y confía en tu instinto. Lo estás haciendo muy bien.

Estaba desconcertado, mi vida corría serio peligro. Allí estaba mi Claud diciéndome que me salvaría. Su perfume se tornó embriagador y caí nuevamente en semiinconsciencia, como si estuviera drogado. Una sensación de felicidad entró en mi cuerpo, iluminando una luz intensa mi alma. Dejó una puerta abierta para cerrar el largo camino de la vida. Me negué rotundamente, echando la mirada atrás, luchando por correr en sentido contrario. La luz se apagó y enfundado en un estrecho sillón de aeroplano quedé a la intemperie sujeto por el cinturón. El avión debió hacerse pedazos al chocar con el agua. No noté ni un solo rasguño. Mojado hasta la cabeza pude coger el salvavidas que se encontraba enganchado en la parte baja del asiento. La imposibilidad de ver el alcance de lo ocurrido o de ayudar a algún que otro superviviente me sobrecogía. El asiento flotaba. Por suerte, el respaldo se encontraba enderezado, me mantenía erguido y a salvo.

Caí en la más enérgica de mis apoplejías, tal vez ahora de forma provocada.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO: EL RESCATE

—Señor, señor, ¿se encuentra usted bien?

Con un marcado acento americano, lo que parecía ser un marinero me hablaba, aproximándose poco a poco al lugar donde me encontraba. La distancia y el entumecimiento limitaron más detalle.

—¿Sabe lo que ha pasado?

—Sí, sí, —le contesté serenamente.

Caí desmayado nuevamente.

Me encontré postrado en una cama, en un lugar desconocido para mí. Posiblemente, por los evidentes detalles que se contemplaban, un hospital militar.

—Le hemos encontrado flotando en el Golfo de México. Ha sido una de las víctimas del accidente del vuelo MH 370 con destino a Denver, Colorado.

—¿Cuándo me recogieron?

—Hace ya tres días. La US Army lleva desde entonces buscando más supervivientes en el mismo lugar que le encontramos. Por el momento no hemos hallado ningún cuerpo más. Viajaban junto a usted doscientas cincuenta y siete personas que desafortunadamente han desaparecido.

—Señor, ¿es usted médico?

—Sí —contestó claramente con rotunda seguridad. Médico militar de la Armada Americana, desde el año 1947. Inicié mi carrera en Nuevo México. Imagínese todo lo que ha acontecido desde entonces.

—Su experiencia nadie se la discute. Le voy a hacer una pregunta, si me lo permite. ¿Qué edad tiene? Aparenta ser más joven. Si lleva más de sesenta años de profesión, como mínimo debe tener ochenta y dos años, ¿me equivoco?

—Totalmente —respondió nuevamente de forma categórica—. No debe hacer tantas preguntas, si no quiere que le volvamos a dejar en el océano. De momento usted está a salvo en este portaaviones. ¿Tiene hambre? ¿Se encuentra bien para poder comer algo?

—¿Físicamente estoy en buenas condiciones? —le pregunté con cierto miedo e indefensión.

—Sí, perfectamente, no tenía ni un solo rasguño cuando le encontramos. Fue un milagro, parecía recién salido del *finger* del avión, en la misma terminal. Solo estaba un poco mojado y con algo de hipotermia. Por suerte, el Canal de Yucatán frena un poco las temperaturas.

—Me deja más tranquilo. ¿Y mis pertenencias?

—Solo tenía una chaqueta puesta, una camisa y un pantalón. Y si lo pregunta por su cartera, también se encontraba intacta, nadie la ha tocado. La debe tener junto a la cama, dentro del cajón, al lado de sus dos pasaportes. Por cierto, nos sorprendió mucho que tuviera el pasaporte interestelar, con lo cual aquí es bienvenido.

—¿Qué quiere decir, doctor?

—No se haga usted el necio. Viajaba a Denver para lo que todos sabemos.

—¿Cómo? ¿Qué sabemos?

Aun pareciendo ingenuo, y a pesar de haber perdido todo el eslabón de la cadena, pensé que algo volvía a cuadrar con mi historia.

Buscaba la cartera. No se encontraba donde decía haberla dejado.

—¿En qué lugar está? No la veo.

—Es verdad, no está. La habrá guardado el capitán. Por cierto, le espera para cenar a las

veintiuna horas. Está deseoso de poder entablar una amena conversación con usted.

—Pienso que no aportaré demasiado a sus expectativas —articulé levemente, casi sin que me escuchara.

—¿Qué dice?

—¡No, nada! Que estaré encantado de hacerle compañía. Además tengo bastante hambre.

El ruido provocado por los aviones y helicópteros aterrizando se hacía ensordecedor. El camarote cimbrecaba en toda su estancia. La vibración del aparataje sanitario se escuchaba como el choque de una campanilla en un vaso. Las paredes se encontraban repletas de detalles de la Armada. Me llamó la atención que la lengua oficial fuera el castellano. Todo se apreciaba escrito en nuestra lengua. Parecía ser un barco de mi país.

Me incorporé acercándome a dos cuadros llamativos, pegados el uno junto al otro. En realidad se trataba de dos insignias de la Armada. En una de ellas se podía leer: «No hay quinta mala, Quinta Escuadrilla». Seguramente tendría gran significado. El dibujo representaba, de forma cómica si cabe, un burro volando con alas, como si hubiera sido dibujado por un niño. La otra, un tanto más solemne, mezclaba un águila y una gaviota que portaba un número nueve entre sus garras, observándose la proa de un buque de fondo, cerca de la arena de una playa. Un lema la coronaba: «Supra marem et terram», entiendo que «Por encima del mar y de la tierra». Un buque lustroso que reflejaba estrellas, impoluto, navegando muy cerca de la orilla. Tal vez el buque que me salvó la vida o quizás no. Según el doctor, lo hizo un barco americano. Esperaría a despejar dudas en la cena con el capitán.

Al fondo, cerca del ojo de buey, se divisaba un cuadro de la Virgen de Fátima. Haciendo una sentida genuflexión me santigué, dándole las gracias por haber mediado en mi salvación.

—Buenas noches, caballero. Le da la bienvenida el comandante del portaaviones Príncipe del Turia, comandante Romel.

Aunque sé que no le conozco en las mejores circunstancias, quiero expresarle mi más sincera complacencia durante su estancia en nuestra nave. Entiendo que no está pasando por buenos momentos. Ha sufrido un terrible accidente, pero usted es una persona con suerte, ha sido capaz de sobrevivir a una catástrofe aérea y de eso no puede presumir cualquiera.

—Gracias. En lo que pueda ser de utilidad para esclarecer lo ocurrido...

—No, no se preocupe, no habrá investigación alguna. Señor, las razones del accidente están bastante claras, nadie duda de ellas. Otra cosa es lo que se quiera transmitir a la opinión pública.

—¿Me puede decir algo más, señor capitán?

—Creo que sabe más de lo que aparenta y si no ¿por qué iba a llevar un pasaporte interestelar? Se dirigía a Denver, ¿no es así? Por cierto, aquí lo tiene.

Sacó mi cartera junto a los dos pasaportes de su cazadora, poniéndolos encima de la mesa.

—Gracias. Qué manía tienen todos con Denver. ¿Qué ocurre allí? Todo el mundo me habla de Denver, el doctor, usted... Otra pregunta: si el doctor es americano, ¿qué hace en un portaaviones español?

—El doctor es nuestro enlace con la Armada Americana. Verá, el doctor Williams se jubiló hace ya veinte años. Fue entonces cuando nos lo cedieron como miembro de honor de la Armada Española. Todo fue extraoficialmente. Nos ha sido de gran utilidad y creo que ahora nos puede ser mucho más. Es un baluarte para nuestra salvación. Él conoce mejor que nadie la historia de aquellos acontecimientos que cambiaron la estrategia militar mundial en los años 60. Tenga en cuenta que en periodo de guerras las diferencias políticas entre los aliados y los rusos propiciaron un tenso escenario en el mundo. La guerra fría y la carrera armamentística hicieron que muchas apariciones de patillos volantes fueran atribuidas a las armas secretas de los rusos. Esa fue una

de las labores del doctor William.

—Sí, así es, señor capitán —se escuchó por detrás con su pronunciado acento americano—. Pero fue tarea fácil, esa velocidad y capacidad de trayectoria de vuelo de esos objetos nunca me hicieron dudar de su procedencia. No podían ser aparatos fabricados por los rusos. Era una tecnología desconocida en la tierra.

—Por favor, doctor, siéntese. Comenzaremos a cenar, ya estamos todos.

—Tuvo usted suerte —apuntó el doctor.

—Sí, mucha, confío enormemente en Dios y creo que esta vez me ha ayudado. Y Claud, por supuesto.

—¿Qué quiere decir? —expresó sorprendido el capitán.

—Nada, nada —contesté.

La pregunta quedó en eso.

—A finales de los años 40, concretamente en el 47, horas antes del suceso de Roswell, un E-54 del Ejército de EE. UU., en medio de un vuelo nocturno, desde las Bermudas a Miami, desapareció en el océano. La búsqueda fue iniciada por los militares. Yo era, en aquel entonces, un recién alistado. Acababa de terminar la carrera de Medicina y decidí continuar la especialización como médico de la Armada. En esa fecha no tenía todavía acceso a todas estas cuestiones. Afortunadamente para mí, la investigación del caso concreto se le encomendó a una persona de la que yo fui subordinado directo, el capitán Darden. Después de toda la investigación la nave y la tripulación se dio por perdida. Lo raro del asunto fue que un mes antes otro avión de similares características también había desaparecido de forma misteriosa en la zona de Mont Rainer. Nunca jamás en la historia americana, salvando los periodos de guerra, habían ocurrido hechos similares. El caso es que días atrás algunos compañeros militares, pilotos profesionales, todos ellos con expedientes inmaculados, pudieron observar en sus vuelos naves con forma cilíndrica que, apostadas junto a sus aeronaves, permanecían siempre en formación —continuaba explicando detenidamente—. El concepto de defensa cambió de golpe y cuando ocurrió el accidente de Roswell, mi capitán, el capitán Darden, fue asignado directamente a la investigación de lo ocurrido. Por suerte, o tal vez por desgracia, yo me encontraba allí como su asistente. Ayudé al doctor White, que en paz descansa, a realizar la tan afamada autopsia del cadáver en las instalaciones de Forth Worth, lugar dónde involuntariamente se exhibió al mundo el ser venido del espacio. Por supuesto, antes de que saliera a la luz en los años noventa, se negaron todos los hechos. La traición de un trabajador de la empresa funeraria y de una enfermera que formó parte del equipo, revelaron el secreto a la opinión pública. El servicio secreto supo callar sus bocas. Ya me entiende.

—¡No! No le entiendo. ¿Por qué ese afán por ocultar todo?

—Muy sencillo. Piense por un solo momento lo que supondría para la economía de un país el que se conociera toda la verdad. Fue un primer contacto, una llamada de atención a los jefes de Gobierno. La condición humana, siempre falta de principios, truncó cualquier contacto directo con los alienígenas. Solo hubo un intento de hacerlo por parte de uno de ellos, JFK. Os podéis imaginar lo que ocurrió. Con eso os digo todo.

—¿Y qué ha hecho cambiar ahora de parecer?

—La inminencia de los acontecimientos y, cómo no, la benevolencia a la hora de transmitirnos las órdenes desde arriba. Ellos quieren ayudarnos. Nos dan un ultimátum, su intención es rescatarnos, a cuantos más mejor y a los que no que se puedan trasladar a otro planeta cercano al nuestro. Hay miles de planetas con condiciones idóneas para la vida.

—Nibiru uno de ellos, ¿verdad?

Y sorprendido por mi pregunta, quedó absorto en su mundo, tranquilo de que le entendiera. Continuó saboreando las ambrosias que nos habían puesto en la mesa.

—Señores, si no les importa, yo me voy a descansar. Espero órdenes expresas con el fin de poder conocer cuál será mi futuro. Mañana será otro día.

Jamás supe comprender hasta qué punto la mente humana puede quedar bloqueada. Últimamente lo estaba experimentando bastante.

Volvía a sentirme en una luctuosa nube. Un espeso y lamentable celaje mental se había instalado en mi capacidad de discernimiento. No era precisamente el paradigma de bienhechor, valedor de la salvación de la especie humana. Me estaba planteando hasta la posibilidad de tirarme por la borda. Subir a la proa del navío no sería nada difícil. En cuestión de minutos todo esto se acabaría.

Pero la vida tiene más valor que un mero pensamiento suicida. Tal vez mi destino fuera ayudar a la gente. Claud siempre decía que yo tenía un espíritu misionero, lo cual, de ser cierto, aunque quedara feo admitirlo, me honraba especialmente. La capacidad de una persona a la hora de discernir cuando actúa de forma correcta o por mero egoísmo, queda bastante en entredicho. Darlo todo por los demás está reñido con el disfrute de uno mismo. El sufrimiento en esos momentos ha de ser compartido y si se entrega todo de forma gratuita es justo el poder unirse a su satisfacción. Por el contrario, si se hace para cumplir con una obligación o con tu conciencia es como si no se realizara.

Debía volver a identificarme con mi cometido. ¿Cómo volvería a coger el carro? Sería difícil no hacerlo. Si me evadía me considerarían un desertor.

Bien entrada la noche, mi único afán era conciliar el sueño. Llevaba horas dándole vueltas a la cabeza y a la estrecha cama del camarote hospital.

La estancia se encontraba casi vacía y lo único que me proporcionaba tranquilidad era que el barco continuaba navegando rumbo a algún lugar desconocido. Mi entrecortado descanso se vio interrumpido en multitud de ocasiones. Me produjo más cansancio mental si cabe. Pasaban las horas. Por desgracia los pensamientos suicidas volvían a repetirse. Jamás hubiera creído que algo así pudiera ocurrirme. Toda mi fe, mis creencias habían caído por la borda. En mi interior había quedado un gran vacío difícilmente superable.

A lo lejos, en el testero del camarote, junto al ojo de buey, brillaba la imagen de la Virgen en la oscuridad. Se advertía su rostro de mujer que se iluminaba poco a poco al reflejarle la luz de la luna. El vaivén del barco provocaba un efecto oscilante que producía una sensación de aparición mariana. Al escorar el barco la imagen volvió a iluminarse. Mi credulidad no necesitaba buscarle una explicación. La oscuridad en el camarote se hizo presente y la imagen volvió a iluminar la habitación a pesar de no ser luminiscente. Comencé a rezar fervientemente, como antaño lo hacía, tirándome de rodillas hasta el punto de quedarme clavado y dañarme levemente las piernas. Me postré ante sus pies.

—Bendita tú eres, Señora, entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.

No acertaba a articular palabra. El esplendor de la amable figura continuaba iluminando la estancia. Me infundía inmensa tranquilidad en mi alma. Podía sentir también la presencia de Claud junto a mí. Percibí nuevamente su esencia que impregnaba mis recuerdos. El presente era lo que ahora importaba. Desconocía el alcance de mi vesania. Suponía que su objetivo era reconfortarme. Lo estaba consiguiendo hasta el punto de hacerme sentir con fuerzas para continuar la marcha.

El barco seguía su rumbo. Mi mente anhelaba frenarlo, pero era imposible. La fuerza de las olas hacía tambalear nuevamente el instrumental médico. Mi cuerpo se movía sin control de un

lado para otro, como una marioneta. No quería dejarlo abandonado a la suerte por temor a hacerme daño, por eso me aferré a mi oración. Decidí actuar. Depuse mi inhóspita actitud ante los acontecimientos, trazando una inmensa línea de separación entre la realidad y la ficción. Con la cabeza bien fría y la mente ya despejada entendí cuál era mi designio: debía ayudar a salvar a la especie humana. La imagen se apagó.

Aparté la cortina que tapaba la segunda ventana. Pude divisar un movimiento exagerado de las aguas. Las olas caminaban en sentido inverso, como mis recuerdos. A lo lejos podía entrever la costa. Llegábamos a puerto. Según la ubicación que el capitán había referido, podía tratarse perfectamente de San Diego. Algunos decían que era la mejor ciudad de América.

—Buenos días —irrumpió el capitán—. Estamos llegando a puerto. ¿Ha dormido usted bien?

Por su cara le extrañó que la pregunta la dejara sin respuesta.

—Vaya preparando y recogiendo sus pertenencias.

A pesar de llevar solo lo puesto miré alrededor de la habitación por si había dejado alguna pertenencia. Encima de la mesita, justo al lado de la cama, ahora sí, encontré mi cartera. Cogí la chaqueta y junto al capitán subí las escaleras que llevaban hacia la cubierta.

—¿Ve usted ese puerto? Es el de San Diego. En él se encuentra la mayor flota naval que existe en el mundo. El superportaviones Nimitz (CVN-68), el Ronald Reagan (CVN-76), así como otros cuantos submarinos nucleares.

Uniéndose al grupo, el doctor exclamó:

—Aquí es donde, de joven, me alisté a la Marina.

—¿Qué papel tengo en esta historia? —pregunté.

—Mucho, hijo, mucho. España, nuestra tierra, tiene un gran valor histórico para esta ciudad. Antiguamente se llamaba San Miguel. Se lo puso Sebastián Vizcaíno, un cartógrafo español de principios del siglo XVII que tenía un trabajo encomendado en la alta California. Fue conocida por los europeos allá por el año 1542, cuando una expedición liderada por D. Juan Gutiérrez de la Concha, ascendiente suyo, descubrió esta tierra.

—¿Está usted seguro de eso? ¿Ascendiente mío?

—Déjeme que siga. California estaba dentro del virreinato de la Nueva España. Los indígenas del pueblo Nipaguay nunca estuvieron muy conformes con esta hazaña y provocaron más de un enfrentamiento. Sin embargo, al final la primera misión de la alta California, la de San Diego de Alcalá, se consiguió fundar satisfactoriamente. ¿Le suena Fray Junípero Serra?

—¡Sí! Sí, un fraile verdad, muy conocido en España.

—Fraile franciscano, para ser más exacto. Su asentamiento prosperó. Pasaron los años y México le arrebató el control teniendo plena independencia. Poco a poco fue perdiendo estatus y a finales de 1830 dejó de ser una ciudad. Tras la guerra el México estadounidense pasó a manos del pueblo americano, cambiándole el nombre. Lo llamaron Condado de San Diego.

—¿Y por qué se vino aquí la Armada?

—Dicen que por el establecimiento de una base naval que aprovisionaría de carbón a los buques. Pero no es así. Estratégicamente está situada en un punto muy cercano a nuestro destino, Denver, ¿entiende ahora? Bueno, en breve atracaremos. Hasta mañana a las once y treinta y cinco de la mañana podrá hacer lo que desee. A esa hora tiene que estar en la estación naval de San Diego C/32, desde allí saldrá nuestro helicóptero con destino a Denver. Espero que no falte a su cita. Nos será de gran ayuda.

—Gracias. Por cierto, ¿me permiten una pregunta tonta?

—Claro, cómo no.

—¿Están abiertos hoy los comercios?

—Si lo dice para poder cobrar su pagaré, no pierda usted el tiempo. Ningún banco le dará tanto dinero en efectivo.

—Gracias nuevamente por el consejo.

«Usaré lo imprescindible y el resto lo mantendré a buen recaudo», exclamé.

—Nos vemos mañana.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO: EL REENCUENTRO

Depositar el pagaré en el banco sería una insensatez, podría perder el dinero en su totalidad. El sistema bancario y financiero, dado los acontecimientos venideros, se hundiría irremediablemente. Sin embargo, en situaciones de emergencia, de alguna moneda de cambio nos habríamos de servir.

Me vino a la cabeza el origen de los pueblos americanos, al que estaba muy acostumbrado por las películas del oeste. La fiebre del oro significó un fenómeno social en EE. UU., haciendo que emigraran multitud de personas a California desde el resto de ciudades americanas, incluso desde otros países.

Comprar oro sería una opción a tener en cuenta. Tendría mucho valor después de la hecatombe. Debía asegurar la inversión y a la vez ser práctico. Sin embargo el oro pesaría mucho para poder acarrearlo conmigo. Tal vez bienes tangibles de menor peso. Los diamantes de gran pureza valdrían. Necesitaba actuar rápidamente. Hablar con la entidad bancaria para que me facilitara dinero líquido o incluso preparar el endoso del pagaré para hacer la transacción. Era una imperiosa necesidad.

Afortunadamente en San Diego la mayor parte de la población hablaba castellano, permitiéndome por este motivo comunicarme con mayor facilidad y soltura. En el primer banco que encontré cambié a dólares el dinero que llevaba encima. Aunque para poder cobrar el pagaré necesitaba coger un taxi. Con facilidad me llevaría a una oficina de la entidad emisora. Buscaría también una empresa seria de compraventa de diamantes. Me haría con una gran cantidad de ellos. Podría llevarlos a cualquier lado comprándome una mochila.

No me encontraba excesivamente cansado. Aun así debía reservar una habitación de hotel para ese día. Alguno que tuviera una gran habitación, lujosa y confortable. En fin, debía disfrutar al máximo por lo que pudiera pasar. El taxi me acercaría al más adecuado.

—Taxi.

—*Hello*, señor.

—Hola, buenos días. ¿Habla usted castellano?

—Sí, cómo no, aquí lo habla casi todo el mundo. Además, mis abuelos eran de Córdoba.

Su acento mexicano delataba que su origen no era europeo.

—¡Ah! es un placer, Córdoba es una gran ciudad. Yo soy de Málaga.

—Me han dicho que es encantadora.

—Sí, lo es.

—Y Marabella...

Me hizo reír a carcajadas.

—Se refiere usted a Marbella.

—Sí, eso, Marbella. Bonita ciudad. Antonio Banderas veranea allí, ¿verdad? Un día llevé en el taxi a Antonio y su señora. Por aquel entonces trabajaba en Miami. Lo recuerdo perfectamente, 21 de julio de 2011. El recibía un premio Supernova en la Gala de los Premios de la Juventud. Realmente fue un reconocimiento a su trayectoria como actor. Lo recogí en la puerta de su hotel.

—¿Sí?

—Bueno, perdone. ¿Dónde le llevo?

—Necesito que me lleve al mejor hotel de la ciudad.

—OK, perfecto, déjelo en mis manos.

—Gracias.

—Antonio me comentó que vivió en Málaga junto a sus padres, pero actualmente veraneaba en Marbella, lugar que adoraba, por cierto. Mire la foto que nos hicimos juntos. Fue muy simpático, en cuanto le dije que era descendiente de cordobeses se volcó conmigo. Su mujer fue más introvertida.

—Muy bonita la foto —le aseveré por cumplido.

—Ahí lo tiene, el hotel Le Grand Blue, un cinco estrellas.

—Perfecto, muchísimas gracias, es magnífico. Espero que las habitaciones no cuesten más de cien dólares.

Al decirlo medio riendo encajó bien el chiste, por lo que contestó de forma cariñosa con un «muchas gracias, señor», por supuesto, después de dejarle una formidable propina.

Doscientas cuarenta y nueve habitaciones de puro lujo con *spa*, campo de golf, sauna, baño turco y gimnasio. Magnífico para unas vacaciones. No era mi interés.

La habitación se encontraba totalmente enmoquetada. Las paredes empapeladas con rayas anchas de color ocre evidenciaban sentida opulencia. La cama de madera, con un tamaño de dos por dos metros, daba la sensación de ser muy cómoda. Fue lo primero que hice, tirarme de cabeza a ella. Había un arcón tapizado a rayas, a juego con las paredes, y una manta de cuadros a mis pies. Al fondo un balcón con vistas al campo de golf. Seguramente perfecto para otro momento. Quizás me hubiera bastado con algo más urbano. No debía mirar más hacia atrás.

Llamé a recepción y pregunté por la posibilidad de comprarme un Smartphone en uno de los comercios del hotel, remitiéndome a un lugar llamado Marlows, no muy lejano al complejo. Aunque al registrarme creí ver una sala de internet, muy cerca de recepción. Consultando, The Diamond Connection parecía ser la mejor referencia que encontré. Apunté la dirección y salí directamente del hotel. Joyas y diamantes, justo lo que necesitaba, algo de valor y liviano para transportar. Primero debía acercarme al banco.

—¿Otra vez usted aquí?

Nada más abrir la puerta del taxi escuché nuevamente su voz. Se trataba del mismo taxista.

—¡Cómo no! Me alegro volver a verle.

Me sorprendí por la casualidad. Lo explicó la costumbre que tenían de esperar en el lugar donde dejaban su servicio anterior, máxime cuando me había parado en la puerta de Le Grand Blue, según parecía, un lugar emblemático de la ciudad.

—¿Ahora dónde le llevo?

—¿Conoce una Joyería que se llama Diamond Connection?

—Sí, por supuesto, no es muy complicado llegar allí.

—También me gustaría saber si cerca hay alguna sucursal del Banco Merix.

—Tiene suerte, hay una justo detrás de la calle.

—Pues si puede dejarme allí, en su puerta, se lo agradecería. Aunque pensándolo mejor, antes necesitaría ir a algún centro comercial para comprarme un par de cosas. ¿Hay alguno cerca?

—No lo dude, Santa Elena está en la misma calle.

Necesitaba comprarme una maleta de mano y el Smartphone. Tal vez fuera más útil una mochila deportiva, algo informal, pero suficientemente práctica. La necesitaba con distintos compartimentos.

—Me ha caído usted bien —le insinué.

—Gracias señor. En el fondo somos casi paisanos.

—¿Cómo se llama?

—Por favor, tutéeme. Mi nombre es Alberto, Alberto Santaollalla, español donde lo haya.

—Así es... —le dije con una sonrisa de oreja a oreja. Su acento mexicano me hacía gracia.

—Alberto, si no es mucha indiscreción preguntarte, ¿tienes hijos?

—Sí, tres. Miguel, Juan y Rodrigo.

—¿Y la niña?

—Por suerte viene en camino.

—¿Ah, sí? ¡Enhorabuena! En mi país, bueno, perdone, en nuestro país, sería familia numerosa de primera clase. Toda una rareza. Como sabrás, la media demográfica en España está en 1,3 niños.

—Es una gloria bendita el tener una familia así. Fíjese, cuando llego a casa después de echar diez horas seguidas en el taxi, cojo fuerzas, desde lo más profundo de mi alma, para poder atender a mis niños. Todos menores de edad, seis, ocho y diez. Cada uno con su propio carácter y singularidad. Mi educación no me permite ser un padre despreocupado. Por lo que cuando vuelvo del trabajo, después de que hayan hecho las tareas del colegio, tomo el relevo a mi mujer y les llevo a un parque que hay muy cerca de mi casa, dentro de nuestro mismo residencial. Allí juegan hasta quedar agotados. Es paradójico, cuanto más juegan menos ganas tienen luego de irse a dormir. Al menos esa es nuestra sensación. Mi mujer y yo nunca encontramos tiempo para estar a solas. Eso sí, cuando se van a la cama, caen rendidos, totalmente entregados a Morfeo. ¿Tiene usted hijos?

Pensativo, tardé en responder...

—¡No! Por desgracia no nos dio tiempo. Mi mujer falleció antes de poder tenerlos.

—Lo siento mucho. Bueno, ¿y qué le trae por aquí?

—Trabajo. Mi empresa me ha encomendado un trabajo muy importante.

No sabía mentir, por eso la voz me temblaba.

—Debo llevarlo a cabo en Denver. En realidad no sé cuánto tiempo estaré.

—¿Y qué hace en San Diego?

—Partiré mañana temprano a Denver.

—¿Sabía que el aeropuerto de Denver está considerado por muchos como un santuario de los *illuminati*? Fíjese bien si va allí. Está lleno de simbología masónica y repleto de mensajes apocalípticos. Dicen que sus murales reflejan el ocultismo que prepara el nuevo orden mundial. Es el aeropuerto más grande de Estados Unidos. Imagínese, aquí en Denver. Según se cuenta movieron más de ciento diez millones de yardas cúbicas de tierra para su construcción. Algo inimaginable que hace pensar a los conspiranoicos que en sus bajos se construyó una ciudad subterránea de dimensiones desconocidas, con el objetivo de albergar a cierta población escogida para emprender la nueva era de la civilización. ¿No irá usted allí?

—No, no diga tonterías. A mí me asustan esas cosas.

«En realidad, no sé ni a dónde me llevan», pensé en mi interior. Muy probablemente sería allí.

Compré un Smartphone de última generación con una línea 3G y una mochila de color oscuro, tipo surfero. Me sentí como un adolescente con su nuevo regalo.

Al margen de querer comprender la situación, mi mente no paraba de dar vueltas. Pensaba indiscriminadamente cuál iba a ser mi designio. Seguía soñando despierto con Claud. Me acordaba de sus cabellos, de sus ojos, de su enérgica mirada que desplazaba a un lado todo aquello que se interponía en su camino. Todo sin ella era inquietud. Mi vida ya no tenía sentido. Me sentía como el agua descontrolada de un río fluyendo por la vida. Más bien me estaba dejando llevar por ella. Mejor no intentar comprenderla.

Pensándolo serenamente, seguía teniendo una misión. Esta no se debía interponer a nada. Mi Claud necesitaba de mí y yo de ella. El sosiego que tenía para resolver las cuestiones del día a día

de forma satisfactoria era una de mis virtudes que Claud siempre había alabado. De lo cual yo me sentía orgulloso. Solo me quedaba una esperanza: volver a reencontrarme con ella. La esperanza era una llama que nunca se apagaría en mi corazón. La verde Esperanza. Aquella que iluminó y encumbró nuestro matrimonio en el altar. La que siempre nos acompañó durante los Jueves Santos. Esa Esperanza que, con fervor, los malagueños vitoreaban por las calles desde el mismo momento en que se abría la puerta de su Casa Hermandad. Nunca la apartaría de mi mente.

El afable taxista me dejó en la puerta del Banco Merix. Se lo agradecí nuevamente con una desmedida propina que le causó estupor y alegría a la vez. En esta ocasión pensando que serviría para algún capricho de sus hijos.

—Buenos días, señor.

—Hola, buenos días. Me gustaría hablar con el director de la oficina.

—Dígame, yo le puedo atender, soy el señor Denis, el subdirector. En este momento el director se encuentra ocupado.

—¿Está usted seguro? —le espeté dándole cierta importancia no acorde con mi personalidad, enseñándole a la vez el pagaré, obviamente sin llegar a soltarlo de las manos.

—No se preocupe señor —me suplicó—. Seguramente nuestro director podrá hacerle un hueco.

Pasados unos minutos divisé a un hombre de mediana edad que se aproximaba. Por su vestimenta debía ser el director del banco. Se acercaba por el patio colindante con semblante alegre, claramente advertido del hecho por su empleado.

—Perdone la espera, señor.

Me lanzó la mano con un gesto sagazmente estudiado, amigable, y mostrando cierta confianza. Me invitó a caminar por un pequeño corredor, nos desviamos hacia un patio de acentuado estilo mozárabe. Se trataba de una fiel reproducción del Patio de los Leones de la Alhambra de Granada. En la fuente, el agua brotaba igual que lo hacía el dinero que pasaba por allí. Salía y al final llegaba al mismo sitio. Si lo analizaba fríamente, por analogía, ese era el sentido del capitalismo. Dinero que fluía, se le daba el uso necesario y nuevamente volvía a su lugar. Por medio, siempre, había generado una riqueza de la que otros habían sabido aprovecharse. En el caso de la fuente, uno disfrutaba exclusivamente del espectáculo visual. Era la simpleza de todo aquello que no estaba concebido con el afán de lucrarse. Solo se enriquecía la vista. No era poco.

—Siéntese.

—Dispondrá de unos minutos para atenderme, ¿verdad?

—Por supuesto, señor, el tiempo que necesite, tenemos toda la mañana.

—Voy a serle franco —le dije sincerándome—. Estoy seguro de que la cantidad de dinero que se refleja en este pagaré no la tiene disponible en su caja para poder llevármela hoy. Aun así le quiero proponer algo.

—Me encanta la gente tan directa. Efectivamente, a nuestros clientes les pedimos un mínimo de veinticuatro horas para disposiciones elevadas.

—Si soy directo, perdone por mi osadía, pero necesito serlo. La premura es algo que valoro un montón en mi situación actual. Mañana a las once he de salir de viaje y necesito ese dinero. ¿A qué hora abren su banco?

—A las ocho de la mañana ya estamos funcionando de cara al público. Aunque eso es mucho dinero. No sé si lo podré tener en efectivo para esa hora. Espero que no le moleste lo que le voy a plantear. ¿No podríamos arreglarlo de alguna manera? Tal vez una imposición de gran parte del dinero a plazo fijo con un interés ventajoso o algún fondo de inversión de alta rentabilidad. ¿Y unas preferentes?

—Está de broma ¿no? No creo que me sirva para nada. Aunque dígame, ¿qué cantidad podría tener para mañana? Como le he dicho, le quiero proponer algo.

—El cincuenta por ciento de ese dinero, siempre que el resto quedara depositado en nuestra entidad, por medio de una cuenta que yo le abra.

—¡No! En una cuenta mía no. Le haré una oferta. Dígame el nombre de alguna asociación benéfica que sea titular de una cuenta en su banco.

—¿Cómo? —me miró fijamente sorprendido.

Se quedó totalmente absorto con lo que le había transmitido. Mostraba una mirada lejana, como queriendo recordar alguna y de ello dependiera su vida. Regresó al mundo de los mortales cuando moví deliberadamente mi silla de confidente hacia delante, en un gesto poco amable por mi parte, pero necesario.

—Caballero, en esta ciudad hay multitud de asociaciones benéficas. Sin embargo, tenemos la suerte de poder contar como cliente con la Asociación de lucha contra el cáncer.

Noté, por la sombra y el viento que desprendía al pasar, que algo se acercaba hacia mí. En realidad era una paloma de cuello verde y color gris. Se había introducido en la habitación. Iba caminando lentamente con un contoneo de cabeza muy característico de estos animales, de atrás para adelante. ¿O por qué no? De adelante hacia atrás.

El director se mostraba impasible, como si fuera habitual el tenerlas por allí pululando. Algo lógico, ya que la puerta, que se encontraba entreabierta, daba al patio nazarí.

—La Asociación de lucha contra el cáncer tiene actualmente una cuenta abierta que recauda fondos para un proyecto sobre la integración familiar en la enfermedad oncológica, en colaboración con la casa Ronald McDonald. Podría serle de mucha ayuda ese dinero. Se lo agradecerán eternamente.

—No se trata de recibir agradecimientos, eso lo dejaremos para otros con más ego. Por favor, disponga de la mitad del dinero en este mismo momento y hágales una transferencia anónima a su cuenta corriente.

Extrañado por las formas, se levantó repentinamente y me hizo saber que primero debían hacer unas comprobaciones de rigor en relación con el pagaré.

—¿Sabía usted que el señor Levio es nuestro mejor cliente? Con una llamada de nuestro subdirector bastará. Señor Denis, ¿podría verificar la veracidad de este pagaré?

—En un momento le confirmo. Hablaré con nuestro cliente — contestó el señor Denis tras entrar por la puerta.

A los cinco minutos Denis se acercó a mí susurrándome al oído.

—El Señor Levio ha quedado gratamente sorprendido de que estuviera en San Diego. Me ha transmitido sus felicitaciones. Al parecer, según me dijo, pronto se verán —aseveró mirando con gesto de asombro mutuo al director—. Por su parte le ha dado el visto bueno al pagaré. Todo correcto, señor director — exclamó enorgulleciéndose él mismo por el trabajo realizado.

Por la exquisita educación que me habían procurado mis padres, mi solidaridad con este tipo de asociaciones era infinita. Me ponía en la piel de esas familias con niños enfermos de cáncer. Como ejemplo, esos padres de Olguita, la chiquilla del hospital donde trabajaba Raúl Bertel, lo que estarían sufriendo... Sin embargo debía ser pragmático. Ser práctico en estos momentos era de lógica. De ser ciertos los acontecimientos venideros, ese dinero podría caer en saco roto. Si les donaba toda esa cantidad, en unos meses el dinero no les serviría para nada.

—¿No tendrá usted entre sus clientes también a algún comedor social?

«Serviría para alimentar a gran cantidad de personas hasta el final de los tiempos», pensé para mis adentros.

—Sí, señor —dijo el director—. Tenemos a los Ángeles de la Noche, el Comedor de la Esperanza y el de San Nicolás.

—Bien, perfecto. Pues si no le importa prefiero donárselo a partes iguales, que se ingrese también en esos comedores benéficos. Eso sí, que también sea una donación anónima.

—De acuerdo, el señor Denis hará las transferencias a las cuentas correspondientes y le dará un justificante de las mismas. En cuanto al resto del dinero en efectivo, mañana lo tendrá en billetes de mil dólares.

—Otra cosa. Le rogaría que en caja pudieran disponer hoy mismo de diez mil dólares en efectivo para mí. —Los necesitaría para mis gastos.

A los cinco minutos se acercó el señor Denis y, como buen empleado que cumple con su cometido, me hizo un comentario amable que me reconfortó enormemente.

—¿Sabe que con ese dinero los tres comedores tendrán para alimentar a sus usuarios durante algo más de diez años? Es usted una buena persona. Tenga claro que le estarán eternamente agradecidos. La Asociación de lucha contra el cáncer también hará un buen uso del mismo. Gracias.

—Espero que así sea —le respondí sin ánimo de vanagloriarme y con la esperanza de que lo terreno durara mucho tiempo.

—Tenga usted sus justificantes y los diez mil dólares en efectivo. Firmeme aquí.

—Mañana a primera hora nos vemos. Muchas gracias, señores.

El director del banco me acompañó hasta la puerta, hecho que por un momento me llegó a incomodar. Pensé que, aun estando en otro país, esto no lo hizo ningún director cuando tenía misérrima la cuenta. ¿Por qué ahora sí? Cosas de esta triste vida.

Es sabido que el negocio de las joyas a veces estaba unido al mercado ilegal. Las grandes firmas tenían que invertir en valores fiables con pocas fluctuaciones a la baja porque corrían mucho riesgo de perder su inversión. Por eso, las joyas eran para los inversores un bien tangible perfecto. Entrar por la puerta de un negocio como este suponía muchos prejuicios para el cliente. Para empezar lo menos duro: que te confundieran con un magnate de las finanzas que invierte en este tipo de bienes. O segundo, algo más fuerte: que fueras alguien que tratara de evadir capitales. En mi caso, ni una cosa ni otra. Exclusivamente quería cubrirme las espaldas ante la situación que se avecinaba.

En apariencia se intuía un negocio familiar, no en esencia. Marido y mujer despachaban en lo que evidenciaba ser el supermercado de las joyas. Grandes cajones transparentes salían de la parte baja del mostrador a un ritmo acelerado. Con una simple mirada de desaprobación del cliente volvían a su lugar de origen suavemente.

—Dígame, señor —exclamó refiriéndose a mí.

—Buenos días, le explico. Soy comerciante de joyas y me gustaría poder comprar unos diamantes para ofrecérselos a mis clientes.

Debía dar a entender que conocía el negocio de las joyas, entre otras razones para no incitar a que me engañaran.

—¿El aseo dónde se encuentra?

—Sí, señor. En la segunda puerta del fondo, a la derecha.

El Smartphone me iba a ser de utilidad. En tres minutos a lo sumo, entrando en internet, debía estudiarme todos los tipos de diamantes y aparentar ser un experto.

Claridad, color, corte, el tipo era evidente, brillante. La corona, el filetín, el culet, la tabla... Vaya nombres y todo expresado en tanto por ciento. Por último, peso o quilates, un quilate equivalía a doscientos miligramos. Necesitaría diamantes de dos quilates como mínimo. Internet

reflejaba acertadamente el precio medio de este tipo de diamantes.

—Dígame usted qué necesita.

—Querría diamantes de dos quilates, de gran claridad y buen corte.

—Bien, se los busco.

Agachó la cabeza y de entre los cajones sacó una cadena bastante grande con llaves de seguridad. Habría dicho que de no ser una joyería se trataba del Banco Nacional. Se alejó por la puerta trasera hacia una habitación con caja fuerte. Era una habitación acorazada. Consigo traje una cajonera doble de cuero marrón con seis compuertas cada una. Haciendo un gesto involuntario de detraimiento a otro cliente que pasaba por allí, transmitió inconscientemente la entidad de lo que allí guardaba. Me dio confianza y seguridad del valor que poseían.

A mi tranquilidad le sumé el hecho de que estuvieran tan resguardados en una caja acorazada. Los depositó encima del mostrador de cristales en un paño negro de fieltro que los envolvía. Y cogiendo una lupa con monóculo de encima de la mesa, me acercó uno de los brillantes a mi ojo derecho para que observara la calidad que tenía.

—Mire, Mire. Son perfectos. Obsérvelos.

Mi ignorancia era evidente. Confiaba en que no sería engañado por todos los indicios que había constatado. Al fin y al cabo, los había sacado de esa gran caja fuerte y no de los cajones del mostrador, debían tener gran valor.

Simulando ser conocedor de lo que trataba, cogí el monóculo, lo situé delante de mi ojo y girando sutilmente la pieza pude observar su buen corte y el fulgente color del mismo. Ahora solo quedaba pesarlos.

—¿Puede traer usted un peso?

Antes de que terminara de hablar sacó de debajo del mostrador una balanza similar a la que tenía en mi despacho. En este caso tres veces las dimensiones de la mía.

—Bien, perfecto, cuatrocientos miligramos, quizás fuese mejor un poco más gruesos. Pero no se preocupe. ¿Qué precio tiene la unidad?

—Al haber aumentado la demanda y bajado la oferta de este producto los precios han subido mucho.

—No hace falta que lo justifique, se de lo que me habla. ¿Qué precio tienen?

—¿Todos?

—Así es, todos.

Acercó la calculadora para hacer sus cuentas y, aproximándola temblorosamente a mi cara, no fue capaz de decirme la cantidad que en ella se reflejaba.

—Magnífico, si me rebajara usted un diez por ciento compraría quince lotes como este. Mañana entre las ocho y cuarto, ocho y media estaré por aquí, con el dinero, para llevar a cabo la operación.

—Muy bien señor, trato hecho —me respondió estrechándome la mano.

Todo iba sobre ruedas. Sin darme cuenta había llegado la hora de comer. Adentrándome en la ciudad anduve tranquilo observando a su gente. Se trataba de una ciudad apacible, de clima templado. Su arquitectura demostraba cierta ordenación. En lo que parecía ser el centro se observaba un gran parque llamado Balboa Park. Se apreciaba gran entrada y salida de turistas. En él se albergaban varios museos y un espléndido zoo.

Caminé hasta encontrar una peculiar zona de bares y restaurantes. Parecía de estilo arquitectónico victoriano, Garlam Quarter. No pude contener más mi ansia por comer. Entré dubitativo en un Steak House con espectáculo incluido, algo novedoso para mí.

—Buenas tardes, señor. No es usted americano, ¿verdad?

—Acertó —le contesté—. Me alegra mucho que sean tan hospitalarios en esta ciudad.

—Para nuestra casa los españoles no son considerados extranjeros, se lo aseguro. La mayoría de nosotros sabemos hablar castellano. Es casi un requisito indispensable para trabajar aquí. La familia de mi jefe, su mujer y sus, cómo se dice, ¿suegruos? son españoles.

—Sí, suegros. Me agrada saberlo.

—Es un placer para nosotros tenerle aquí. Dígame, ¿qué desea beber? Le dejo la carta de comida para que le eche un vistazo.

—De beber, si me puede traer una cerveza bien fría se lo agradecería.

—Sí, señor. A las dos en punto empieza el *show*.

Tal vez había entrado en el lugar equivocado. Quería un poco de tranquilidad mientras comía, en definitiva, necesitaba descansar. Pretendía reflexionar, divagar hasta adquirir un grado de embelesamiento importante, justo para no interferir en nada.

Mi camino quedó marcado desde la muerte de Claud. Cada segundo de mi vida estaba difuso. Las pérdidas de conciencia, los posibles acontecimientos venideros, mi futuro, el de la humanidad, todo estaba en mi mente. No quería creer, ni lo pretendía. Era evidente que algo estaba por llegar, pero ¿el qué? Debía armarme de fe y dejarme llevar. Mañana estaría allí junto al Ejército, en la bahía, siendo una pieza importante de este infausto rompecabezas.

Ese instante de serenidad se rompió con un espontáneo y enérgico aplauso. Cuatro chicas preciosas irrumpieron en un escenario prodigioso que apareció de la nada de manera cuasi mágica. Salió del entresuelo, supongo que accionado por algún mecanismo. Las luces quedaron tenues y la música se alzó hasta llegar al punto de escándalo público. Menos mal que parecía un local bien insonorizado.

—Aquí tiene, señor —gritó el camarero—. ¿Sabe ya lo que desea comer?

—No, recomiéndeme una carne, maridada con un buen vino.

—Le aconsejo el *steak* de la casa y una botella de Solano de California.

—Me pongo en sus manos.

—¿La carne la quiere en su punto o poco hecha?

—Sangrienta.

—Bien, señor...

El espectáculo me recordaba al de los parques de atracciones, un poco más sugerente por lo sexi de la vestimenta de las bailarinas. Ataviadas con un ropaje negro al estilo de la afamada cantante, reina del *pop*, cuatro morenas y una rubia preciosa de cabellos aleonados se encargaron de distraer la vista de cuantos esperaban sus viandas. La sonrisa perfecta de la rubia, ensalzaba sus ojos de color azul. Sus pómulos pronunciados, su tez blanca y suave, con curvas perfectas, la convertían en una auténtica diva. Sobre el pantalón corto, no más allá de su ingle, un cinturón ancho ceñía su cuerpo perfecto. Dos finas cinchas colgaban de sus piernas. Supuestamente se trataba de agarraderas de las medias. No se percibían. Me había quedado prendado de ella. Era el ángel perfecto para tenerlo en compañía hasta el fin de los días. Sublime actuación cargada de juegos y de guiños al cliente. Bailes muy sensuales, pero sin llegar a lo soez. Su cuerpo se contoneaba al vaivén de las luces y de la música. La comida había llegado, pero mi mirada quedó claramente fijada en esa ninfa del amor, en aquella dulce y alegre mirada que también me recordaba a mi Claud.

A medida que se acercaba, sus ojos se unían a los míos. Y en un alarde por transmitirle mis deseos y pensamientos confundí mínimamente los papeles, lanzándole al aire un cariñoso beso que recogió alegremente, cual mariposa volando al viento. Emuló un teatral desvanecimiento con un sopor acalorado, por supuesto fingido. No cesó de mirarme en todo momento, incluso me seguía el

juego. Por un segundo creí haberla conquistado. Tal vez estaba en lo cierto.

Mis relaciones podían ser largas e intensas, pero nunca fui capaz de dar el primer paso para acercarme a una mujer. Las cosas tenían que salir rodadas para que les hiciera ver mis intenciones. Una relación fugaz podía ser la opción. Quería sentirme un donjuán sin llegar a serlo. Debía sentirme así, probablemente porque sería la última vez.

El espectáculo terminó y, sin saber por qué razón, quizás por ser parte de la coreografía, esta señorita acabó con una pierna suya entre mis rodillas. Estas fueron las palabras que llegué a articular:

—El paraíso está lleno de diosas, pero solo falta una, ¡tú! Ven conmigo y lo podré comprobar.

Con una sonrisa de oreja a oreja, todavía jadeante por el cansancio, se acercó a mi oído y con un exagerado acento americano me sopló diciendo:

—*Never...* Nunca en mi vida me habían dicho nada más cursi.

Continuó riéndose mientras desaparecía por la plataforma que viajaba al subsuelo del local.

El vino Solano hacía un especial maridaje con el *steak* de ternera. Le ayudaba a deshacerse en la boca, prácticamente sin necesidad de masticarlo. Nada que envidiarle a los caldos de nuestra tierra. Una perfecta sintonía entre la sangre que manaba de la carne y la textura del vino. Sentía unas sensaciones muy familiares. Tal y como decía el experto del museo del vino de Málaga, hay que percibir en el vino tinto el precipitado tanino-mucina y tener presente las interacciones que se dan entre la textura y el resto de percepciones, eso es lo que le da la calidad a un buen vino tinto. No hay mayor placer que disfrutar, con un buen vino, de una sangrienta carne. A Claud nunca le gustó. Lo entendía perfectamente. Para ella beber así era el presagio de un futuro alcohólico. En este caso, por una sola vez, estaba confundida.

A lo lejos pude advertir a la bailarina vestida con ropa de calle. Se encontraba situada delante de la barra, mirándome fijamente. Me hacía un poco el despistado, sin negar que buscara algún gesto de complicidad. No hizo falta, a medida que se acercaba, con un solo pensamiento, me dirigí a ella diciéndole cortés y respetuosamente que se sentara en mi mesa. Los anhelos se convirtieron en palabras y los deseos en realidad, por lo que sin darme cuenta, de mi boca, instigado por mi soledad, salió lo siguiente:

—Estaría encantado de que me acompañara en mi almuerzo señorita. ¿Sus jefes se lo permiten?

—¡No tengo jefes! —contestó de forma acalorada.

—Ah, ¿no trabaja en el *ballet*?

—Sí, claro, ya lo ha visto. Estamos contratadas para cada *show*. Cobramos por actuación, así un día y otro, durante años. Llevo cinco años haciéndolo.

—Con lo cual, le permiten comer con los clientes, ¿verdad?

—*Of course*. Lo que no sé es si podré.

—Insisto, me encantaría que me acompañara.

—Bien, un momento, voy a realizar una llamada de teléfono y ahora vengo.

Cogió su teléfono móvil y salió por la puerta del local. A los tres minutos volvió nuevamente inquieta y enrojecida en sus facciones, mostrando cierta preocupación.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté.

—Nada, nada. Es que tengo a mi madre un poco enferma y la he llamado para preguntarle cómo está.

Por su titubeo y nerviosismo daba la impresión de estar mintiéndome. Debía ser algo importante, pero lo ocultaba. No era nadie para entrar en lo más profundo de su intimidad, razón por la cual decliné continuar con ello.

—¿Qué te gustaría comer? —le pregunté acercándole la carta a su lado de la mesa.

—No, no —contestó haciendo un gesto de desaprobación a la vez.

—Insisto.

—No. Lo que quiero decir es que no me hace falta carta alguna. Conozco de sobra lo platos que prepara Nora.

—¿Nora?

—Sí, Nora.

La fulgurante sorpresa hizo que mi cara se encendiera por tan agradable e inesperada coincidencia. Sería una mera casualidad. Nora había desaparecido como si la tierra se la hubiera tragado. ¿Podía ser verdad?

—Nora es la cocinera que sustituyó a Steven. Es magnífica, además es española. Como usted, ¿no?

Una fuerte subida de mi tensión arterial provocó que me encendiera aún más.

—Luego te la presento.

Mi corazón no paraba de latir a un ritmo acelerado y, por mucho que me encontrara junto a la ninfa más guapa del paraíso, no encontraba tiempo para dejar de pensar que pudiera tratarse de la misma Nora.

—Perdona, ¿me has escuchado? —me increpó con un alegre tono americolatino.

—Sí, sí, lo siento. Es que esta carne está buenísima.

—Es verdad, siempre le encuentra el punto perfecto —añadió la bailarina refiriéndose a Nora—. Es una cocinera excelente. Debió estudiar en alguna escuela de hostelería importante, su estilo es exquisito.

—En una ocasión conocí a una Nora, era también cocinera.

—¿Será ella? —preguntó asombrada.

—Regentaba, junto a su madre, un restaurante en mi ciudad.

Desde ese momento, la larga velada con la bailarina se convirtió en una insulsa coyuntura para agotar el momento de verla nuevamente.

—¡Te presento a Nora! —exclamó cortésmente la bailarina.

—Nora, ¿te acuerdas de mí? —le pregunté

—No tengo el placer —contestó con un simple gesto de incompreensión.

Quise abrazarla, preguntarle, besarla. Esto último sí pude con motivo de la presentación.

—Mucho gusto volver a verte. —Extrañada y asustada me miró fríamente.

El deseo se apoderó de mi cuerpo. Todo mi espíritu se había cubierto de desesperación. Nuevamente sentimientos encontrados por querer acercarme a ella y a su vez alejarme rápidamente asustado. Su cara, su fina piel como la seda, sus ojos grandes como el sol, aumentaban mi anhelo por pasar un último segundo junto a ella. Ostensiblemente siempre surgía el recuerdo de Claud que me cegaba dulcemente la realidad que estaba viviendo.

No sé de qué manera pero nos encontramos nuevamente juntos, esta vez saliendo de otro restaurante al atardecer. La bailarina había desaparecido de escena. Todavía no era capaz de comprender lo que estaba ocurriendo o tal vez no quería hacerlo. Debía aprovechar el momento, en honor al aforismo preferido por mi amigo Jimmy. Dejarme llevar unos instantes por la pasión y disfrutar, tal vez, de los últimos días de mi vida.

Esta vez, sin excusa alguna, le invité a tomar algo en los jardines del hotel. A lo cual accedió sin dudarle, como si supiera que me conocía de tiempo atrás.

Esa grandiosidad del hotel aumentaba mi dicha, máxime con la compañía que llevaba. La luz, los colores blancos, los salones que imaginaba llenos de comensales disfrutando de algún evento nupcial, por ejemplo.

¡Qué recuerdos! El día de nuestra boda. Con su peinado recogido, su cara reflejaba alegría. Desprendía dignamente esa inocencia que a veces la caracterizaba, inmune a crítica alguna por su belleza. Esa tarde fue el centro de atención. En la calle la gente expresaba su sentir. Una pareja de extranjeros nos auguraron, levantando los dedos pulgares de las manos, «muchos *childrens*», para sorpresa de nuestro familiar, el tío Oliver, acompañante al volante que hizo las veces de conductor aquel día. Se rio efusivamente. Lo tengo en mi mente. Es curioso lo que son las cosas, no hubo posibilidades de tener niños. Sería el destino el que lo impidió.

Claud siempre quiso tener una niña y llamarla Claudia. Soñaba con vestirla y ponerle algún discreto lazo en el pelo bien atusado. Creo que jamás me lo achacó, aunque sus ojos cuando miraba a las hijas de los amigos, la delataban. Era su mayor deseo. Le hubiera encantado poder cuidar a una hija hasta que fuera anciana o tal vez poder confiarle todos sus secretos, tal y como ella hizo con su madre.

¡Qué injusta es a veces la vida! Complicidad, solo complicidad. Una simple mirada que descubriera sus pensamientos. Un simple gesto que cejara un mal comportamiento infantil. En definitiva, la audacia de una madre que ella pudo entender y que por desgracia otros no tuvieron oportunidad de hacerlo.

CAPÍTULO FINAL: TAN LEJOS, TAN CERCA

Al día siguiente me esperaba uno de los momentos más importantes de mi existencia. En esa ardua espera encontré en esta mujer un lugar donde refugiarme. No era justo para ella. Escondido en lo más recóndito de mi corazón hallé un resquicio de mi amor por Claud. Probablemente había quedado impregnado en la sangre que corría por mis venas. Decidí no traicionarla. Algo me decía que de hacerlo podría arrepentirme de por vida. No lo haría bajo ningún concepto. No sucumbiría nuevamente al más banal de los pecados. De hacerlo sería un desdichado. Mi camino se había cruzado nuevamente ante el amor desinhibido. Lo rechazaría sin más. Claud estaba muerta, pero seguiría respetando su honor. Jamás volvería a traicionarla.

En la habitación mis sentidos se desviaron intencionadamente hacia otro lado. Preferí abrir una botella de champán para tratar de olvidarla. Al descorcharla noté cierto anhelo de acercamiento por su parte y con una mirada fría me alejé sin más, dejándole previamente una copa en su mano. Ensimismado, miraba fijamente por la ventana. A lo lejos, el campo de golf se encontraba iluminado. Con mi copa cerca de la boca vislumbraba a una pareja de golfistas rezagados terminando el hoyo dieciocho. El estilo del que parecía de mayor edad se solapaba con la fuerza del más jovial, a pesar de parecer más experimentado. El joven desprendía una fuerza digna de un luchador. Por el plano del campo que tenía en la mesa de la habitación, pude advertir que el hoyo 18 era un par 3, por lo que consiguió hacer el hoyo en el par, terminando con un sentido abrazo al demostrar ser el más avezado. La distancia no me permitió distinguir quién había ganado la partida. Al perdedor siempre le quedaría en el designio una futura revancha.

Al poco tiempo la luz del campo se apagó. Me olvidé de todo por un instante. Mientras, en el borde de la cama, Nora, aburrida, se tumbaba levemente, dejándose hipnotizar por las burbujas del afamado espumoso, quedándose dormida sin mayor remordimiento. Al fin y al cabo, ¿qué iba a esperar de un hombre que no la amaba?

No tardó mucho en levantarse de la cama. La observé de espaldas junto a la ventana, contemplando las magníficas vistas de la habitación. Puso agudeza a sus sentidos. Sin necesidad de darse la vuelta notó mi presencia y señalándome al edificio que más se alzaba en la ciudad dijo:

—Se llama Levio Building, es el edificio más alto de San Diego. Tiene ciento diez plantas. Se terminó de construir el año pasado. Tardaron cinco años en edificarlo. Fíjate qué curioso, lo hicieron unos arquitectos españoles, dos hermanos de mucho prestigio.

—¿Qué te pasó, Nora? ¿Por qué desapareciste? Además, de aquella forma tan repentina e inesperada. No es mi intención incomodarte. Tu madre sufrió muchísimo. Fue una pérdida muy angustiada para ella.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando. Debes estar equivocado —me aseveró muy seria.

—Por favor, apreciaría mucho que fueras sincera. Es uno de los valores que más estimo en una persona.

—No, no entiendes, me gustaría que lo comprendieras. No hace mucho tiempo tuve un accidente crítico. Estuve casi cuatro meses inconsciente. Perdí la memoria a largo y corto plazo. Un día amanecí en una cama del Memorial Hospital, no conocía a nadie, ni sabía por qué había llegado hasta allí. Me explicaron que había sufrido un grave traumatismo. Había quedado afectada

totalmente mi capacidad cognitiva. Me aseguraron que no podría recordar jamás las experiencias vividas. Aunque yo tenía leves reminiscencias de mi infancia. Quedó afectado, según me dijeron, el hipocampo. No solo tendría dificultad para rememorar mi pasado, sino que también estaría desorientada en lugar, espacio y tiempo. Increíblemente, poco a poco me fui rehabilitando en este último aspecto. De forma leve fui recuperando algunos conocimientos y unos pocos recuerdos de mi vida anterior. Descubrí mi pasión por la cocina y mi apego por todo lo español. Por este motivo he querido acompañarte esta noche.

—Por tanto, notaste cierta cercanía hacia mí. ¿Me recuerdas?

—No del todo. Desde el primer momento que te vi, me fuiste muy familiar. No quise decirte nada. Tenía que averiguar por qué motivo. Al verte sentí un fuerte latido en mi corazón y este hecho ya era significativo. No estaba muy equivocada, ¿verdad? ¿Me buscaste?

—¡No! Todo ha sido azar, pura coincidencia, casualidad, tal vez el destino. Es una historia muy larga. No puedo contártela al completo, ni debo. Solo puedo decirte que anteriormente estuvimos juntos. Precisamente la última vez que nos vimos fue en una habitación de un hotel de Málaga. Eras la propietaria, junto a tu madre, de un reconocido y confortable restaurante de la ciudad.

—¿España?

—Sí, sí, Málaga, la ciudad donde yo resido. Eras la cocinera. Tenías unas magníficas manos, análogas a las de cualquier gran chef de la cocina europea.

—¿De hace cuánto tiempo estamos hablando?

—No me preguntes por eso. Desafortunadamente yo también estoy sufriendo esa desorientación y confusión del espacio tiempo. No lo sé muy claramente. Para mí fue como si hubiera ocurrido hace tres o cuatro días. Evidentemente ha pasado más tiempo. No lo sé.

—¿Qué me ocurrió?

—Desapareciste, sin más, después de haber pasado una noche junto a mí con sentimientos a flor de piel...

—Aludiste a mi madre. ¿Dónde está?

—Es curioso, parecía un restaurante fantasma. En un primer plano dimensional siempre se mostraba el local, sin embargo creí volverme loco. En otras ocasiones aparecía simplemente vuestro hogar. Tu madre se exhibía como una dulce y asustada anciana, ansiosa por ver cuándo regresabas a casa. De algún modo pensé que todo era un maldito sueño. No fue así, una noche delante del número cincuenta y cinco de tu calle pude advertir como la Policía se encontraba apostada en la puerta de aquella casa. Observé que tu madre era transportada en camilla por un sanitario y un agente. Estaba inconsciente pero las lágrimas le embargaban todo su cuerpo. Ella no sabía en absoluto que habíamos pasado juntos la noche anterior. Yo no debía contarle. Desapareciste. Una posible implicación personal podría haber resultado nefasta e injusta para mí.

—Lo que son las cosas. Te vuelvo a ver en otro restaurante, trabajando en lo tuyo, en la cocina. Y ahora aquí nuevamente en un hotel, juntos. Supongo que habrá sido el destino. Durante este periodo de tiempo me han sucedido multitud de cosas. Hechos incomprensibles que jamás hubiera imaginado. Ahora sé mejor que nunca que en esto estamos implicados los dos. El futuro que nos espera no es nada alentador y todos, sin quererlo, estamos inmersos en el proyecto.

—Sé más explícito, ¡por favor!

—No puedo. Pienso que no estoy autorizado para contarle. Lo que sí te puedo adelantar es que estás en el lugar más indicado para poder salvarte si ocurriera algo.

—No me asustes. ¿A qué te refieres? ¿Si ocurriera algo sobre qué?

—Vamos a dar un paseo mejor, aunque sea tarde, supongo que conoces bien la ciudad. Vayamos a algún lugar a tomar algo tranquilos.

—Muy bien, iremos a un café *launge* que conozco no muy lejos de aquí.

Anduvimos por las oscuras calles unos minutos. Aún había movimiento por la gente que salía del trabajo hacia sus casas. Al fondo una plaza llamada Glenard. Se apreciaba una Iglesia de estilo gótico, preciosa y a la vez enigmática. Los viandantes fijaban su mirada sobre mí como si fuese alguien conocido. Un señor, sorprendido por la efusividad de su acompañante, se enfureció por el tirón que de forma despiadada le propinó en el jersey, para que me mirara a la cara. Con un gesto de cabeza me señaló claramente. Su enfado repentino se tornó en súbito asombro.

—¿Qué puede ocurrir? —le pregunté a Nora.

—No concibo razón alguna por la que puedan hacer esos gestos. Lo suyo sería preguntarles.

—¡Señor! ¿Puede usted decirme qué ocurre?

—Es increíble —respondieron—. ¿Ven ustedes aquella iglesia, St. Pablo? Deberían entrar y hablar con el sacerdote.

Entendí que debía formar parte de mi destino. No por eso dejaba de asombrarme. Decidí acercarme junto a Nora a la iglesia. Se trataba de un templo anglo-católico. Una mezcla de religiones al servicio de los fieles. Los viandantes no cesaban de mirarme al pasar junto a ellos. Incluso una señora, más perspicaz que el resto, se acercó y, haciendo una sentida genuflexión, se santiguó agachando la mirada cuando se retiraba de nuestro lado.

Pronto pude conocer el porqué del asombro de los feligreses. Efectivamente, la iglesia se llamaba St. Pablo Episcopal Church. Al entrar destacaba su iluminación natural. Las paredes de madera le daban formalidad y acogimiento, sin demasiados lujos. Allí en uno de sus paños principales, junto al altar mayor, una imagen de San Pablo con un enorme parecido a mí. ¡No tenía explicación!

—Es idéntico a ti —comentó Nora—. ¿Es algún antepasado tuyo?

—No, es la primera vez que lo veo. No entiendo nada.

Nora hizo una foto al cuadro con su teléfono y comenzamos a huir desesperadamente de aquel lugar, cual convictos que acababan de escapar de prisión. En ese momento, antes de salir por la puerta, un señor de agradable aspecto, dulce mirada y acento francés, se acercó a nosotros parándonos de forma brusca.

—¡Esperen, esperen! No huyan de esta forma. He de contarles algo.

Quedamos hipnotizados escuchando al abate.

—Simón Pedro y su hermano vivían juntos. Su modo de vida era la pesca. Por las noches, cuando el mar estaba tranquilo, echaban sus redes y esperaban que los peces entraran en sus mallas. Mientras pescaban, hastiaban el tiempo narrando en voz baja el último capítulo de los profetas que había leído el rabino en la sinagoga. Sus mayores dudas existenciales, la que más se preguntaban, era si el Mesías estaba a punto de llegar. Viendo que Juan comenzó a bautizar al pueblo en el río Jordán, los dos hermanos se acercaron a él. Sus ganas por encontrar la fe en el Señor, mezclado con su gran corazón, sirvieron para que Juan los admitiera entre sus discípulos. Dicen que una vez, estando los dos juntos cerca del agua, vieron cómo un hombre, con una aureola en la cabeza, se les acercaba con serenidad divina, mostrándoles su admiración por lo que estaban haciendo. Juan Bautista, al levantar la cabeza, evidenció su respeto hacia él, articulando unas palabras que si sois cristianos habréis escuchado en alguna ocasión: «He aquí el cordero de Dios», —escuchábamos embelesados. Le siguieron desde entonces allá donde fuera. Cuando Jesús observó la rudeza y honestidad de Simón decidió fundar la Iglesia, le dijo: «Tú eres Simón, hijo de Jonás, pero en adelante te llamarás Pedro», convirtiéndolo, a él y a su hermano en pescadores de hombres. Dejaron a un lado la urdimbre y siguieron a Jesús.

—¡No siga! No lo haga, señor, por favor, se lo pido. ¿Yo qué tengo que ver con todo esto?

—Lo desconozco, cada persona ha de buscar cuál es su cometido en este mundo. Su parecido con San Pablo es muy extraño. Que usted se encuentre aquí también. No sé, tampoco llego a entenderlo. Tal vez sea una señal. Algún sentido ha de tener. ¿Ha notado algo extraño últimamente? ¿Ha sido participe de alguna experiencia espiritual destacable en los últimos tiempos?

—Si yo le contara, no lo creería. Aunque soy muy escéptico.

El recelo hizo que no le contara nada de lo acontecido. La más reciente: mi visión mariana en el camarote del barco. Todo este misticismo empezaba a afectarme de manera desmesurada.

—Nora, vámonos, corramos.

—No se vaya, por favor, no huya. No nos deje aquí solos. Le necesitamos. Usted puede hacer seguramente mucho bien a la humanidad, hágame caso.

—Corre, corre, necesito despejarme.

Mi espiritualidad estaba henchida de dudas. No entendía qué tenía que ver con este apóstol. Debía abstraerme, beber no era la mejor opción. En cambio no quedaba otra para olvidar. Llegamos a un bar cercano.

—Por favor, Nora, mientras voy al aseo pide una botella del mejor *whisky* que tengan.

Me refresqué toda la cara con agua. Trataba inconscientemente de limpiar todo aquello que pesara en mi alma. Respiré de forma profunda y mirándome al espejo pronuncié, rogando, estas palabras:

—¡Claud, ayúdame!

Un frío reflejo en forma de sombra se me fue acercando por la espalda y, antes de que tuviera tiempo de reaccionar, sintiendo mis hombros más pesados de lo normal, escuché con una voz dulce y muy familiar;

—No huyas. Déjate llevar por tu fe. ¡Jamás me volveré a enamorar de otro!

Me quedé perplejo. Reconocí la voz de Claud, era inconfundible. Admitió, por primera vez, que lo había hecho. Se enamoró de otro. Mi sueño fue una intuición que se había tornado en realidad. En ese momento, tras terminar de hablar, mi mente fue fiel reflejo de mis sentimientos. El deseo de abrazarla se manifestó en forma de giro repentino e intuitivo, haciendo desaparecer, para infortunio mío, rápidamente la sombra que se había creado, así como el frío desalentador. Había estado a un paso de volver a tenerla entre mis brazos. Con eso me hubiera conformado. Simplemente con haber sentido una vez más sus manos, su piel suave o su agradable pelo entre mis dedos. Solo con el perdón.

Entiendo que todo llegaba a su fin. Claud me lo quería manifestar de esta forma. Solo necesitaba una señal para continuar y no hacer una locura. Nunca apartaría de mis pensamientos esa fe que me había inspirado, con solo pronunciar su nombre. Me encontraba guiado por dos sentimientos y uno de ellos, aparte del cariño, era el de rencor. Esa inquina que me invadía debía hacerla desaparecer, solo lo conseguiría vengándome de la persona que me había apartado de Claud.

Mañana, supuesta e irremediamente, jugaría un papel importante para la humanidad. ¿O no? Tal vez todo fuera un ardid para engañar a un necio. Un pobre ignorante que ha vagado por la vida cavilando con la única disyuntiva de salvar su alma. Quizás al que le esperara la muerte fuera a mí...

Debía luchar por no caer en la desesperación. Todos los acontecimientos sobrepasaban mi entendimiento. En esta pugna por comprenderlos sabía que Nora jugaba un papel determinante. Me ayudaría a disipar ese instinto asesino de alguna forma, por lo menos a entretener mi mente en otras cosas.

El capitán me esperaba por la mañana en el puerto. Iría únicamente para salir de la duda. Así conocería el alcance de todo esto. Acudir era la mejor opción. Antes dejaría a un lado a esta agradable compañera de viaje. La apearía en la próxima parada sin hacerle ningún daño moral. Eso haría.

—¿Conocías algo de esta historia? —refirió Nora, haciendo alusión al episodio de San Pablo.

—No, en absoluto —le contesté—, Es más, jamás en mi vida había tenido ningún tipo de noticia al respecto. Nunca había visto fotos de tan elogiado santo, a pesar de llamarse como yo. Sí es cierto que mi parecido es indiscutible. Eso nadie lo puede negar.

—No sé si te diste cuenta —comentó Nora—. Se podría decir que el retrato te lo habían hecho hoy mismo. Tenía el mismo color de piel, el mismo corte de pelo, hasta quedaba reflejada tu eventual cara de preocupación absoluta. La misma que tienes ahora en tu semblante. No cabe la menor duda, eras tú.

—¿Qué sentido podía tener todo esto? Es una historia cargada de misterio. No pienso buscarle una absurda explicación. El destino lo dirigirá la intuición. Mi anhelo no es otro que la búsqueda de mi amor, esté aquí o en otro lugar, así es que la decisión que tome, entiendo, será la acertada. Empiezo a tener miedo, mi instinto me dice que debo desistir.

—¿Desistir de qué? —manifestó Nora asombrada.

—Tú historia ya de por sí es rocambolesca. Desapareciendo sin más, dejando a tu madre, Leonor, al borde de la desesperación. Esa ida y venida del presente al pasado y futuro. El no saber si uno se encuentra soñando o si realmente está despierto. Cada segundo de mi vida es un misterio. Y aunque uno lo sustente medio bien, pienso que ya ha llegado el momento de claudicar. ¡Tiraré la toalla! No me quedan fuerzas para continuar. Claud es un espejismo y a veces dudo de su fantasmal existencia. ¿Será real? ¿O tal vez sea mi mente que con el deseo encarecido de tenerla junto a mí la imagina materializándose en cada momento? Lo único que tengo claro es que la mala suerte me persigue. Te diré una cosa.

—Dime, tranquilo. Entiendo tu desesperación.

—Yo no estoy aquí porque viniera a buscarte, ni mucho menos. Es el destino el que me ha traído. Yo estaba huyendo como presa del ave rapaz. Mi intención era desaparecer y hacer una nueva vida en otro lugar, distinto. Cuál es mi sorpresa que te encuentro. Además, haciendo lo que más te gusta hacer: cocinar.

—¿Sabrías localizar a mi madre? —preguntó Nora con la voz llorosa.

—No estoy muy seguro. Ya te he comentado que la percepción del espacio-tiempo, desde unos meses atrás, no es mi fuerte. No sé si estará viva después de aquel día que la vi en la ambulancia. Desde entonces no sé nada de ella. ¿O sí? La señora Mar, la bibliotecaria, me dijo haberla visto en mi entierro.

En ese momento Nora rompió a llorar.

—¿Cómo dices? ¿En tu entierro?

—Sandeces. Fue una confusión.

—Empiezo a recordar perfectamente.

—¿Cómo? —dije asombrado.

—¡Sí! Sus cabellos rubios, sus ojos claros, era preciosa. ¡Mi madre! También me viene a la cabeza un señor. ¡Luigi, el *maitre*! Era una pieza clave del restaurante, con su estilo y personalidad tan peculiar. Vislumbro a lo lejos unos salones. Atesoraban un ambiente familiar de recogimiento. Hasta los aromas de la cocina los siento. Es un regalo para mí el tenerte nuevamente al lado. ¡Sí que eres un santo! Volver a verte ha significado mi salvación personal. ¡Huyamos! — continuó hablando Nora con entusiasmo—. ¡Volvamos a nuestras raíces!

Esas palabras, que en realidad debían reconfortarme, me aturdieron y me hicieron ponerme más nervioso y apesadumbrado.

—No puede ser, ya te he dicho que estoy huyendo de allí. ¿No lo entiendes?

—Pero ¿por qué? —preguntó en un intento de convencerme.

—No lo entenderías jamás. Mañana he de seguir mi marcha. Con un rumbo desconocido. Voy a un lugar donde parece ser que solo pueden entrar unos pocos.

—¿Y por qué no me llevas contigo? Tal vez fuese este también mi destino y por eso estoy aquí, ahora.

—¿Quién sabe? —contesté intentando asimilar la situación.

—Pero mi madre, la pobre. Si aún vive estará sufriendo por mi ausencia.

—Así será, seguro. Podemos intentar localizarla. La llamaremos para que sepa de tu existencia. Solo tendrás que comunicarle que pronto la verás. Descansará sabiendo que estás viva.

—Sí, he de llamarla.

—Vamos a buscar en internet el Rincón de Nora en Málaga, tal vez encontremos alguna reseña telefónica. En ese caso la llamaremos.

Sabía perfectamente lo que hacía. Por eso sería yo el que la introdujera en la conversación.

Por nuestra insistencia y ganas de comunicarnos con ella, tras esperar al décimo tono, sin haber desistido del intento, prácticamente cuando dábamos por perdida toda esperanza, escuchamos una voz tenue y apagada. Su dolor se advertía desde lejos. Debía ser mayor, lo intuía por su pausada forma de hablar y la poca fuerza en su vocalización.

—Buenos días, señora —le dije.

—¿Qué desea usted?

De ser Leonor seguía siendo una mujer agradable y educada.

—¿Hablo con el Rincón de Nora? —le pregunté.

Sorprendida, contestó la señora:

—Caballero, hace ya más de treinta años que ese negocio se encuentra cerrado.

Nora, aferrada a mi mano y al teléfono, pegando su cabeza a la mía, escuchaba atentamente.

—¡No puede ser! —exclamé chocando infortunadamente mi cabeza con la de Nora—. ¡Imposible!

—Caballero —continuaba con su voz tenue—, no dudo de sus ansias por volver a formar parte de la clientela del Rincón de Nora, pero desde que nuestra cocinera desapareció, cerramos el restaurante.

—Señora, ¿usted se llama Leo?

Nora continuaba con su cabeza pegada a la mía y al escuchar un frío «sí», arrancó enérgicamente el aparato de mis manos para exclamar con voz temblorosa:

—¡Mamá!, ¡mamá!

—¿Nora? ¿Eres tú? Mi niña. ¿No será esto una broma?

—Mamá, soy yo, he vuelto. ¡Perdóname!

Era mi turno de oír pegado a su oreja. La voz de Leonor pareció rejuvenecer de pronto y su fino timbre tornó en la dulce voz que le caracterizaba cuando la conocí.

—¿Dónde estabas, hija? Te estaba esperando. Mi vida sin ti sabes que no tiene sentido. Acabé por enfermar y envejecí. Me has curado solo con escucharte. ¡Luigi, Luigi! —gritó—. Ha vuelto, es Nora, la tengo al teléfono.

La composición espacio-tiempo volvió a romperse. La señora Leonor, por el mero hecho de encontrar a su hija, retornó a su época, a la vida en la que yo la conocí, en su restaurante.

—Luigi no para de saltar de alegría. Había venido para recoger sus cosas, las estaba

preparando para irse. Íbamos a cerrar el restaurante. Sin ti esto no era lo mismo. Te manda un enorme beso —escuchándose el ósculo a lo lejos—. Tengo ganas de abrazarte. ¿Cuándo vienes?

—Pronto, mamá, muy pronto estaré ahí. En una semana como mucho nos vemos. Mañana te volveré a llamar.

—¿Por qué esperar tanto tiempo, hija?

El teléfono se le escapó a Nora de las manos, solo de pensar que muy pronto volvería a tener a su madre junto a ella. O tal vez no. ¡Jamás rompería ese deseo! No debía contarle nada sobre los acontecimientos venideros. Los omitiría solo por no amargarle su existencia. No sería injusto con ella. ¿Qué clase de historia debía inventarme para hacerla venir conmigo? Si me acompañaba jamás volvería a verla. No lo entendería nunca. No era el momento de decírselo. La llamada se cortó repentinamente.

Finalmente la noche había caído. Tomamos unas copas en el café *lounge*. Por la hora que era se encontraba plagado de ejecutivos, seguramente profesionales del barrio en el que nos encontrábamos. Probablemente sus familias les esperaban tranquilamente en sus casas, creyendo que prolongaban sus jornadas de trabajo en sus respectivas oficinas. Un desahogo para otros u otras. Risas, caras de sorpresa, miradas analizando al que entraba por la puerta con la intención de tranquilizarse si no les conocían. En definitiva, poca honra personal y familiar de aquellos que solo tenían un venial deseo: escapar por un momento de la rutina laboral y familiar.

El alcohol comenzaba a embriagar a Nora. Probablemente fue el mejor momento para contarle una verdad a medias.

—¿Realmente te acuerdas de mí? —La pregunta le sorprendió.

—Tengo algunas dudas. ¿Has comentado que vas en busca de tu amor? ¿Estás casado?

—Viudo. —No tardé en contestarle.

—Lo siento, no me acordaba. Recuerdo que esa noche cenaste en mi restaurante. Entre halagos por la comida, entablamos una agradable sobremesa junto a mi madre.

—Tú madre me enamoró —añadí.

—Lo sé, siempre lo conseguía con las personas interesantes. Tenía, ¡perdón!, tiene un inmenso poder de seducción. ¡No puedo creerme que haya hablado con ella! Ni mucho menos que todavía tenga la oportunidad de poder abrazarla, sentir su calor, su amable sonrisa y cariño protector. ¡Está viva! —gritó.

—Eso mismo estará pensando ella ahora —le hice ver—.

—En fin, como iba diciendo, tiene un don especial para conquistar a todas aquellas personas que le llegaban al corazón. Mi madre es una señora. Por temor a ser rechazada nunca daba el primer paso con los hombres. Jamás se fue con ningún cliente por profesionalidad, por lo menos delante de mí. Sabía diferenciar el trabajo del placer. No los mezclaba bajo ningún concepto. No obstante, a pesar de haber aprendido todo de ella en la vida, ese día un embrujo hizo que yo me lanzara. Saltó la chispa y quedé contigo en la parte de atrás del restaurante. ¿No es así? No sé de qué forma, ni cómo, pero conseguí llevarte esa noche a mi cama. Te recuerdo como un suave, dulce y asustado amante.

—¿Entonces fue la primera vez que hiciste algo así?

—¡Sí! —respondió.

—Te explicaré cómo me embaucaste. Nos tomamos unas copas en un lugar que tú debías conocer bastante bien, llamado Luna Azul.

—¡Sí, recuerdo!

—Me contaste un embuste para engatusarme. Afirmabas que unos días atrás una amiga tuya había sufrido un extraño suceso en un hotel cercano. Atraídos por el misterio, como otras veces en

mi vida, me vi inmerso dentro de esa habitación junto a ti, pasando la mejor noche de amor y pasión de mi nueva vida. Por desgracia, en esa habitación fue la última vez que te vi.

—Ahora recuerdo la historia. No me la inventé. Mi amiga me la contó, referida a ese mismo lugar, unos días atrás. Yo no le hice mucho caso porque a veces era muy fantasiosa. Cuando la contó había bebido tanto que era difícilmente creíble. Su amante desapareció de la habitación, ¿no? Eso te dije, ¿verdad?

—Así es. Desapareció. La incógnita cernía sobre nosotros. Pudiste ser víctima también de ese extraño suceso. Quizás una puerta al futuro, incierto futuro ó tal vez un secuestro planeado por algún cliente del hotel que te hubiera estado siguiendo con algún macabro fin. ¿Recuerdas si sufriste algún daño? —le pregunté aún sabiendo de su estancia en el hospital—.

—Al parecer todo fue, como te adelanté, un problema cerebral. No entraron a valorar el origen traumático, ni la causa de la patología —comentó un tanto nerviosa.

—Olvidemos el pasado. Estás aquí y ya está, algún sentido tendrá.

Su inconfundible sonrisa desapareció momentáneamente de su cara, animándome sutilmente a que cambiara de conversación por alguna razón desconocida. Así lo hice. Aun así mi cabeza solo hacía darle vueltas al sin sentido de mi futura gesta. Sin lugar a dudas, parecía jugar un papel importante en todo esto. ¿Cómo habría llegado ella hasta aquí?

—Debo contarte algo.

Mi cara de preocupación la puso en preaviso de que lo que iba a escuchar no sería de su agrado. Por eso, antes de que yo continuara, cortando de plano mi conversación, sujetó mi mano suavemente y con una voz dulce se acercó hacia mi oído diciéndome;

—Nunca, jamás conocí a un hombre como tú. Tal vez tu ternura o tu mezcla de amor y sentimientos es lo que te hacen único.

—Gracias —le contesté—, pero tú no te quedas corta. Jamás — que Claud me perdone— había conocido a mujer más enigmática e increíble que tú.

Apretó mi mano con cierta rabia contenida y con un gesto forzado, exclamó:

—Déjalo, encima me lo voy a creer —me achacó modestamente—. Cuando era niña, mi madre siempre trató de educarme en la humildad. Eso sí, sin olvidar que en algún momento, como mujer, podía ser deseada. Me instruyó en la futura relación con un hombre. Cuando cumplí dieciocho años, el mismo día de mi cumpleaños, se sinceró y me contó con pelos y señales su relación con mi padre. Me hizo ver que cuando tuviera un novio o marido, en el futuro, debía tratarlo tal y como me gustaría que lo hicieran conmigo y así lo hago siempre. ¿Sabes? Contigo fue bastante fácil.

—Gracias —le contesté—, aunque nunca he sido chico fácil.

—No, no me refería a eso. Eres una persona que llena, muy fácil de llevar, comprensible y atento, bastante educado y complaciente. En definitiva, el hombre que cualquier mujer desearía. Y no creas que eso que hicimos lo hago con cualquiera. Ya te he dicho que fue la primera vez. Jamás me había acostado con nadie.

—Esto es casi una declaración de amor.

Al decirlo inmediatamente se le subieron los colores. Traté de aliviarla y así, con un toque de gracia, le repliqué:

—Tú no me has visto enfadado o recién levantado. Bueno, esto último sí, en el hotel. ¿O no?

—Pues realmente no me acuerdo. Fue cuando desaparecí. Comienzo a tener una leve imagen. Podían ser las seis de la mañana. La luz azulada de la discoteca iluminaba gran parte de la habitación y tú estabas bastante dormido. Por cierto, ¿sabes que roncas?

No quería interrumpirla, por eso no hice crítica alguna al impertinente y gracioso comentario a

la vez.

—Comencé a dar vueltas en la cama.

Nora, contándolo, parecía profundamente hipnotizada. Para cerciorarme de que estaba despierta, le apreté la mano impetuosamente hasta el punto de hacerle daño, lo cual me sacó de dudas. Prácticamente no lo notó. Su mirada estaba perdida, yo empezaba a asustarme por lo que pudiera contar. Comenzaba a oler al perfume de Claud.

—Me levanté sin hacer ruido —continuó—. Caminé hasta la ventana para ver si los visillos de la cortina podían cerrarse más, pero era imposible. La luz seguía subiendo de intensidad. Llegó al punto de que si la miraba fijamente me cegaba. Casi dormida me acerqué al cuarto de baño. Sentí un pequeño escalofrío en lo más profundo de mi cuerpo, como si algo lo atravesara, algo muy frío y doloroso. Me dejé llevar hacia la bañera. Allí fue donde tumbada, sin saber por qué, comencé a flotar por el aire hasta atravesar todas las paredes. Percibía mucha paz. Oía un canto como de niños. Quizás eran ángeles. Estaba muy asustada. La luna cada vez estaba más cerca y esta vez, por desgracia, no era azul. El aire calaba al correr entre mis mejillas. De pronto me vi dentro de una cama de hospital, lejos, muy lejos de donde estaba. Con la memoria perdida y mi vida acabada, hasta que llegaste tú. He vuelto a nacer. Tengo nuevamente recuerdos, añoro a mi madre, te tengo a ti. Deseo una vida y un futuro. Espero que juntos. Tal vez sea posible. Al menos ahora vuelvo a ser feliz.

Inmediatamente le solté la mano. Su cara volvió al estado normal. La mirada ya no la tenía perdida y sus ojos alegres avivaban nuevamente el espíritu de cualquier mortal. Un fiel reflejo de lo que era mi Claud. Comenzaba a sentir algo por ella, esto nunca me lo perdonaría.

Mientras pensaba por dentro: «Amor, no te defraudaré, tú siempre serás mi vida». Aunque tenga que luchar, jamás olvidaré a la persona que me iluminó.

—Recuerdo algo más —continuó, nuevamente con el semblante perdido—. Entre canto y canto de niños se escuchaba un acompañamiento musical, era como una especie de laúd. Al fondo se podía adivinar la voz de una mujer que con un canto celestial, parafraseaba una oda melódica que penetró dentro de mi cabeza, dejándome marcada. Decía:

«La luz y la sombra
llevan al mismo camino,
aléjate de la deshonra,
te acercará a tú destino.
Dos caminos y un amor,
abrazar a uno,
lo convierten en dos».

—¿Quién lo cantaba? ¿Te fijaste? —le pregunté, ávido por escuchar una respuesta.

—Era una mujer joven, tenía una voz muy dulce y muy clara.

—¿Pero la llegaste a ver en algún momento?

—Bueno, apenas, más bien la escuchaba. Apreciaba al fondo a varias mujeres, al lado de lo que supuestamente se podía considerar como una diva de pelo rubio y vestimenta blanca.

—¿Era Claud? ¿Eres Claud? —le dije confuso.

Su dulce olor volvió a aparecer. Mientras tanto seguía con su mano cogida, apretando fuertemente, reconocía su estado de semiinconsciencia. Seguía medio dormida. Posiblemente estuviera junto a mí, dentro de ella, en sus pensamientos, en su alma.

—¿Estás dentro de su cuerpo? —continué insistiendo, hablándole ahora a Claud.

—No entiendo. Me estás asustando. —Alzó la mirada.

—¿Notas algo extraño últimamente?

—Lo más insólito que siento es mi atracción por la música desde entonces. La pérdida inusitada de mi felicidad, siendo la música el mayor refugio para sustituirla. La falta de amor, ese amor que buscaba en mi cocina y nunca encontraba realmente. Intentaba descifrar las palabras de la diva y nunca lo conseguía.

—¿Te puedo hacer una pregunta? ¿Cuál es tu canción favorita?

La respuesta no superó las expectativas y Claud se evaporó nuevamente de mi lado. Por un momento la volví a rozar, aunque físicamente no fuera ella.

—Por mucho que lo desees yo no soy Claud. Seguramente caí en un estado de somnolencia. Se trataba de un codiciable sueño. ¿Verdad? No deja de ser extraño que desapareciera de la habitación sin dejar rastro alguno.

—Te contaré algo. Parece ser que en esta vida todos tenemos una misión. A veces no somos conscientes de ello, la desconocemos. Vivimos plácidamente con nuestras familias, en nuestras ciudades, haciendo alarde de los logros de nuestra existencia y de repente salta nuestro momento, aquel para el que hemos sido creados. En lo terrenal todo se trunca en menos de cinco segundos. Unos mueren sin más por una enfermedad, porque el Señor le tiene encomendada una misión; otros desaparecen y emprenden una nueva vida con un fin concreto, ser partícipes de algo desconocido, crucial para el hombre. Lo leí en un libro anónimo que saqué de la biblioteca. Se llamaba *El deseo inacabado*. Esa es la razón por la que tú y yo estamos aquí. Te comenté que huía de Málaga. ¿Te has preguntado el motivo?

—¡No! —respondió.

—Huía por miedo. Intentaba iniciar una nueva vida. Era escéptico y lo sigo siendo. Me encontraba vagando en una sinrazón. En busca de la verdad, la fe, el amor y la vida. Lo tenía todo muy cerca, sin embargo no fui capaz de asimilar en tan poco tiempo tanto acontecimiento junto.

—¿Qué te ocurrió? —dijo apenada.

—Te lo resumiré en una frase. Mi misión era salvar la tierra y mi principal ansia volver a ver a Claud. Por mi egoísmo escapé, atrapado por ese escepticismo desafortunado. Rompí con todo, presente y pasado, dando esperanzas a un futuro deseado. Ahora lo veo todo claro. Tú formas parte de mi vida.

—No entiendo nada —aclamó Nora con cara de asombro.

—Probablemente seas la encargada de guiarme por el camino correcto, para no desviarme ni un solo ápice. Debiste aparecer en un momento apremiante de peligro, ¿Claud? ¡Sí! ¡Eres Claud! Lo suponía. El silencio disipó nuestro deseo de prolongar semejante locura, esa vesania inesperada. No podíamos entenderlo por mucho que lo intentáramos. Seas Claud o no debiste aparecer en un momento de peligro para mí. Analicemos. Te volví a encontrar en el restaurante, justo cuando esa chica, la bailarina, Nadia, ¿verdad?, estaba flirteando conmigo.

—Yo no la conozco del todo. Es un tanto reservada. Su marido que proviene de un país del Este de Europa, la llama continuamente, va mucho por allí, pero nunca entra. Está atrapada en su mundo. Viven muy por encima de nuestras posibilidades. Es muy extraño, según dicen por ahí es millonario. Es la única persona cercana que le queda. El resto de familiares, por lo visto, fallecieron al completo.

—Sí, es extraño, antes de sentarse a almorzar conmigo me dijo que habló por teléfono con su madre enferma.

—Seguramente hablaría con su marido. No es de extrañar que se inventara cualquier excusa para comer contigo. ¿A dónde quieres llegar? —me achacó.

—Busco el sentido de reencontrarte. Debiste entrar en escena en el momento oportuno. Te

interpusiste entre esa chica y yo. Nadia pretendía parar mi camino, era una tentación y tú me ayudaste a seguir por la senda establecida.

—¿Pero cuál es esa senda? —preguntó—. No logro entender nada.

—Mañana lo entenderás. Ahora has de acompañarme. Todo tendrá su explicación.

—¿Y Nadia?

—No le daremos más vueltas al asunto. Quizás sea mejor olvidarlo. Estoy muy cansado. ¿Volvemos al hotel?

—¡Claro!

El bar se encontraba repleto de ejecutivos y no paraban de mirar a Nora. Era entendible dada su descomunal belleza. Aquí no se respetaba ni al acompañante. Un señor se acercó a nosotros y con una cámara Reflex en la mano nos pidió por favor el poder hacernos una foto para el álbum del local. Nos situó en un *photocall* de color verde. Por educación no le pusimos inconveniente, incluso quiso retratarnos de forma individual, aceptándolo por no parecer descorteses, en definitiva, por no hacerle el feo. Nora, en un gesto calcado a los de Claud, llamada por la curiosidad de ver si había salido favorecida en las fotos, le pidió al fotógrafo que se las enseñara. Al observar mi instantánea en la pantalla de la Reflex, con las cabezas pegadas el uno junto al otro, cayó desmayada en mis brazos.

—¿Qué te ocurre, Nora? Querida, dime, despierta.

Dos suaves palmadas en la cara bastaron para que comenzara a articular palabra.

—¡Es la foto! —aseveró temblando.

—¿Qué foto, Nora?

—Tu foto. ¡San Pablo! Es la misma expresión que la del retablo de la Iglesia de San Pablo.

—No puede ser. Señor, ¿qué pretendía hacer usted?

—Ya les he dicho que es para el álbum del bar. Llevamos haciéndolo durante un mes. Hoy justo habíamos terminado. Estas eran las últimas fotos que íbamos a mandar.

—Mandar ¿dónde? —le pregunté.

—Al publicista, Michael Franquelo.

—¿Quién es ese señor?

—Es uno de los mejores profesionales de la fotografía que hay en la ciudad. Está en la calle Middel.

—¿Me hace usted un favor, señor? Soy abogado, sé que si no le autorizo a publicar esta foto no podrá hacerlo. Por este mismo motivo, desde este mismo momento le niego toda autorización para poder hacer públicas estas fotografías. Es más, le pido encarecidamente que borre aquí, ahora mismo, delante nuestra, las fotos de su cámara.

—No puedo hacerlo. ¿Sabe lo que eso significaría?

—¿Cómo? ¿Qué me está diciendo? ¿Qué sabe de mí?

—Nada, supongo que me he confundido de persona. Adiós, lo siento mucho.

—¡No! No pretenda hacerse el lelo sin serlo, venga hacia aquí. Permítame que le diga que si no elimina mi foto de esta cámara le puede salir muy cara la broma.

—Bien, no me obcecaré más. Yo no seré partícipe de semejante apostasía, hágalo usted mismo. Será un acto suyo.

Por suerte para mí, así lo pude hacer. Borré las tres fotos que había hecho y salimos corriendo unidos fuertemente de la mano a la calle. Caer en una pendiente sin salida no era mi objetivo. Fue lo más coherente. Imprevisiblemente mi mente se abrió. Comencé a atar cabos sueltos. Uní todo lo acontecido en las últimas semanas. Había estado luchando contra mi forma escéptica de ver la vida y había ganado. Jamás entendería en qué momento de la historia me había quedado extasiado,

rendido al amor.

—¿Has visto a esos hombres que se dirigían al Bar? Creo que uno de ellos era el marido de Nadia. —advirtió Nora.

—No, no me he dado cuenta. —Le contesté.

Al pasar frente a San Pablo, de vuelta al hotel, nos dimos cuenta de un hecho asombroso: la Iglesia, incomprensiblemente, había cambiado de nombre. Pasó a llamarse San Pedro. Pregunté a un oriundo. Ahora sin la perplejidad de anteriores ocasiones, me hizo saber que la Iglesia de San Pedro llevaba allí más de treinta años. Afirmó haberse bautizado en ella.

Sin dar tiempo a asumir el hecho, de repente se escuchó una terrible explosión. Por la onda expansiva reventaron las ventanas de algunas casas colindantes y las campanas de la iglesia repicaron varias veces hasta quedar totalmente en silencio a medida que quedaban inmóviles. Debí tratarse de una deflagración importante, bastante cercana. En la Iglesia, la puerta que se encontraba cerrada, se abrió por la fuerza del viento. Pudimos refugiarnos entre el pórtico de entrada y la cancela anterior. Un tríptico de la pastoral se encontraba volando por el aire. Lo atrapé de un salto. Se observaba una imagen fotografiada de un lienzo. Mientras tanto Nora, con el rostro ennegrecido, se adentraba en la iglesia para refugiarse. Aclaramos, con gran sorpresa, lo acontecido. Delirio que cambió el destino de nuestro lance. La imagen del lienzo, de forma inverosímil, pasó a ser la de mi gran amigo y socio Pedro Alves. El destino de Pedro, dada mi cobardía o, por qué no, gracias a su gran valentía, pudo ser el de salvarnos a todos de los fatídicos designios venideros. En la hoja se leía: «San Pedro entregó su vida por sus hermanos, siendo ejemplo de amor, fe y esperanza para el futuro».

Me había rendido a mis miedos. Había tirado por la borda ese afán y deber que me aturdiría de ayudar a los demás. Pasé a ser uno más. Alguien mundano que por escepticismo fue incapaz de ofrecer nada gratuitamente. Tal vez no era el indicado. Cedí ante lo oneroso y zanjé mis miedos, creyendo que la búsqueda continua de la salvación se suplía con la cercanía de mi amor. Quizás fuera ese mi designio. Acabar con su vida.

Entre una nube de polvo, atravesando la puerta entreabierta de San Pedro, apareció Claud, ataviada con la misma vestimenta que llevaba Nora. Sorprendentemente la tenía conmigo, agarrada a mi mano, dispuestos a pasar juntos toda una vida. ¡Ahora sí! Era Nora transformada en Claud. Me sonreía. Su piel tersa y joven se acentuaba con su pelo resplandeciente.

—Jamás te volveré a engañar. Pedro ha muerto y tú eres la persona que más quiero en este mundo. —Una mirada de perdón bastó para zanjar el asunto.

Por la calle corrimos como gacelas en busca de nuestro hotel. Realmente era ella, su alegre sonrisa la delataba. Caí rendido en sus brazos toda la noche...

Por la mañana, muy temprano, antes de que Claud despertara, me acerqué al banco y posteriormente me dirigí a la joyería para hacerme con los codiciados diamantes. De vuelta, sin más ruido que el sonido del rodamiento de un carrito de hotel con un apetitoso desayuno continental, entré silenciosamente a la habitación, intentando que el diario matutino no se me escapara de debajo de mi brazo.

Claud abrió los ojos desafiando a la suerte. Se tapaba levemente con la sabana por miedo a despertar y encontrarse en otro execrable sueño. No fue así. Le regalé un exquisito desayuno. En uno de los platos, con agradable sorpresa, descubrió los diamantes.

En la portada del periódico no pasó inadvertido su titular: «Detenido un ciudadano rumano por la explosión de una bomba en el bar-lounge de la Plaza Glenard».

Embelesado desperté, como si de un sueño se tratara. Y a lo lejos comencé a escuchar fuertes aplausos, al principio pausados, siendo más enérgicos a medida que me iba dando cuenta del lugar

donde me encontraba. Despertaba de un trance. «¡Bravo! ¡Bravo!», se oía. Enfrente mía, una señora, por el momento desconocida. Era la profesora. Me miraba con los ojos brillantes y llorosos. Al fondo, un encerado con una frase escrita a tiza. Expresaba el tema del taller de escritura: «Del amor, la locura, el misterio y la fe».

Inmediatamente me di la vuelta recordando donde estaba y fijando la mirada en una chica rubia de ojos azules, piel suave y tez alegre, exclamé:

—¡Gracias, Claud, por tu amor! No te reprocho nada. Solo puedo decirte una cosa, ¡gracias por volver conmigo!

Y ella, con los ojos lacrimosos, me contestó:

—De nada. Entenderás todo cuando lea mi manuscrito, *El deseo inacabado*¹.

FIN.

1. Véase Obra: *El deseo inacabado*.